

Proposición con diamantes

Trish Wylie

Trish Wylie

Proposición con diamantes

Jazmín [2271]

Proposición con diamantes (2009)
Pertenece a la Temática “Diamante para la novia”
Título Original: Manhattan boss, diamond proposal (2008)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2271
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Quinn Cassidy y Clare O'Connor

Argumento:

Estaba viviendo un cuento de hadas en Nueva York.

Quinn Cassidy, un ejecutivo de Manhattan, no creía en el amor.

Era la clase de hombre que las madres querían lejos de sus hijas.

Pero cuando contrató a Clare O'Connor, empezaron a suceder cosas para las que no estaba preparado. Quinn dejó de tener

control sobre sus emociones y Clare se convirtió en algo más que su bonita y eficiente secretaria… Clare le llegó al corazón.

El millonario playboy estaba en un aprieto. Su relación con las mujeres siempre había sido fácil, sin compromisos, pero ahora debía ir con cuidado si no quería perder a aquella joya de mujer.

Prólogo

—No va a venir.

—¿Qué quieres decir con que no va venir?

Clare O'Connor se apartó del espejo con la barbilla alta para poder mirarlo a los ojos. No lo conocía lo suficiente como para interpretar lo que veía allí, pero lo había calificado cuando lo había conocido como: alto, moreno y melancólico. Y a pesar de que había atisbado algunos destellos de un mordaz sentido del humor, cuando él había decidido mostrarlo, aún seguía pensando que su apreciación inicial era acertada.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir? ¿Le ha pasado algo?

Él tensó un músculo de la mandíbula. Y ésa fue la primera señal de que le estaba diciendo la verdad. Clare volvió a sacudir la cabeza y una risa nerviosa se escapó de sus labios. Imposible. Era imposible que Jamie le hiciera algo así. En ese momento no.

—Lo siento mucho, Clare.

Cuando un largo brazo se levantó hacia ella, dio un paso atrás sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

—¿Se ha ido?

¿Adónde? ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? ¡Esa clase de cosas no ocurrían en la vida real! Trató de pensar de un modo coherente. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué no el día anterior o unos días antes? Eso habría permitido cancelarlo todo e informar a todo el mundo. ¿Por qué había dejado que lo siguiera atravesando el Atlántico si…?

—No tiene el valor necesario para enfrentarse contigo.

Clare volvió a reír un poco más nerviosa.

—Así que te ha enviado para que me lo digas —¿de toda la gente que conocía Jamie había pensado que ese tipo era el mejor? Era casi divertido —. ¿No podía llamar por teléfono? ¿Dejar una nota? ¿Es una broma?

—No es broma. Se ha marchado y no va a volver.

La determinación en su voz hizo que se le nublara la vista. Sintió que se tambaleaba y notó que dos grandes manos la sujetaban de los codos mientras parpadeaba furiosa.

—Es mejor que te sientes.

Clare se soltó de un tirón y fijó la vista en la chaqueta de él.

Necesitaba pensar. Tenía que…

Cuando señaló con un gesto de la barbilla la puerta y abrió los ojos de par en par, la áspera voz de él sonó por encima de su cabeza y dijo:

—Yo iré.

Dios. Toda la gente que había al otro lado de esa puerta esperándola… ¿Cómo se suponía que se iba a enfrentar a todos? Pero no podía permitir que saliera él a hacer el trabajo sucio. La oferta era tentadora, pero la esperaban a ella. Y algunos de ellos habían volado desde miles de kilómetros… por ella. Así que era responsabilidad suya decirles que…

Contuvo una náusea y se agarró al brazo de él.

—Espera. Dame solo un segundo.

Respiró hondo varias veces agarrada de su brazo. De algún sitio sacó la fuerza para calmar la voz.

—¿Se ha ido con ella?

—Clare…

—¿Sí o no? Quiero saberlo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Lo cierto era que hasta entonces no había estado segura. Pero ya tenía la respuesta. Demasiadas veces se había dicho a sí misma que era una paranoia, pero…

Le soltó el brazo y asintió con firmeza mientras se mordía el labio inferior para que dejara de temblar. Si el precio de la ingenuidad era la muerte de la soñadora, entonces el trabajo estaba hecho. Y ella estaba a punto de recibir un buen castigo.

—Yo se lo diré. Están ahí fuera por mí.

—No tienes por qué.

—Sí —cerró los ojos e inspiró con fuerza para reprimir un gemido y se dijo: «después, después, cuando nadie me vea»—. A Jamie puede que no le importen, pero a mí sí. Lo oirán de mí.

Cuando abrió los ojos y alzó la vista vio en su mirada lo que parecía respeto. Y por alguna incomprensible razón sintió que la risa le burbujeaba en el pecho. La histeria, probablemente.

Cuando levantó la parte delantera de la larga falda, él dio un paso atrás y le abrió la puerta.

—Estaré aquí por si me necesitas.

Ella sonrió y dio un paso al frente con la mirada fija en el arco de flores en lugar del mar de rostros que había más allá.

Era el día más humillante de su vida.

—Me temo que hoy no va a haber ninguna boda…

Capítulo 1

—Te llamare.

—Hazlo.

Quinn abrió la puerta de su despacho y levantó la vista del documento que había estado leyendo sin estar seguro si era el final de alguna conversación o la visión de su asistente personal siendo abrazada por un tipo a quien no había visto jamás lo que le hizo fruncir el ceño.

Debería estar al tanto de lo que pasaba en su despacho después de todo, ¿no? Y tenía la inquietante sensación de que se estaba quedando al margen de algo que jamás debería haber permitido que sucediera.

Apoyado en el quicio de la puerta miró con los ojos entornados al extraño hasta que desapareció.

—¿Nuevo novio?

El familiar brillo de unos ojos de color esmeralda se encontró con los suyos mientras la puerta se cerraba tras el misterioso hombre.

—¿Desde cuándo tengo yo tiempo para novios?

—Ya sabes lo que se dice del mucho trabajar y poco divertirse.

Negando con la cabeza, Clare se inclinó a por un papel de su mesa.

Así que Quinn se permitió recorrer con la mirada la blusa de color crema y los sencillos pantalones de lino observando la gracilidad de su movimiento. Si hubiera sido un romántico, habría dicho que Clare se movía como una bailarina. Ciertamente tenía un cuerpo de bailarina: estructura fina, quizá algunas curvas de más, de las que Quinn había confirmado su presencia por la observación, no porque la ropa que ella se ponía las hiciera evidentes.

Pero como Quinn Cassidy había aprendido a base de palos, si había algo de lo que carecía era de romanticismo. Así que si hubiese tenido que utilizar una palabra para describir cómo se movía, habría dicho simplemente «femenina».

Una de las cosas que le había gustado desde el principio era que ella nunca utilizaba esa feminidad para atraer la atención de un hombre. Era también una de las muchas razones por las que llevaba tanto tiempo trabajando como su asistente personal. La anterior apenas se había quitado el abrigo y ya empezó a mostrarle el escote. Había sido como compartir el despacho con una barracuda. Se estremeció al recordarlo.

—Hablando de trabajo… —le tendió la hoja con calma cuando él se separó del marco de la puerta y dio un paso adelante—, aquí hay una lista de todos los sitios en los que tienes que estar hoy y cuándo. Trata de llegar puntual a alguna de las citas, si puedes… para variar.

Inclinó ligeramente la cabeza al decírselo y Quinn no pudo evitar sonreír, aunque lo estaba regañando. No pensaba que su puntualidad fuera mala, pero en el año que llevaba Clare en ese trabajo había llegado a la conclusión de que tenía que llegar diez minutos antes. Pero eso habría sido una gran pérdida de tiempo, así que solía rebelarse con regularidad.

Echó un vistazo a la impoluta lista y luego miró por encima del papel para ver a Clare sentada en el borde de su mesa con expresión pensativa.

Así que esperó.

Finalmente habló con su adorable y ligeramente cantarín acento irlandés que no había perdido por vivir en Nueva York.

—Sobre el tema de la diversión… Ha pasado un tiempo desde que tuve que hacer un viaje a Tiffany's.

—¿Y?

—Solo quería asegurarme de que no me estaba quedando rezagada.

Hasta hace poco había considerado la posibilidad de tener un remanente de esas cajas azules para ahorrarme algún viaje.

La miró por el rabillo del ojo y la vio colocar un bolígrafo que estaba en el borde de la mesa en su sitio con una sonrisa satisfecha.

—Echas de menos tus excursiones a Tiffany's —sacudió la

cabeza y la miró a los ojos—. No puedo recorrer Manhattan rompiendo corazones solo para que puedas pasar unas horas en tu tienda favorita.

—Eso nunca te ha detenido antes —batió las pestañas cómicamente.

Cierto, pero no se iba a lanzar a otro debate sobre su vida amorosa cuando le interesaba mucho más la de ella.

—Bueno, ¿quién era ése de Wall Street?

—¿Por qué?

—Quizá debería preguntarle qué intenciones tiene con mi empleada favorita.

—Así que ahora vas a examinar a mis novios, ¿no?

Quinn se cruzó de brazos y dejó que la hoja colgara de una de sus manos.

—Has dicho que no era tu novio.

—No lo es —se encogió de hombros y alzó la barbilla—. Es un cliente.

—Ese juego tuyo de hacer parejas se ha convertido en un negocio, ¿verdad?

—Quizá —tamborileó con las uñas en el papel que tenía delante —. ¿Algún problema?

—Quizá —respondió sin dejar de mirarla.

—¿Porque lo hago durante mis horas de trabajo o porque te parece una gran tontería? No estoy descuidando el trabajo, ¿verdad?

La idea nunca se le había pasado por la cabeza. Gracias a Clare, su trabajo funcionaba como una máquina bien engrasada. Se las había arreglado hasta entonces, pero desde que estaba ella allí todo era mucho menos estresante. Había tenido una época en que le había gustado la sensación de la adrenalina y la presión, pero había dejado atrás esos tiempos. Y, francamente, eso del emparejamiento estaba empezando a molestarlo.

—Pensaba que tú mejor que nadie entendería el peligro de emparejar a personas soñadoras con otras que pueden romperles el corazón.

Era un golpe bajo, considerando la historia personal de Clare, pero la conocía muy bien. Si docenas de personas iban a llorar en su hombro en unos pocos meses se sentiría responsable, y ella también

lloraría en silencio. Estaba cavando su propia tumba. Quinn sencillamente sentía que era responsabilidad suya quitarle la pala de las manos.

—Vamos, si están tan desesperados que no pueden conseguir una cita sin tu ayuda, entonces…

—¿Te resulta tan difícil creer que puede haber gente que simplemente está harta de participar en las clásicas escenas de solteros?

No todo el mundo tiene… —hizo un gesto con las manos para representar unas comillas— el éxito que tú tienes con las mujeres.

—¿Debo esperar encontrarme largas filas de Betis la Fea y tipos que siguen viviendo con sus madres delante de tu mesa de ahora en adelante?

Quinn no había dicho nada cuando ella se había dedicado a emparejar amigos o amigas comunes de fuera del trabajo, pero no iba a permitir que sucediera lo de la fila. Y estaba a punto de decírselo cuando Clare se levantó de la silla y caminó hasta los archivadores.

—No te preocupes, Quinn. El trabajo lo haré tan deprisa como los últimos meses y muy pronto tendré el dinero suficiente como para poder pagarme mi propia oficina. Dejaré de ser tu problema para siempre.

—¿Me vas a dejar ahora?

Solo pensar en tener que afrontar la contratación de otra asistente personal le hacía sentirse enfermo. Antes de Clare había tenido seis en seis meses.

—Si necesitas un aumento todo lo que tienes que hacer es decirlo y…

—No tiene nada que ver con un aumento —buscó en un cajón—. Es la oportunidad de empezar algo mío. Y si de paso puedo hacer feliz a algunas personas, pues mucho mejor.

De acuerdo, podía entender que quisiera establecerse por su cuenta.

Esa parte la comprendía. Pero estaba seguro de que su acuerdo estaba funcionando para los dos. ¿Por qué hundir el barco?

Se acercó a la mesa, se sentó en el sitio de Clare y dijo:

—Es evidente que llevas pensando esto un tiempo, así que, ¿por qué me lo comentas ahora?

—Quizá porque nunca me lo has preguntado.

—Te lo pregunto ahora.

Era imposible que le llevase tanto tiempo encontrar lo que estaba buscando. No con su hiperordenado archivo. Clare estaba evitando mirarlo.

—O'Connor…

—Si te hubieras preocupado de leer la agenda que acabo de darte, habrías visto que tienes una reunión en menos de veinte minutos.

Buen intento. Quinn se levantó, dio los dos pasos necesarios para llegar a ella, le apoyó las manos en los hombros y le dio la vuelta para que lo mirara. Cuando ella levantó los ojos, dijo:

—Trabajar para mí ha sido muy duro, ¿verdad? Si lo recuerdas, te advertí al principio que no sería un paseíto por el parque.

—Bueno, no negaré que hay días que tengo que morderme la lengua, pero esto no tiene nada que ver con el trabajo, es algo que necesito hacer por mí. Si puedo hacerlo aquí, puedo hacerlo en cualquier sitio —sonrió—. Es así como se dice, ¿verdad?

—Bueno, y ¿con cuánto tiempo me estás dando el preaviso?

—Oh, no, todavía no te lo estoy dando.

Pero llegaría. Iba en serio. Y su trabajo había superado ampliamente las funciones de una asistente personal. Era su chica Viernes: coordinaba los clubes, se aseguraba de que el nivel del personal fuera suficiente, reunía las promociones, reservaba las actuaciones en directo, sustituía a alguien si se ponía enfermo aunque eso supusiera trabajar quince horas seguidas…

Todo el mundo que trabajaba para él la había llamado «Viernes» alguna vez y ella siempre sonreía cuando lo hacían, así que Quinn había asumido que estaba satisfecha con su papel. La posibilidad de que no lo estuviera lo irritaba. Debería haberlo sabido.

¿Y cómo se suponía que iba a hacer una lista de todo lo que ella hacía para pedir ayuda si finalmente se marchaba?

Se dio cuenta de que sus manos habían bajado por los brazos mientras pensaba. La soltó y dio un paso atrás.

—Echarías de menos toda esta locura, lo sabes.

—Sí. He disfrutado aquí.

Había utilizado el «sí», no el «quizá» o el «podría». Eso lo preocupó aún más.

—Creo que debería pensar en una de esas excursiones a Tiffany's, pero hacerla yo, para traerte una de esas cajas azules a ti —dijo Quinn.

Una sonrisa iluminó el rostro de Clare haciendo que la habitación fuera más luminosa de lo que ya era gracias al sol de verano que entraba por las amplias ventanas.

—Seguramente sabes que tengo una lista de deseos.

—Y apuesto a que hay un diamante o dos en ella.

—Los diamantes son los mejores amigos de las chicas, dicen. Pero sin exagerar —le dio una palmada en el brazo—. No he tenido que sufrir la clásica ruptura que se requiere para recibir de ti la cajita azul —con unos documentos en las manos volvió a su mesa. Miró el reloj y dijo—: Quedan doce minutos… y bajando.

Quinn dio un paso adelante, recogió el programa y se fijó en las margaritas que ella tenía en un tiesto. Como un rastro de migas de pan, estaban en todas partes en las que Clare pasaba un momento, unas flores sencillas que reflejaban su brillante personalidad. Cada vez que veía unas margaritas, se acordaba de Clare.

Al ver que él no se movía, ella alzó la vista y sonrió.

—¿Qué pasa ahora?

—¿No puedo quedarme en mi propia sala de espera cinco minutos si me da la gana?

—No, no puedes. Tengo trabajo. Y mi jefe se enfadará si no lo hago.

Quinn se metió en su despacho con el ceño fruncido y se puso la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla.

—¿Vamos a ir la Giovanni después, verdad?

Clare alzó la cabeza y dudó un momento mientras lo observaba.

—Por supuesto, ¿por qué?

—¿Quieres que vuelva a por ti?

—Creo que seré capaz de volver a Brooklyn sola, hasta ahora siempre lo he sido —dejó caer la cabeza sobre un hombro—. ¿Te has levantado por el lado equivocado de la cama de una pobre mujer esta mañana? Estás muy misterioso.

—¿Eso es lo que consigo al intentar ser amable? Ahora sé por qué no lo hago con frecuencia.

Clare levantó la muñeca y tamborileó en el reloj con un dedo.

—Diez minutos —dijo moviendo los labios sin emitir ningún

sonido.

—¿Ves? Ahora sé que no te echaré de menos cuando te hayas ido.

—No me iré del país, Quinn. Seguirás viéndome. Y siempre tendremos el Giovanni los miércoles por la noche.

Cuando se quedó en la puerta abierta otros treinta segundos, ella se echó a reír suavemente y sacudió la cabeza.

—¿Quieres hacer el favor de marcharte? Tengo tanto que hacer como tú. Y tendré mucho más si tengo que responder a las llamadas de la gente que me pregunta por qué llegas tarde… lo que ya es así, porque te quedan menos de ocho minutos.

—¿Quieres apostar?

—Cinco dólares a que no lo consigues.

—Vamos… no pretenderás que salga corriendo por cinco dólares.

—Si no sales corriendo ya, te costará mucho más el taxi al hospital más cercano.

—Quien pierda paga la cena.

—Vale, ahora lárgate. Venga —sacudió una mano en el aire.

Quinn sacó su móvil de camino al ascensor y se dio cuenta de que había perdido la apuesta diaria. Le gustaban las cosas como eran. ¿Por qué tenía que volver a desequilibrarse su existencia de nuevo? Entendía que ella quisiera construir algo propio, pero esos malditos emparejamientos no eran la forma de irse. No para Clare. No en su opinión.

—Mitch, soy Quinn Cassidy. Tengo un día muy apretado, ¿podemos encontrarnos a medio camino?

Bueno, a veces, para ganar una apuesta, había que estirar un poco las reglas, incluso jugar sucio si era necesario. A veces tenía que ser creativo. Y a Quinn le gustaba pensar que era un tipo creativo cuando apretaba la necesidad. Muchas mujeres se habían beneficiado de esa creatividad y ninguna se había quejado.

Encontraría la forma de demostrarle a Clare que el celestineo no era la forma adecuada de empezar. Era por el bien de ella. Se lo agradecería a la larga. ¿Para qué estaban los amigos?

Capítulo 2

—¿Sabes? Creo que me voy a pedir un postre —Quinn se dio unas palmadas en el estómago mientras volvía a la mesa.

—Bromeas.

—Dijiste que llegaría tarde… y no ha sido así. He ganado.

Clare no pudo contener la risa que había estado hirviéndole dentro toda la noche debido a su ridículo regodeo. Él siempre había sido capaz de hacerle reír de ese modo, incluso cuando se comportaba de un modo tan desvergonzado.

—Necesito alguien más con quien relacionarme doce horas al día —Clare miró a su alrededor para ver si alguno de sus amigos de la mesa aceptaba la oferta—. ¿Alguien?

—No, soy irrepetible —Quinn se sentó en la silla girada y apoyó el brazo en el respaldo mientras agarraba por el cuello con dos dedos la botella de cerveza.

—¿Te ha dicho a ti hoy que deja el trabajo? —la botella se movió hacia atrás y hacia delante mientras él la miraba fijamente con sus ojos azules y una sonrisa en la comisura de los labios.

—No lo escuchéis.

—Oh, cariño —Erin sonrió—. Nunca lo hacemos.

Hubo una carcajada general antes de que Quinn continuara con esa voz ronroneante que hacía que la mayoría de las mujeres le sonrieran embobadas.

—Sí, me deja para ayudar a los tristes y los solos.

—¿Te deja solo y triste?

Clare rio suavemente cuando Evan se puso de su lado con su habitual rostro inexpresivo.

—Quinn nunca lo reconocerá en voz alta, pero te echará de menos, ya lo sabes.

—Rob y Casey se han comprometido —Madison sonrió cuando el rostro de Clare se iluminó—. Eso hace tres, ¿no?

—Cuatro —Clare casi suspiró con una profunda satisfacción—. Y en los últimos días he tenido diez nuevas solicitudes.

—¿Estás aplicando la nueva tarifa?

—Sí, y he hablado ayer con un diseñador de páginas web. Dice que podemos tener la web funcionando en un mes o así, en cuanto yo esté lista.

—Asegúrate de que hay una exención de responsabilidad en algún sitio —dijo Quinn en tono plano.

—Solo porque tú no creas en el amor en el siglo XXI no significa que otra gente no pueda hacerlo —respondió Clare con el ceño fruncido.

—Nunca he dicho que no creyera —arqueó las cejas.

—¿Cómo que no? —preguntó incrédula.

Clare le sostuvo la mirada con una intensidad silenciosa que hizo que un estremecimiento le recorriera la espalda.

—Que no esté casado a los treinta y cuatro años no significa que no crea en el amor.

—Solo crees en el amor para los demás.

Sin dejar de mirarla, hizo un gesto con la mano para llamar a la camarera.

—Podría volver ese argumento contra ti.

Menos mal que estaba sentado fuera del alcance de su mano, porque sabía perfectamente por qué no era una soñadora sobre el amor como lo había sido una vez. Por supuesto, creía que podía volverse a enamorar algún día, pero sería más sensata la próxima vez. Por eso el método que empleaba para emparejar a la gente tenía tanto sentido para ella. Aun así, sus palabras dolían.

—Si crees en el amor, ¿entonces por qué te causa tantos problemas que haga lo que hago?

Quinn rompió el contacto visual para pedir el postre con una sonrisa que hizo ruborizarse a la joven camarera. Después, pidió apoyo.

—Vamos, colegas… decidle que tengo razón. La gente le echará la culpa a ella cuando no terminen cabalgando hacia el atardecer en un caballo blanco.

Clare inclinó la cabeza hacia un hombro y parpadeó con

inocencia.

—Claro, porque tú siempre tienes razón.

Una risa recorrió la mesa, pero la expresión de Quinn siguió calmada.

—En esto tengo razón.

—Eres un cínico.

—Soy realista.

—No tienes una pizca de romanticismo en todo tu cuerpo.

Una sonrisa *sexy* y peligrosa se dibujó en sus labios mientras se le iluminaban los ojos.

—Hay al menos una docena de mujeres a las que puedes llamar y te dirían que no están de acuerdo con eso.

Clare puso los ojos en blanco mientras las mujeres de la mesa reían a carcajadas y los hombres rugían.

—Lo que hicieras con esas mujeres no tiene absolutamente nada que ver con el romanticismo, sino con tu disponibilidad.

—Sigo diciéndote que estoy disponible, pero te aprovechas de mí.

Era imposible no reaccionar. O se quedaba con la boca abierta o se reía, así que optó por lo segundo. Quinn podía decir la cosa más ofensiva, sonreír de ese modo endiablado y conseguir siempre salir indemne. Era la clase de tipo sobre el que una madre advertiría a su hija: el diablo disfrazado.

Clare no podía reprocharse haber tenido un momento de debilidad cuando se había preguntado cómo sería flirtear con un hombre así. Por suerte, con la edad llegaba la sabiduría y ella ya había ardido por un diablo disfrazado.

—Supongo que también crees en el amor a primera vista —le dijo Erin a Quinn en tono retador apoyando los codos en el mantel.

—No —sacudió la cabeza y se llevó la botella a la boca—. ¿Deseo a primera vista? Eso es otra historia —chocó su botella con la de Evan en una demostración de solidaridad masculina.

—Y nos sorprendemos de que sigáis solteros.

—Sigo manteniendo que no puedes poner «encontramos almas gemelas» en las tarjetas de visita. Es publicidad engañosa.

—Las almas gemelas existen, pregunta a cualquiera —agarró su copa de vino mientras Erin y Rachel asentían.

—Sí —dijo Quinn—, justo ahí, con querubines regordetes con

arcos y flechas. Hay un problema con uno de ellos que estaba interrumpiendo el tráfico en la Treinta Este hace un momento. Lo he visto en la CNN.

Morgan casi se atragantó con la cerveza. Clare bebió un sorbo de vino y dejó el resto en la copa mientras pensaba en una respuesta. Esperó a que Quinn agradeciera a la camarera la tarta. Y después, a pesar de que se sentía profundamente resentida por tener que justificar su negocio, mantuvo un tono decidido.

—Las almas gemelas son personas normales que se adaptan perfectamente una a otra. Eso significa que hay que encontrar a alguien que tenga objetivos y necesidades comunes, alguien que quiera lo que tú quieres y esté preparado para estar a tu lado mucho tiempo, incluso cuando las cosas se pongan difíciles.

—¡Adelante, muchacha!

Madison le hizo un guiño mientras Clare tenía los ojos clavados en Quinn y lo veía poner una expresión indescifrable que le impidió saber qué pensaba de verdad de su discurso. Insistió:

—Lo que yo hago es poner a una persona que busca comprometerse en contacto con otra que siente la vida del mismo modo. Eso es todo. Si funciona o no, depende de ellos. Soy la intermediaria en el trato, si quieres ponerlo en esos términos para entenderlo.

—¿Quién es cínico ahora? —preguntó Quinn con los ojos entornados.

—Si fuera una cínica —dijo Clare dejando la copa en la mesa—, ¿me preocuparía? Las personas necesitan a otras personas, Quinn; es un hecho de la vida.

—Y encontrar al tipo adecuado no es fácil. Pregúntale a cualquier chica en Nueva York.

Las palabras de Erin arrancaron una ligera sonrisa a Clare.

—No, no lo es, pero los hombres de la ciudad lo tienen tan difícil como las mujeres, especialmente cuando los dos tienen una profesión que les ocupa mucho tiempo.

Quinn dejó la botella en la mesa y agarró un tenedor.

—Pero tú no sientes la necesidad de salir por ahí. No es una publicidad muy buena para tu negocio: la emparejadora que no consigue pareja. Creo que es tu forma de evitar volver al juego cuando todo el mundo en esta mesa piensa que es tiempo ya de que

lo hagas.

Clare apretó los dientes. Podía ser tan desagradable cuando se lo proponía…

—Clare tendrá citas cuando se sienta preparada —dijo Madison con una sonrisa que quería transmitir solidaridad a Clare.

Pero Clare no necesitaba ayuda cuando se trataba de enfrentarse a Quinn. Lo llevaba haciendo bastante tiempo como para acobardarse.

—No es que no esté preparada, es…

—Jamie no era un buen ejemplo de hombre americano. O'Connor, tienes que volver a salir ahí fuera.

—¿Y cómo se supone que voy a poder salir con alguien cuando paso tanto tiempo contigo?

Un incómodo silencio se extendió por la mesa. Todas las miradas se pararon sobre Quinn mientras éste fruncía el ceño.

—Así que ahora tu coartada soy yo, ¿no? —Clare abrió la boca, pero él ya se había encogido de hombros y vuelto su atención al plato donde pinchaba con el tenedor—. Es curioso que eso no me haya impedido a mí tener citas en el último año.

¡Ésa era la afirmación del siglo! Sin necesidad de mirar, Clare sabía que había cinco pares de ojos fijos sobre ella, esperando.

—Relaciones que no duran más de cinco o seis semanas.

Los ojos pasaron a Quinn, que volvió a encogerse de hombros.

—Para entonces ya sabes que no tiene ningún sentido perder el tiempo o hacérselo perder a ellas.

—Y tú estás demasiado ocupado como para perder el tiempo, ¿verdad?

—Aun así saco tiempo para empezar.

De acuerdo, eso tenía que reconocérselo. Pero antes de que pudiera decir algo para salir del agujero donde parecía que había caído, él añadió:

—Quizá debería ahorrarme parte de ese precioso tiempo dejando que me buscaras mi alma gemela. Así podría sentar la cabeza y producir otra generación de rompecorazones y tú podrías dejar de utilizarme como marido suplente.

Clare respiró con fuerza y en sus labios se formó el calificativo para él que inmediatamente le había acudido a la cabeza, pero Erin salió antes en su defensa:

—Eso no es justo, Quinn.

—Y parece que es demasiado tarde —dejó el tenedor cruzado sobre el plato y se recostó en el respaldo de la silla—. No puedes enfrentarte a un problema si no sabes que existe, ¿verdad?

Lo había dicho con calma, pero Clare sabía que no estaba contento.

Así que hizo un intento de recurrir al sentido del humor antes de que la situación se le fuera de las manos.

—¿Y por qué molestarse en encontrar una esposa cuando yo hago el ochenta por ciento de sus funciones en el trabajo todos los días? —sonrió para que él supiera que estaba bromeando—. Quizá yo sea tu coartada.

—Muy bien. Dado que mantenemos una relación tan insana, encuentra mi mítica alma gemela y no solo me quitaré de tu camino, también dejaré de criticar tus ideas sobre emparejar a la gente.

La profunda voz de Evan rompió el silencio con unas palabras que sellarían su destino.

—Ni en un millón de años te encontraría alguien con quien te comprometieras a largo plazo.

Y eso fue la gota que colmó el vaso. Clare ya estaba harta de que su negocio fuera la diana de todos los chistes de los hombres. Así que reaccionó.

—¿Quieres apostar? —dijo cruzándose de brazos mirando a Evan.

Cuando Evan alzó los brazos y se rindió, miró a Quinn. Él estaba sonriendo como si hubiese conseguido alguna clase de victoria. Así que ella alzó la barbilla y dijo:

—¿Bueno?

—Tú ganas, puedes hacer de casamentera en los clubes y yo me encargaré de la puerta.

¿Qué? El corazón se le disparó con la sola idea y un mundo de posibilidades creció rápidamente en su cabeza. Pero no se cegó lo bastante por el posible negocio como para no preguntar lo obvio.

—¿Y si pierdo?

—¿Ya tienes dudas sobre tu propia capacidad?

—Simplemente quiero dejar claros los términos delante de testigos. Y si estás tratando de hacer que parezca que todos estos

años solo has estado jugando porque no has encontrado a la chica adecuada, entonces te garantizo que te encontraré una chica que te dure más de seis semanas.

—¿Quieres apostar? —amplió la sonrisa.

—Creía que ya habíamos apostado.

Aunque no podía admitirlo, la posibilidad de perder la atemorizaba.

—Se abren las apuestas —hubo varias respuestas en forma de murmullo a la propuesta de Morgan.

Clare no entendió ninguna porque estaba demasiado concentrada en medirse con Quinn. Ninguno de los dos quería romper el contacto visual que señalaba una conocida batalla de voluntades.

—Si pierdes… —Clare contuvo la respiración— es una derrota ciega.

Eso significaba que si perdía él podía elegir cualquier cosa que quisiera. ¿Cualquier cosa? ¡Tenía que estar bromeando! Podía acabar limpiándole la casa durante meses, o yendo a trabajar con zapatos de payaso, o… Bueno, la lista era interminable.

Siguió mirándola a los ojos y después sonrió. Clare se humedeció los labios y miró a los demás buscando en ellos algún signo de que lo que estaba pasando era una broma y que podría salir de ella sin problemas. No hubo suerte.

—No puedes limitarte a reconocer que tengo razón en esta idea de negocio tuya. Déjalo como un entretenimiento. Eso te dará más tiempo para salir.

Con una profunda inspiración, Clare dio un paso adelante hacia lo que parecía un precipicio.

—Sin límite en el número de citas. Y en cuanto superes las seis semanas sin la cajita de Tiffany’s, gano.

—Vale, pero si digo que con una no está funcionando, pasamos a otra. Te doy… —miró al techo y después a ella— tres meses para encontrar a mi señorita perfecta.

—Seis.

—Cuatro.

—Cinco.

—Cuatro desde la primera cita.

Era lo mejor que iba a conseguir, lo sabía.

—Hecho.

De pronto hubo un montón de actividad cuando sus amigos empezaron a sacar bolígrafos y Morgan recurrió a una servilleta para anotar las apuestas. Mientras tanto, Clare tenía los ojos clavados en

Quinn, que se levantó, rodeó la mesa hasta donde estaba ella y le tendió una mano.

—Hecho —dijo él con voz ronca y perturbadoramente íntima.

Clare se dio la vuelta en la silla. Se humedeció los labios y respiró hondo antes de levantar la mano y unirla a la de él. Su voz era igual de grave cuando lo miró a los ojos.

—Engáñame y eres hombre muerto.

Una enorme sonrisa, que duró menos de un segundo, apareció en su rostro antes de que sus increíbles ojos se oscurecieran y sus dedos rodearan la mano de Clare. Pero en lugar de sacudirla arriba y abajo para sellar el acuerdo, inconscientemente le acarició los nudillos con el pulgar.

Luego habló a un volumen lo bastante bajo como para que ella tuviese que acercarse para poder oír.

—No hará falta. Porque sea como sea, ganaré.

Capítulo 3

Quinn pensó que no le habrían hecho tantas preguntas si hubiera decidido alistarse en la CIA. Quién podía imaginar que demostrar que tenía razón le iba a suponer rellenar tantos papeles.

Se balanceó en la silla mientras leía el cuestionario que le había dado Clare y se preguntó por qué no había respondido directamente ella la mayor parte de las preguntas. Porque si trabajar juntos y compartir relaciones sociales no era suficiente, vivir en un apartamento de su bloque de pisos de Brooklyn los últimos once meses le debería haber dado el resto de la información. Lo conocía tan bien como cualquiera que se hubiera criado con él.

Levantó la carpeta de la mesa y se recostó un poco más en la silla con el bolígrafo en la mano para seguir leyendo: *¿Qué importancia le das al sexo en una relación?*

Incluso venía con un baremo de puntuación, pensó sonriendo.

—Se supone que no es una broma.

Inclinó la silla hacia delante para mirar hacia la puerta, donde Clare estaba de pie con los brazos cruzados.

—Venga, O'Connor. No solo es divertido, tienes que admitir que carece de sentido.

—Exactamente, ¿qué?

Con gesto retador se humedeció el índice y pasó un par de páginas.

—«¿Crees que es importante que el hombre gane más dinero que la mujer?» —leyó.

—Algunas personas piensan que es importante. Te sorprendería saber cuántos hombres se sienten castrados si la mujer gana más que ellos.

—No me sentía menos hombre cuando tenía menos dinero que

ahora.

El dinero no es lo que hace hombre a un hombre. Las mujeres que piensan así es que no están interesadas realmente en quien es —bajó la vista y miró otra página—. Y otra de mis favoritas: «¿crees que las mascotas pueden actuar como un sustitutivo de la familia?» —alzó la barbilla para añadir—: ¿No deberías preguntar por la costumbre de vestirlas y pasearlas en bolsas a juego con la ropa?

—No todo el mundo quiere tener hijos.

—¿Por qué no lo preguntas directamente?

Ella descruzó los brazos, avanzó hasta Quinn y agarró el cuestionario.

—Está en la página cinco. Sabía que no te lo ibas a tomar en serio. No tienes intención de encontrar a la chica adecuada.

Quinn puso el cuestionario fuera de su alcance.

—Me lo estoy tomando muy en serio. Deberías pensar en plantear preguntas diferentes a hombres y mujeres. Ningún tío con amor propio va a leer esto sin tirarlo a la papelera.

—Tienen que ser las mismas preguntas para poder reunir a personas que piensan igual.

—¿Qué pasa con la atracción de los opuestos?

—Las cosas importantes tienen que ajustarse —volvió a cruzarse de brazos—. Puedes abandonar cuando quieras, lo sabes. Pronuncia las palabras y podemos volver a donde estábamos antes.

Buen intento, pero no iba a conseguir que abandonase. Era tan poco probable que le encontrase un alma gemela como que empezara a vestir mascotas. No tenía tiempo para mascotas en ese momento, pero había un perro en algún momento de su futuro… un perro grande y lo bastante dócil como para que se le subieran encima los niños.

Pasó las páginas buscando alguna pregunta sobre mascotas y niños.

Todos los niños deberían tener un perro, lo sentía así, aunque no hubiera tenido uno de pequeño, pero sus hijos sí lo tendrían. Y sí, marcaría la pregunta de los hijos de la página cinco, pero debería haber una casilla en la que pusiera «algún día».

—Si te vas a tomar esto como una broma, no funcionará. Tienes que darle una oportunidad.

—Ya te he dicho que me lo estoy tomando en serio —como ella

no decía nada, alzó la vista y vio nublados sus habitualmente brillantes ojos —. ¿Qué?

Clare apretó los labios y los separó con un chasquido antes de arquear las cejas y preguntar:

—¿Estás realmente interesado en conocer a alguien con quien comprometerte?

¿Qué se suponía que significaba eso? Tenía la sospecha de que no iba a gustarle cómo pensaba ella.

—¿Crees que no soy capaz de comprometerme?

—No he dicho eso.

Pero era lo que quería decir. Y no le gustaba ni una pizca lo que ella pensaba.

—Tengo estabilidad económica, soy propietario de mi casa, en uno de los sitios con los precios más altos de Manhattan, añadiría, y he hecho todo lo posible para salir con gente. ¿Por qué no habría de querer comprometerme?

Clare frunció el ceño confusa, como si nunca se le hubiera ocurrido.

Quinn pensó que él era una persona agradable y la mayoría de las mujeres parecía estar de acuerdo. Y cómo se había enfrentado a los problemas que lo podrían haber echado a perder en su adolescencia era una prueba de su determinación de llevar una vida mejor… y ofrecérsela a quien acabase compartiéndola con él.

De acuerdo, no había sido un santo. ¿Quién lo era? Pero ¿qué había hecho para que Clare tuviera una opinión tan baja de él?

—Rellenaré esto antes de irme. Y después veremos si hay alguien preparada para quedarse con este chico malo.

—Quinn…

—Déjame las cuentas mensuales y ponme a Pauley al teléfono.

En todo el tiempo que llevaba trabajando para él nunca la había despedido de ese modo, pero no pensaba sentirse culpable. Dejó las cuentas delante de él con suavidad.

—Gracias.

—Pauley está en la línea dos.

Levantó el auricular y dejó la mano suspendida en el aire encima de la luz parpadeante mientras ella habló con un acento suave y sincero.

—No es que piense que no puedes comprometerte, Quinn. Es

que no me había dado cuenta de que estás preparado para ello. Lo siento.

Quinn inspiró con fuerza, bajó el receptor y giró la silla para mirarla. Y la amable sonrisa que encontró hizo que él también sonriera.

—Nunca hemos hablado de esto, eso es todo. Y, si lo piensas, todavía nos conocemos poco para estas cosas relacionadas con la amistad.

Clare asintió y bajó la vista.

—No lo he sentido así en mucho tiempo.

—Lo sé.

Había una incomodidad entre ellos que tampoco había estado ahí en mucho tiempo. Quinn sintió que se perdía la facilidad de trato habitual, pero no veía cómo arreglarlo sin continuar por el camino que habían tomado.

—¿Qué pasa después del cuestionario?

—Haremos una entrevista en profundidad.

—¿Sobre qué? —entornó los ojos.

—Sobre el protocolo de las citas.

—¿Crees que no sé cómo comportarme en una cita?

—Es cómo te portas lo que tenemos que discutir —Clare estaba tratando de contener la risa—. Hombres y mujeres pueden tener expectativas muy distintas a la hora de salir.

Quinn estaba sin palabras. Ya no solo era una persona con fobia al compromiso, además tampoco sabía tratar a las mujeres. Seguro que Clare pensaba que, además, maltrataba a los animales.

—Muchos hombres esperan que la primera cita acabe en…

—Ese debate puede esperar —la interrumpió él alzando la mano —. A trabajar. Las profundidades después. No pago a Pauley para que se pase el día al teléfono.

Esperó a que ella cerrara la puerta y después se pasó una mano por la cara. Si Clare creía que iba a hablar de su vida sexual en esa entrevista, estaba muy equivocada.

Y si iba a hurgar en su vida privaba a un nivel más profundo del que había tenido acceso hasta ese momento, entonces ella tendría que prepararse para que cambiaran las reglas del juego. De hecho, ella debería ir primero.

En realidad, si se paraba a pensarlo, le apetecía conocerla mejor.

Había muchas cosas que le gustaría saber y que nunca le había preguntado porque le parecía cruzar una especie de línea invisible. Si escarbaba un poco debajo de la superficie podría descubrir si ella se ocultaba tras el celestineo. ¿Y si era así? Bueno, podría utilizarlo.

Nunca había creído que sus cuestionarios pudieran ser tan divertidos hasta que empezó a leerse el de Quinn esa tarde en casa. Algunas respuestas arrojaron luz sobre aspectos desconocidos, pero otras eran tan manifiestamente «Quinn» que le hacían reírse a carcajadas.

Pero además estaban las otras… Las que hacían que se preguntara si lo conocía tan bien como pensaba o si no había hecho suficiente esfuerzo por conocerlo como debería. El cuestionario le dio ganas de saberlo todo.

Todo lo que se había perdido o había malinterpretado. Aunque descubriera que el amigo que tenía era una ilusión, algo que había construido en su cabeza. Como un amigo invisible que necesitaba un niño que había pasado por un trauma emocional al que no se podía enfrentar solo.

Según el papel, Quinn era el lote completo: asquerosamente rico, asustaba el éxito que tenía en todo lo que emprendía, le gustaban los animales, quería tener hijos algún día y apoyaba que las mujeres tuvieran una profesión además de tener familia. Añadía a todo eso su aspecto y sorprendía que se las hubiera arreglado para permanecer soltero tanto tiempo.

Desde luego, no era por falta de mujeres intentando echarle el lazo.

Desde la primera vez que se lo habían presentado siempre lo había visto acompañado de mujeres hermosas. Ninguna de ellas, lo sabía cómo su asistente personal, había tardado más de seis semanas en recibir la cajita azul que le encargaba comprar a ella. Y milagrosamente, excepto las pocas llorosas a las que tenía que haber escuchado con comprensión, Clare no sabía de ninguna que se hubiera dedicado a perseguirlo. Pero alguna tendría que haberse quedado colgada de él, ¿no?

Si de verdad Quinn estaba preparado para el compromiso, entonces ella tendría que tomarse la apuesta más en serio.

Cuando sonó el móvil, que estaba al lado del sofá, atendió la llamada sin mirar quién era.

—¿Hola?

—¿Qué haces?

Por alguna incomprensible razón, el latido del corazón le dio un salto al oír esa conocida voz áspera.

—Hablar contigo por teléfono, ¿por qué?

No podía confesarle que estaba memorizando su cuestionario.

—Pensaba que podría acercarme a hacer esa entrevista.

«¿Ahora?». Clare bajó la cabeza y abrió los ojos de par en par al verse con unos pantalones cortos y una camiseta arrugada que se había puesto sin ropa interior después de ducharse. No era que sintiera la necesidad de arreglarse para verlo, pero lo que llevaba no estaba hecho para los ojos de nadie, ni siquiera para mirarse en el espejo.

—¿Estás en casa? —el tono de su voz ligeramente sin aliento le hizo jadear interiormente—. Vale, llevaré una botella de cualquier cosa.

—Esto… no estoy vestida exactamente para atender visitas. Tienes que darme un minuto.

Hubo un silencio y después:

—Estás vestida, ¿no?

—Basta.

—Bueno, al menos no he recurrido al típico «¿qué llevas puesto?».

—Podrías haberlo hecho —confiada en que él no aparecería mientras estaba arriba hablando por teléfono, se sentó encima de las piernas y se echó hacia atrás enterrándose entre los cojines del sofá mientras sonreía por la broma—. Los amigos no hacen esa clase de llamadas.

Después de un instante de silencio, Quinn salió con otra respuesta que añadió intimidad a una conversación que ya le resultaba incómoda a Clare.

—Lo consideraría, con ese acento tuyo tan cantarín. Podríamos llevar a cabo una como parte de ese entrenamiento para las citas que parece que necesito.

—Me rindo.

—Primer asalto. Bueno, dime qué llevas puesto que supone tanto problema.

Cuando sintió que una carcajada le subía por la garganta, se

tapó la boca para asegurarse de que nada más se escapaba.

—Vamos… no puede ser tan malo —insistió él—. Es una sudadera dos tallas más grande, ¿verdad?

Ella frunció el ceño. En realidad, no creía que uno de los solteros más cotizados de Nueva York pensara que podía llevar algo *sexy*. No estaba buscando una caja azul.

Se le ocurrió una respuesta malévola:

—¿Cómo sabes que no llevo algo muy *sexy* que no quiero que veas?

Cuando del otro lado solo escuchó el silencio, contempló la posibilidad de saltar por el Puente de Brooklyn por la vergüenza. Y entonces, por encima del sonido de su pulso en los oídos, oyó una respuesta a un volumen tan bajo que entraba dentro del territorio de las conversaciones de almohada.

—¿Estás flirteando conmigo? Porque si lo estás haciendo…

Si lo estaba haciendo… ¿qué? Tragó con dificultad y recuperó el control para que la voz sonara tranquila mientras se quitaba la mano de la boca.

—Tú has sido quien ha dicho que fuera una llamada de entrenamiento.

—Una llamada de entrenamiento antes de una cita de entrenamiento —dijo tras otra pausa— es saltarse una etapa, ¿no te parece?

—Yo no he empezado.

Estupendo, parecía que tenía ocho años.

—Podría discutir eso, pero limitémonos a hacer otro intento. ¿Qué llevas exactamente que impide que baje y esté ahí en un segundo?

—No crees que lleve nada *sexy*, ¿verdad? Cuando piensas en mí aquí abajo automáticamente asumes que esté vestida con harapos.

—No puedo decir que me haya preguntado lo que llevabas puesto antes de esta llamada.

El Puente de Brooklyn se estaba volviendo más tentador por momentos. Entonces él le provocó de nuevo esa extraña sensación en el estómago.

—Siempre me lo voy a preguntar a partir de ahora, claro. Un pensamiento inapropiado que será por completo culpa tuya. Eres la chica de la puerta de al lado… No he pensado jamás en ti como

algo más que alguien adorable.

—Soy la chica del piso de abajo. Y para tu información llevo algo demasiado *sexy* como para ser considerada adorable.

—Mentirosa —podía oírlo sonreír al otro lado—. Y no hagas mohines.

Con esas trenzas parece que tienes dieciséis años.

Clare miró la ventana francesa que daba a un pequeño jardín para descubrir a Quinn sentado en el escalón de piedra con las largas piernas estiradas, una botella de vino bajo el brazo y dos copas colgando de los dedos de una mano mientras sonreía. No necesitaba estar más cerca para ver las chispas de malicia que había en sus ojos azules. «¡Era una rata!»

—Vamos, sal para fuera, se está más fresco.

—No bebo vino con mirones —dijo ella con una sonrisa afectada.

—Estoy en mi propio jardín mirando a un apartamento que es mío, y si hubieras estado desnuda sé que habrías cerrado las cortinas —ella alzó la barbilla y luego la bajó—. Te prometo que no me insinuaré. Aún no hemos quedado para la cita de entrenamiento.

—No es así como funciona.

—¿No?

—No. Es una conversación sobre las citas, no un ensayo general.

—Si piensas ganar esta apuesta, tendrás que tratarme como un caso especial —hizo un gesto con la cabeza para que se acercara—. Vamos.

—Yo me quedo donde estoy.

—Muy bien —se encogió de hombros.

Clare suspiró mientras él sujetaba el teléfono con el hombro. Sacó el corcho de la botella, dejó las copas y después las llenó de un líquido rojo.

Dejó la botella en las escaleras antes de acercar una copa a la puerta. Alzó la otra copa, la señaló con un dedo y dijo:

—Ésta es la tuya.

—No llegó desde aquí.

—Solo tienes que acercarte, ¿no quieres?

—Estoy bien, gracias.

—Realmente no estoy tan desesperado…

—Gracias —era ridículo, pero eso la había herido—. Un pequeño consejo, Romeo: no sigas esa línea con las citas que te mande.

—Iba a decir no tan desesperado como para obligar a algo a una mujer. Piensas que soy lo peor, ¿verdad? ¿Cuándo ha sucedido eso?

Clare sintió calor en las mejillas y dijo entre dientes:

—No pienso que seas lo peor.

—Bien. Porque me estaba empezando a preguntar…

Incapaz de mantener la mirada más tiempo, incluso a esa distancia, Clare frunció el ceño por la música que sonaba de fondo. Había estado bien escuchando su sensual sonido mientras estaba sola, leyendo el cuestionario, pero no necesitaba un ambiente romántico cuando él estaba allí en persona… especialmente con lo irracional que se estaba sintiendo al tenerlo tan cerca. Así que tomó el mando a distancia y apuntó al reproductor de CD.

—No, déjala. Te regalé ese disco en Navidad. No te habría regalado algo que no me guste escuchar, ¿no?

Clare había descubierto mucha música que le gustaba gracias a la enorme colección que Quinn tenía arriba. Al principio de mudarse allí, escuchaba por la noche la música que ponía él en su apartamento y la conversación de cada mañana empezaba con un «¿Qué escuchabas anoche?».

Algunas veces se había preguntado si no pondría algo distinto cada noche para mantenerla escuchando. Se había vuelto una especie de juego entre ellos.

—Bueno, ¿cómo has puntuado mi cuestionario?

Clare dejó caer la mano del mando a distancia. Él no se había perdido un detalle, así que no tenía sentido negar que había leído el cuestionario que aún tenía en el regazo.

—No es un examen. ¿Has dicho siempre la verdad?

—La verdad y nada más que la verdad. No he llegado al cinco en ninguna pregunta, ¿verdad?

Clare se encogió de hombros y se arriesgó a mirarlo otra vez.

—Hay algunas cosas que no sabía, eso es todo.

—Ah, entiendo. Te he sorprendido, ¿verdad?

—Puede que un poco.

—Ya te había dicho que nos conocíamos desde hace muy poco.

—Sí, me lo has dicho, pero pensaba que te conocía mejor. Ahora

tengo la sensación de no haberte prestado mucha atención —cuando esa confesión se le escapó, sintió que el corazón se le retorcía un poco en el pecho y siguió en tono más bajo—. Y lo siento, Quinn. Debería haber sido una amiga mejor. Me has ayudado cuando lo necesitaba, cuando estaba hundida y sin trabajo y a punto de convertirme en una vagabunda. Si no hubieras estado ahí…

La respuesta de Quinn fue en el mismo tono y tan suave que hizo que le doliera el corazón.

—No hagas eso.

—Pero…

—Pero nada —lo oyó inspirar—. Necesitaba una asistente personal; tú necesitabas un trabajo. Yo tenía un apartamento vacío; tú necesitabas un sitio para vivir. Una buena sincronización. E hiciste bien en quedarte dónde estabas. Nada de dudas. Le echaste valor y te quedaste.

Estupendo, había conseguido tener un nudo en la garganta. Incluso tuvo que apartar la mirada para poder parpadear y volver a tener una visión enfocada. ¿Qué le pasaba esa noche? Hacía mucho tiempo que no se sentía tan vulnerable.

—¿Echas de menos tu casa, O'Connor?

—Estoy en mi casa —se miró las rodillas con el ceño fruncido al ser consciente de cómo podía malinterpretarse su respuesta. Después de todo, no podría seguir viviendo en el bajo de Quinn una vez que dejara de trabajar para él—. Nueva York es ahora mi hogar —dijo en un intento de rebajar el tono—. Y cuando tenga un gran éxito emparejando gente en tus salas, podré permitirme tener mi propio apartamento, ¿no?

—Estás deseando alejarte de mí, ¿verdad?

—No trato de alejarme de ti.

—Así visto… —miró la copa que tenía en la mano—. Tienes que ser cuidadosa, O'Connor, podrías herir mis sentimientos —le dedicó una sonrisa que hizo que a Clare se le hiciera un nudo en el corazón por la sola idea de herirlo lo más mínimo.

Sin pensarlo, sacó las piernas por encima del borde del sofá y lo miró de un modo que él supiera que era sincera. Porque lo era.

—¿Por qué querría perder a uno de los mejores amigos que he tenido desde que vine aquí? —sonrió algo tímida—. Además…

conocerás a la mujer de tus sueños muy pronto y, por difícil que te resulte creerlo, puede que te quiera para ella. Aun así, estoy segura de que eso ocurrirá con el tiempo. Y cuando suceda, los dos podréis invitarme a cenar. Yo llevaré el vino —consiguió mantener la sonrisa, pero no fue fácil.

Porque sabía que la relación que mantenían cambiaría si los dos tenían pareja. Lo que no sabía era el daño que eso le iba a hacer. No volvería nunca a ser lo mismo.

Una parte de ella quería que las cosas siguieran igual.

Quinn la seguía mirando.

—Va a tener que ser una mujer muy especial para comprometerme.

Lo sabes, ¿no?

—No dejaría que te conformaras con menos —alzó las cejas.

—¿Ni siquiera para ganar la apuesta?

—Ni siquiera para ganar la apuesta.

—¿Prometido?

Lo miró sonriendo desde el otro lado del cristal y esperó que entendiera lo mucho que deseaba verlo feliz.

—Prometido.

Cuando se llevó la mano al pecho para dar solemnidad a la promesa, sabía que estaba cometiendo un error. Porque la mirada de él se dirigió de inmediato a sus pechos con la suficiente intensidad como para que ella casi sintiera que la había tocado. Miró cómo la respiración de Quinn cambiaba de ritmo y la suya propia se aceleraba.

Y después vio cómo la mirada de él seguía bajando, pasaba por su vientre desnudo, seguía por las piernas, que ella siempre había pensado que tenía demasiado flacas, y llegaba a los dedos de los pies, unos dedos que consumieron toda su capacidad de control para evitar que se curvaran sobre el suelo.

Quinn alzó la cabeza bruscamente y su mirada se encontró con la de ella.

—Deberías haber echado las cortinas.

—No esperaba compañía —se clavó las uñas en la palma de la mano en un esfuerzo por cubrirse cuando el daño ya estaba hecho.

—Puede que sea muchas cosas, pero ciego no es una de ellas.

Se quedó boquiabierta. Pero antes de que pudiera decir nada,

Quinn se giró sobre los talones y se marchó diciendo por encima del hombro:

—Tendremos la charla sobre las citas en la oficina.

—De acuerdo.

—Y echa las cortinas.

Levantó las manos para hacerlo y decirle adiós mientras lo observaba bajar las escaleras. Y cuando las cortinas estuvieron cerradas, se quedó con las manos agarradas a ellas respirando hondo para intentar recuperar el ritmo normal del pulso. Se sentía como si hubiera corrido una maratón.

Y había provocado todo eso solo con mirarla. ¡No le sorprendía cómo se sentían las mujeres con él!

Era la primera vez que la había mirado como un hombre miraba a una mujer, eso era todo. Hasta entonces… Bueno, hasta entonces sencillamente ella había estado ahí, nada más.

La cuestión era que no estaba completamente segura de querer estar en un segundo plano para él. No quería algo más, pero tampoco quería ser invisible. Había veces que era fácil sentirse así en una ciudad del tamaño de Nueva York, sobre todo para alguien que provenía de un pueblo diminuto del oeste de Irlanda donde todo el mundo se conocía.

Si un entendido en mujeres como Quinn Cassidy no la veía, entonces ¿qué esperanza tenía de no desaparecer entre la multitud? Y quería ser vista. La idea la sorprendió, pero no debería haberlo hecho. Realmente no.

Ya era hora. Había pasado bastante tiempo desde su error, era momento de seguir adelante, de volver al terreno de juego, como diría Quinn. Y si él estaba listo para comprometerse con alguien, entonces seguro que ella podía darle otra oportunidad al amor. Solo tenía que asegurarse de no elegir otra vez a alguien que fuera un mujeriego. Si no fuera así, entonces podría sentirse tentada de flirtear con Quinn… Bueno, eso sería un desastre.

Capítulo 4

—¿Ha hablado O'Connor con Madison sobre alguno de sus planes? —Quinn se pasó la pelota de baloncesto de una mano a otra antes de lanzarla a la canasta.

Había quedado con Morgan y Evan para lanzar unos tiros en el campo que había a un par de bloques de donde ahora vivía. Llevaban haciéndolo desde que eran niños. Y mientras evitaba la charla de Clare sobre el protocolo de las citas, había sentido la necesidad de un poco de compañía masculina… aunque eso supusiera abordar el tema delante de un tipo nuevo que se había unido al equipo.

Jamie había sido originalmente el cuarto miembro del equipo, pero después de su altercado con Quinn no era pensable que volviera sin una repetición de su última conversación.

—¿El tema del emparejamiento? —Morgan agarró el balón antes de que llegara al suelo—. ¿Cómo te está resultando? ¿Ya te has apuntado para que te den la vajilla?

—Muy gracioso.

—Será mejor que ganes —Evan lo empujó por la espalda con la fuerza suficiente para hacerle tambalearse—. He apostado por ti… no me defraudes.

—Es imposible que ella lo consiga. Habría encontrado yo solo a la mujer adecuada si existiera.

Además, era un hombre muy ocupado y las mujeres tenían la tendencia a esperar que uno se comprometiera a dedicarles más tiempo a partir de cierto momento de la relación.

Si Clare dejaba su trabajo estaría incluso más ocupado. Por no mencionar que estaría sometido a una tensión que no había sufrido en dos años. Con ella en su puesto había estado más tranquilo, más

relajado, menos expuesto a sufrir una úlcera. Volver al tipo de vida que había llevado antes le apetecía cada vez menos.

Apoyó las manos en las caderas esperando una oportunidad para robar el balón.

—Entiendo que no os ha dicho nada sobre que deja el trabajo, ¿no?

Dejaron de botar el balón y se reunieron en torno a él. Morgan fue el primero en preguntar:

—¿Cuándo?

—¿Se vuelve a Irlanda? —siguió preguntando Evan.

—¿O'Connor? Esa pelirroja tan mona, ¿verdad?

Quinn miró al nuevo, sorprendido por que se atreviera a meterse en la conversación. ¿Cómo era posible que pensase que podía intervenir en una conversación sobre su vida privada? Pero Morgan ya estaba preguntando por los detalles.

—¿Qué te hace pensar que se marcha?

Siguió cinco segundos mirando fijamente al nuevo y después respondió a Morgan.

—Quizá que me lo haya dicho. Soy muy intuitivo.

—Tiene que ser un fastidio, ¿no?

Quinn se encogió de hombros y se secó el sudor de la frente con la manga.

—Pensaba que habría comentado algo con las chicas.

Los ojos de Evan brillaron de un modo que hicieron que Quinn le lanzara una mirada que quería decir «no sigas por ahí», a lo que Evan respondió con un gesto de rendición.

—Solo iba a decir…

—Mejor no.

—No sabía que fuerais pareja —volvió a intervenir el nuevo.

—Oh, no son una pareja en el sentido tradicional de la palabra —dijo Morgan con una sonrisa.

Quinn le quitó el balón de debajo del brazo.

—Puedo permitirme hacerme socio de un club de campo en cualquier sitio, lo sabéis. No tengo por qué volver a relacionarme con vosotros en esta cancha nunca más.

—Sí, pero ésta es nuestra cancha. No olvides nunca tus orígenes.

—No hay ningún sitio mejor que Brooklyn —dijo Evan.

Cuando los dos chocaron las manos sin dejar de mirarlo, Quinn

sacudió la cabeza. Un experto en inversiones, un policía, reconvertido en especialista en seguridad y un propietario de clubes y discotecas de alto nivel juntos desde la infancia. Pero cuando se juntaban con un balón seguían actuando como adolescentes. Sería probablemente una de las razones por las que las mujeres pensaban que los hombres nunca crecían.

Cuando no tenían que dedicar tiempo y esfuerzo a ganar dinero, se reunían alrededor de un balón.

Pero esa vez no estaba ayudando a Quinn.

Si Clare había estado hablando con las otras chicas sobre sus planes de irse, entonces habría sabido que el proyecto estaba muy avanzado. Si no lo había hecho, entonces sabía que era una idea nueva, lo que implicaba que tenía tiempo para…

Bueno, prepararía esa parte cuando tuviera la información que necesitaba. Así que planteó la pregunta que lo reconcomía.

—¿Sabe ella algo de Jamie?

—¿Tienes otra chica?

Quinn giró la cabeza tan rápidamente hacia el nuevo que sintió que le crujían los huesos del cuello.

—Mira, sé que estás aquí para lanzar unos tiros y estoy seguro de que eres un gran tipo, pero ¿por qué no te vas a beber agua o algo así?

Cuando el hombre se encogió de hombros y se alejó, Morgan alzó una mano y luego la dejó caer.

—¿Hay alguna posibilidad de que no asustes a otro más? Me estoy quedando sin primos segundos.

—¿Ha sabido algo ella? —volvió sobre el tema Quinn.

—No sé por qué no se lo dices y ya está. La defendiste cuando apenas la conocías. Debería estarte agradecida por ello.

—¿Antes o después de que descubra que yo hice que las cosas empeoraran?

Morgan sonrió.

—Así que no lo sabe —constató Quinn.

—La única forma de que lo hubiera sabido sería que se lo hubiésemos dicho nosotros.

Evan le apoyó una mano en el hombro.

—Siempre ha sido cosa tuya.

Quinn asintió bruscamente, giró la cabeza y dejó que su mirada

se perdiera más allá de la alambrada que rodeaba la cancha.

—Si estuviera pensando en volver a Irlanda, a estas alturas habríamos oído algo —dijo Morgan.

—Ahora esto es su hogar, ya es de aquí —murmuró Quinn.

Hubo un silencio lo bastante largo como para atraer su atención de nuevo hacia los rostros de sus amigos, que lo observaban como si fuera un insecto raro bajo el microscopio.

—¿Qué?

—Nada.

—No, yo tampoco digo nada.

—Bueno, vamos a terminar el partido. Tengo que estar en el club de Manhattan en un par de horas —era su última parada antes de poner en marcha su genial plan, el plan que le había parecido una gran idea antes de echar un vistazo a Clare con la poca ropa que llevaba en su casa.

En dieciocho meses había conseguido no mirarla de ese modo.

Dieciocho meses. Pero en ese momento estaba indeleblemente grabada en su mente, así que ya nunca sería capaz de mirarla como la Clare del piso de abajo que trabajaba para él.

Depositó toda su rabia y frustración en el baloncesto, ignorando el fuerte calor.

¿Por qué no se había puesto una sudadera dos tallas más grande? No quería mirarla como a una mujer. Se conocía a sí mismo. Si ella no lo miraba como a un hombre, él lo consideraría una especie de reto. Y eso sí sería un auténtico problema.

* * *

Clare miró con los ojos muy abiertos su propio reflejo.

—Estás impresionante, Viernes.

No era la palabra que ella habría empleado.

—Es demasiado corto.

Cuando tiró del dobladillo del vestido en un intento de hacerlo más largo, la chica se echó a reír encontrando en el espejo la mirada de ella.

—No con esas largas piernas de supermodelo que tienes. Las

azafatas representan esa clase de glamour, aunque no sean más que camareras glorificadas. Somos lo primero que la gente ve cuando entra en la sala VIP.

Piensa en nosotras como en candidatas a Miss Estados Unidos. Podrías hacer este trabajo, lo sabes, cuando te aburras de mirar a tu jefe un día tras otro.

¿Mirarlo? Oh, si hubiera tenido oportunidad de hacerlo… En las últimas cuarenta y ocho horas Quinn se las había arreglado para encontrar siempre alguna razón para estar fuera de la oficina.

Volvió a tirar del borde del vestido negro mientras trataba de convencerse de que enseñar las piernas en el mundo moderno no era ningún escándalo. Alzó la vista hasta la cascada de rizos rojos que enmarcaba un rostro que apenas reconocía como suyo debido al maquillaje.

Bueno, había querido que la gente la viese, ¿no?

—Vamos, te ensañaré lo básico y practicaremos la sonrisa constante y el caminar con estos tacones.

—Estupendo —dijo Clare con una mueca.

—Lo harás bien, Viernes, siempre lo haces. Por eso te queremos tanto.

Sí, todo el mundo que trabajaba para Quinn Cassidy la adoraba… excepto él mismo, quien aparentemente no soportaba estar en la misma habitación que ella. Si quería dejar la estúpida apuesta no tenía nada más que decirlo. A ella no le suponía un problema.

Con lo que sí tenía un problema era con lo mucho que lo echaba de menos por no tenerlo cerca. Había echado de menos su voz gruñona, su sonrisa perezosa, la cantidad de veces al día que le hacía reír… No se lo pensaba decir porque ya tenía un ego del tamaño de Manhattan.

Pero no era una buena señal a largo plazo si lo echaba de menos antes de que su relación hubiera cambiado con la llegada de nuevas parejas.

A lo mejor no era tan independiente como había pensado. Una idea deprimente.

* * *

Cuando Quinn se había duchado, cambiado y vuelto a la ciudad, el club estaba lleno de miembros de sus exclusivas listas de clientes. Así comprobó que todo estaba bien antes de instalarse en su papel habitual.

Habían pasado unas horas y había recorrido la mitad de la zona VIP cuando se quedó sin respiración. Parpadeó con fuerza.

Le dirigió una sonrisa forzada al actor que abrazaba por la cintura a Clare, la agarró de un brazo y se la llevó a un pasillo donde la música sonaba más baja.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Clare se soltó el brazo de un tirón y se lo frotó mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—Lo siento… ha pasado tanto tiempo desde que te vi por última vez que no te he reconocido.

—Podría decir lo mismo. ¿Por qué te has puesto eso?

Completamente enfadado, la recorrió con la mirada y reprimió un gruñido de frustración.

Había visto al menos a una docena de mujeres con minifaldas hechas de discos de ónice superpuestos al menos tres noches a la semana. Había visto tantas que apenas las había mirado. Pero ninguna era Clare. Clare con una minifalda así era completamente diferente.

¿Por qué estaba desarrollando esa obsesión por sus piernas? Las había visto cientos de veces. Aunque tenía que reconocer que nunca embutidas en unas medias de red y encima de unos tacones peligrosamente altos.

Alzó la mirada. El peinado y el maquillaje también eran algo nuevo… y completamente innecesario. Clare no necesitaba esas cosas en su rostro, ni rizarse el cabello. Siempre le había gustado el modo en que enmarcaba su rostro con suaves ondas y la frescura, la naturalidad. Apretó los dientes.

—Vete a casa, Clare.

Clare separó sus húmedos labios un segundo antes de que de sus ojos saliera fuego.

—No me va a mandar a casa una especie de adolescente rebelde.

Tenemos a tres de baja con gripe y esta noche esto está lleno. ¿Qué problema tienes?

—¡Éste no es tu sitio!

Alzar la voz demostró ser una mala idea; solo echó más leña al fuego.

—¡He trabajado aquí detrás de la barra al menos una docena de veces!

—¡Detrás de la barra! No en la sala principal con actores de Hollywood intentando hacerse con tu número de teléfono.

—Bueno, discúlpame, pero ¿quién me dijo que volviera al terreno de juego? —sacudió la cabeza y los rizos golpearon contra los hombros desnudos—. Voy a seguir trabajando.

—Éste no es tu trabajo —le bloqueó la salida, sintiendo que la rabia aún burbujeaba dentro de él.

No recordaba la última vez que había estado así de enfadado.

Mentira, podía recordarlo exactamente, y ella también, en cierto modo, estaba implicada.

—No vas a volver a salir ahí —insistió—. Cámbiate y vete a casa. Le diré al conductor de una de las limusinas que te lleve.

Por un momento pensó que había conseguido convencerla, pero entonces ella dio dos pasos hacia atrás, alzó la barbilla y lo miró con los ojos brillantes. Cuando habló, en su voz se notaba la rabia contenida.

—Si piensas que no alcanzo el nivel de glamour que se exige en tus locales VIP, entonces dímelo, porque…

¿Pensaba que no era lo bastante guapa como para trabajar al lado de las otras chicas? Precisamente porque era guapa no quería que estuviese allí.

Con un considerable esfuerzo para no pronunciar ningún juramento, dijo:

—No tiene nada que ver con tu aspecto. No trabajas aquí.

—¡Trabajo para ti! —puso los brazos en jarras y frunció el ceño —. Y trabajar para ti significa hacer suplencias cuando estamos cortos de personal, lo sabes, así que ¿por qué tantos problemas hoy?

Porque sí. Por eso era, pero ésa no era una respuesta muy lógica.

Además, sabía que no era razonable mantenerla trabajando para él si luego no le iba a dejar hacer el trabajo que siempre había hecho… Lo estaba volviendo loco.

—Si tengo que llevarte a cuestas sabes que lo haré.

Clare se mordió el labio inferior y después se lo humedeció con la punta de la lengua frunciendo el ceño aún más. Después respiró

hondo.

—Si quieres que me vaya, tendrás que despedirme. No creo que quiera seguir trabajando para ti. No si te vuelves así.

Quinn apoyó la barbilla en el pecho y respiró varias veces apretando los dientes. Naturalmente, Clare eligió ese momento para dar un paso hacia él y hacer que su aroma a flores de primavera llegara a su nariz.

Cerrando los ojos un instante, Quinn respiró más hondo y después la miró sin levantar la barbilla.

—No voy a despedirte. Solo quiero que te vayas a casa. Por favor.

Un «por favor» tenía que ayudar, ¿no? Además, era por el bien de ella. Si seguía paseándose mostrando lo *sexy* que podía ser, llegaría un momento en que perdería el control.

Clare sacudió la cabeza mientras preguntaba con voz trémula:

—¿Qué nos pasa últimamente?

Ahí estaba la cuestión. Una para la que le gustaría tener una respuesta. Porque algo había cambiado. El equilibrio había desaparecido y, fuera lo que fuera lo que había pasado, se encontraba en una especie de caída libre a la que no estaba acostumbrado.

Levantó la cabeza.

—Tu sitio no está donde los juerguistas podrían manosearte después de unas copas. Las chicas que trabajan aquí saben cómo manejarlos, son duras.

—¿Sigues viéndome como una patética damisela necesitada de ayuda? Estupendo, es bueno saber lo lejos que hemos llegado en el último año.

—No eres una patética damisela.

—Me estás tratando como si lo fuera.

—No, lo que hago es preocuparme por ti. Me han dicho que es lo que hacen los amigos.

Clare alzó la barbilla del modo que lo hacía siempre que quería sacar su fuerza interior.

—No soy tu responsabilidad, Quinn.

—Aquí sí lo eres, en mi club. Y si te digo que te vayas a casa, te vas a casa.

Lo miró un segundo. Después volvió a poner los brazos en jarras.

Inclinó la cabeza y le brillaron los ojos justo antes de entornarlos.

Quinn pidió ayuda al cielo. No se había sentido tan tentado de besar a una mujer en toda su vida.

Pero antes de hacer algo increíblemente estúpido, antes de perder el control, bajó la voz hasta un tono absolutamente calmado y dijo:

—¿Te marchas o te saco?

—No te atreverías…

—Tú lo has querido —la agarró de la cintura y se la echó al hombro.

—¡Quinn Cassidy, déjame en el suelo inmediatamente o… !

Cuando Clare luchó para soltarse, él levantó la mano que le quedaba libre y la sujetó por detrás de las rodillas. Ella jadeó, se puso rígida y Quinn sintió el impacto de lo que había hecho.

El material de las medias parecía sedoso y crujiente bajo sus dedos, y notó la suavidad de la tela y el calor de la piel que había debajo. ¿Sería su piel tan suave sin nada que la cubriera, o más suave? Había habido siempre algo increíblemente excitante en la sensible piel de detrás de las rodillas de las mujeres, o en la parte interior de los codos, o en el hueco que se formaba entre el cuello y el hombro, o en la parte interior de las piernas más arriba…

El paso de Quinn vaciló cuando sintió la respuesta masculina más básica presentarse de un modo inesperado. Como resultado tuvo que apretar los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

—Si esa mano sube un milímetro más, voy a gritar tan fuerte que me va a oír tu madre en Brooklyn.

—¿Qué mano? —apresuró el paso.

Clare se agarró a la chaqueta de Quinn mientras bajaban las escaleras.

—Y si la gente me ve la ropa interior…

Quinn atisbó el borde de encaje de las medias y juró entre dientes.

—Te he dicho que te marcharas y no me has escuchado.

—Eres lo más irrazonable, malhumorado, cabezota…

—Me han llamado cosas peores en otros tiempos, créeme —abrió la puerta de una patada y dejó a Clare en el suelo, delante de

los guardas de seguridad—. Conseguidme una limusina. Se va a casa.

—¿Te encuentras mal, Viernes?

Clare se apartó los rizos de las ruborizadas mejillas y dijo entre dientes:

—Hasta la boca del estómago, Leroy.

Quinn, con las piernas abiertas y cruzado de brazos, formaba una barrera humana ante la puerta. La miró mientras se tiraba enfadada del borde del vestido.

—Te odio cuando haces cosas así.

—Te lo he pedido por favor.

—Ha sido como un último esfuerzo y los dos lo sabemos. No eres una buena persona.

—Nunca he dicho que lo fuera —se encogió de hombros.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que la razón por la que tienes tan pocos amigos es por la forma que tienes de ser?

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que tengo tan pocos amigos porque eso es lo que quiero?

Cuando la pregunta evidente se formó en los ojos de ella, Quinn apartó la mirada. Quizá pudiera contarle la historia de su vida. Sería más barato que una terapia.

—¿Por qué? —la voz de Clare había cambiado.

Por el rabillo del ojo la vio dar un paso adelante y de inmediato se enderezó. Ya estaba bien.

—Traeré tus cosas. Vete a casa. No quiero verte así vestida. Fin de la historia —giró la cabeza y la miró fijamente—. Hazme el favor, solo por esta vez.

Ya tenía una mano en la puerta de la limusina cuando oyó la voz de Clare desde el interior del vehículo. La emoción que había en ella lo dejó sin aire en el pecho.

—No quiero volver a la forma en que estábamos antes de hacernos amigos.

Quinn sentía lo mismo, pero en lugar de decirlo cerró la puerta y desapareció. Si ella hubiera sido otra persona, cualquier otra persona, habría actuado de un modo acorde con cómo le hacía sentir. Habría encontrado una salida para su frustración. Pero era Clare, maldición, y le importaba. Que le hubiera echado una mano cuando ella la necesitaba en mayo del año pasado había sido en

parte porque se sentía mal por la red de mentiras que se había tejido alrededor de ella poco después de que llegara a Estados Unidos. Pero en ese momento Clare era importante para él. Quizá más de lo que debería.

Capítulo 5

Clare no lo entendía. Era la tercera mujer con la que Quinn no había pasado de la primera cita. ¿Qué demonios estaba pasando? Porque si él lo estaba haciendo a propósito…

Trató de ir a la raíz del problema.

—¿Puedo preguntar qué es exactamente lo que te ha hecho decidir que no quieres una segunda cita?

Era la clase de pregunta que siempre hacía para ajustar mejor el perfil de los clientes. Quizá en esa ocasión hubiera algo más que curiosidad profesional, pero aun así…

—No me malinterpretes —dijo la mujer tras una pausa—. Fue encantador y atento y todo eso. Y no hay duda de que es increíblemente guapo, pero…

—¿Pero?

—Bueno, me llevó un rato darme cuenta, porque fue listo y me dejó hablar de mí misma. Y, seamos realistas, a una le gusta que muestren interés por lo que dice, pero cuando intenté saber algo de él…

Ahhh… ya lo comprendía. Había tenido que pasar prácticamente todas las horas del día con Quinn para poderlo conocer un poco mejor.

Todo el mundo le había hecho sentirse muy bien el día que había llegado, pero Quinn…

—Gracias por decírmelo, Jayne. Te llamaré en unos días, cuando haya podido echar un vistazo a la lista de posibles parejas.

—En realidad, me preguntaba si existiría la posibilidad de volver a ver a Adam…

—Creo que a Adam le gustará. Hablaré con él y te diré algo.

Miró a través de las puertas de cristal cuando colgó y vio a

Quinn con la cabeza inclinada revisando el correo.
—Felicidades. Llevas tres de tres.
—¿Eh? —no levantó la cabeza.
—Era Jayne. ¿Quieres decirme cuál era el problema con ésta?
Cuando la miró, Clare sonrió ignorando la aceleración de su pulso. Las cosas habían cambiado desde la noche que la había sacado del club. Y sabía que no se lo podía reprochar todo a él.
Lo había mirado esa noche. No era que no lo hubiera visto trabajando otras noches que ella había estado allí, pero nunca antes le había prestado mucha atención. Y en la sala VIP, entre todas esas sonrisas y aceptando propinas de los clientes, se había más que impresionado por lo que había visto.
Siempre había pensado que él se había metido en el negocio de los clubes porque amaba el ambiente de constante fiesta. Pero no había participado en la diversión de los clientes, ni había probado el alcohol y tenía un autocontrol que se palpaba en la sala. Estaba pendiente de todo, hasta del detalle más insignificante; a la más mínima voz un poco más alta estaba allí para resolver el problema con una sonrisa electrizante y una buena dosis de ingenio. Y había saludado a todo el mundo, no importaba lo famosos o lo desconocidos que fueran.
Y con su traje negro estaba completamente impresionante.
—Era muy exigente.
Cuando él se dirigió a su despacho, Clare lo siguió.
—¿En qué sentido?
Quinn dejó el correo encima de la mesa, se quitó la chaqueta, la colgó en un perchero y la miró.
—En todos los sentidos. No hizo otra cosa que hablar de sí misma toda la noche, para empezar.
—¿De verdad? —alzó una ceja—. Es gracioso, ella dice que tú la animabas a hacerlo y que evitabas responder a las preguntas que te hacía sobre ti.
Empezó a recogerse una de las mangas de la camisa azul y Clare se quedó mirando sus dedos, hipnotizada.
—Solo probó los platos, se quejó cuatro veces al camarero, me contó todo lo que valía y dedicó media hora a hablarme de los mejores tratamientos de belleza en su spa favorito… de alto nivel.
—La última no era buena porque «apenas hablaba, comía

demasiado y se vestía como una cuáquera», dijiste textualmente.

—¿Y?

Cuando se dispuso a recogerse la otra manga, Clare se encontró mirándolo otra vez, convencida de que era capaz de oír el sonido de su piel rozando el suave vello del antebrazo.

—¿O'Connor? —el tono de su voz le hizo desviar la mirada—. ¿Podemos ir al grano?

Impaciente. Siempre había sido así. Y acaba de verla mirándolo, ¿no?

Era imposible que no lo hubiera hecho. A juzgar por su expresión, no le había agradado mucho.

Lentamente se humedeció los labios antes de levantar la barbilla.

—Si vas a descartar a todas después de una sola cita, quizá debería dejarte ver las fichas antes de que salgas con otra.

Eso era algo que nunca hacía porque juzgar a las personas solo por las apariencias era uno de los mayores errores que la gente había cometido antes de ir a verla a ella. Algo que ella misma había hecho.

Quinn inspiró y se encogió de hombros.

—Igual aceleraría un poco las cosas.

En silencio se arrepintió de haber intentado emparejar a alguien cercano a ella. Le suponía demasiado esfuerzo. Aunque dudaba que le hubiera inquietado tanto si se hubiese tratado de Morgan o Evan.

Quinn miró el reloj.

—Déjamelas ahora, si quieres. Tengo diez minutos.

¿Diez minutos para elegir a alguien con quien podría pasar el resto de su vida?

Se acercó a su mesa murmurando entre dientes.

—Así que se lo está tomando en serio… Dedica más tiempo a revisar su lista de VIP que a elegir a alguien con quien se va a despertar todas las mañanas. ¡Que Dios la ayude! Estará empuñando un hacha antes de seis meses.

—Tienes que hablar más alto si quieres que te oiga.

Clare cerró los ojos y murmuró un insulto.

Cuando arrojó encima de su mesa todas las fichas delante de él, Quinn se dio la vuelta en la silla y acercó con la punta del pie otra silla.

—Siéntate.

Clare arqueó las cejas y se sentó reacia mientras él empezaba a leer una ficha. Y, dado que no tenía nada mejor que hacer, decidió dedicarse a estudiar su perfil para ver si se le había pasado algo. Su examen empezó por el pelo negro y pasó por las igualmente negras cejas arqueadas mientras él se concentraba en la ficha. Se detuvo en las largas pestañas que enmarcaban los ojos azules y sonrió al ver cómo arrugaba la nariz un segundo antes de mirarla a ella.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar enfadada por lo que pasó en el club? —dejó la ficha en la mesa.

Clare hizo rodar la silla para ver la fotografía de la siguiente ficha antes de que él la descartara.

—¿Quién dice que sigo enfadada? ¿Y qué tiene de malo ésa?

—Salí con ella el año pasado —estudió la cuarta con un poco más de interés—. Y sigues enfadada. La tensión de la oficina podría cortarse con un cuchillo.

—Ah, ¿y eso es solo por mi culpa, no? ¿Qué tiene ésta de malo?

—También he salido con ella. Estoy tratando de recordar qué fue lo que no me gustó —asintió y dejó la ficha junto a las demás—. Ya me acuerdo: tenía un millón de gatos.

Clare puso los ojos en blanco.

—Tres gatos.

—En un diminuto apartamento de una habitación. Y dormían en su cama.

Claro, eso lo sabía. Respiró hondo y alejó un poco la silla cuando se dio cuenta de que iba a descartar a la siguiente. Se le había olvidado que había ofrecido buscar pareja a unas cuantas chicas después de una cajita azul llena de lágrimas, pero sí recordaba la que estaba mirando en ese momento.

—Sigue y deja a ésa también. Pasó más de media hora insultándote después de que la dejaras.

—Has montado tu negocio con mis descartes, ¿verdad?

No. Podría doblar su lista de clientes si lo hacía.

—Sé que no debería haber permitido que te saltaras la charla sobre las citas.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

Porque después de haber sentido sus manos cuando la había llevado a cuestas no había querido proporcionar más datos a su

imaginación. Por eso.

—¿Qué tiene de malo ésa? Es impresionante.

—Es pelirroja.

Clare se contuvo de recolocarse un mechón de pelo tras la oreja.

—Quizá fuera mejor que me dijeras qué estás buscando exactamente.

—Quizá fuera mejor que me dijeras por qué sigues tan furiosa por lo que pasó en el club.

—¿Que me sacaras de allí a cuestas y me mandaras a casa con el rabo entre las piernas no te parece suficiente?

—Te lo pedí por favor.

—Sí, lo recuerdo, pero nunca tuve elección, ¿verdad? Y odio decírtelo, pero esas tácticas de matón que tienes deberían acabarse. No te hacen ni remotamente atractivo, en mi opinión.

Quinn miró la siguiente ficha y después la dejó en la mesa mientras lentamente giraba la silla hacia ella.

—Entonces, en tu opinión, ¿qué me hace atractivo?

¿Se suponía que tenía que quedarse allí sentada, con las rodillas a unos centímetros de las de él y el sensacional azul de sus ojos observándola y decirle qué encontraba atractivo en él? ¿Se había apagado el aire acondicionado? Señor, menudo calor.

Notaba que la blusa se le pegaba a la espalda, así que se vio obligada a echarse hacia delante para separarse del cuero de la silla.

Lo que Quinn interpretó como una invitación para que él también se echara hacia delante, así que cuando Clare levantó la cabeza, solo los separaban unos centímetros.

—Adelante, soy todo oídos —dijo él.

Clare trató de buscar una respuesta general, lo que no era fácil cuando su cerebro se había convertido en una madeja de algodón. Y cuando tenía un montón de respuestas delante de los ojos: la arrasadora boca, los increíbles ojos, el pelo de la longitud justa para que rozara su frente… ¿Cómo podía sentirse atraída por él justo en ese momento, cuando se estaba comportando como un estúpido?

Se le pegó la lengua al paladar.

—¿Y bien? —insistió él.

—Esto… bueno… es algo subjetivo, ¿no?

—Por supuesto —la miró con intensidad—. Dime qué era lo que encontrabas atractivo en Jamie, entonces.

Clare abrió los ojos de par en par. Imposible mantener esa conversación con él. Imposible.

Aparentemente, la conocía lo suficientemente bien como para entenderlo porque asintió bruscamente y cambió de estrategia.

—¿Sigues enamorada de él? ¿Por eso no sales con nadie?

¿De dónde demonios había salido eso? Seguro que Quinn sabía la respuesta. Había días en que ni siquiera ella recordaba por qué se había dejado llevar desoyendo las advertencias de familiares y amigos sobre irse tan lejos de casa. Una preocupación razonable con lo que había pasado después…

Pero lo que la había librado de la completa humillación había sido darse cuenta de que nunca había amado a Jamie como debería haberlo hecho. Simplemente se había dejado llevar por el romance y la aventura.

Así que podía responder a la pregunta de Quinn con completa convicción.

—No, él no tiene nada que ver con eso.

—¿Yo te lo recuerdo?

Clare lo miró sorprendida. ¿Qué? Pero tenía que decir por su gesto que Quinn no le estaba tomando el pelo; quería saber.

—No tienes nada que ver con él.

Bueno, tampoco era una respuesta completamente sincera y, a juzgar por la mirada de Quinn, él se había dado cuenta, así que carraspeó y dijo más firmemente:

—Algunas veces utilizas las mismas frases que él y tenéis el mismo acento… pero también Evan y Morgan. La única razón es porque crecisteis juntos.

—¿Y eso es todo?

Su voz era más áspera de lo habitual y le faltaba aire en los pulmones, así que solo dijo:

—Sí.

Y por poco que lo conociera, como había descubierto recientemente, sabía que Quinn podía ser un maníaco de las citas, pero no pretendía ser lo que no era. Y la mujer que se enamorara de él se enamoraría de todos sus defectos. Él nunca dejaría que hiciera el tonto como había hecho ella con Jamie.

—Así que no tienes citas porque tienes miedo de que te vuelvan a hacer daño, ¿no?

—No, no salgo con nadie porque yo…

—¿No tienes tiempo? —una sonrisa cruel se dibujó en sus labios —. Sí, eso ya lo has dicho antes. Y es una de las razones por las que he suspendido las horas extras que echabas en los clubes. He dicho que no te llamen más —Clare intentó decir algo, pero él siguió—: No es que no te pidan salir, ¿verdad? Mitch lleva meses flirteando contigo.

Cuando él frunció el ceño, Clare abrió los ojos incrédula porque por un segundo había parecido como si estuviera… ¿celoso? ¿Por eso no había querido que se quedara en el club la otra noche?

Como si fuera capaz de leerle los pensamientos, Quinn frunció aún más el ceño y se volvió hacia su mesa.

—La próxima vez que te pida salir deberías decirle que sí. En algún momento tendrás que empezar —no parecía lógico que un hombre celoso le dijera a la mujer que le interesaba que saliera con otro, ¿no?—. Bueno, nada de exigentes, ni damas con gatos ni, definitivamente, nada de ex de aquí en adelante —apiló las fichas en el borde de la mesa.

Si estuviera siquiera remotamente interesado en ella de otro modo que no fuera como amiga, ¿seguiría saliendo con otras delante de sus narices? Clare recogió las fichas enfadada consigo misma por el momentáneo placer de haber pensado que estaba celoso.

—¿Puede respirar?

—Eso tómalo como un prerrequisito.

—Sabes que te puedes echar atrás en el momento que quieras —respiró hondo y se dispuso a ponerse de pie—. Solo tienes que decirlo y empezaré a organizar mis noches de emparejamiento en tus clubes.

—¿Podré seguir apareciendo por ellos aunque abandone?

—¿Así que no estás echando a perder las citas a propósito?

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Dímelo tú.

—Puede que fuerce un poco las normas, pero jamás me ha asustado jugar el partido —el teléfono de la mesa de ella empezó a sonar y Quinn la miró al ver que no se movía—. Es una tradición responder cuando se oye ese sonido.

Clare lo miró largamente y después apretó los labios, se puso en

pie y se acercó a la zona de recepción.

—Cassidy Group.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Mitch —sonrió al ver que Quin la miraba a través de la puerta abierta—. Mucho mejor al oír tu voz… como siempre.

—¿Lista para salir conmigo?

Era la misma conversación que mantenían una vez a la semana desde hacía meses, pero Quinn frunció el ceño cuando Clare cambió la respuesta.

—Me encantaría.

Quinn se levantó y de dos zancadas llegó hasta la puerta y la cerró.

Clare sonrió aún más.

—Bueno, ¿desde dónde me llamas?

Capítulo 6

Quinn se arrellanó en la silla y metió las manos bajo la mesa, donde las cerró hasta que se convirtieron en puños que apoyó en las piernas. Era una reacción visceral que nunca había experimentado y, en realidad, no podía echarle la culpa a nadie que no fuera él mismo. Decirle a ella que saliera con alguien era una cosa, pero oírla aceptar una proposición de Mitch por teléfono era otra. Verlos juntos… Bueno, si dedicaba un segundo a pensar cómo se sentiría a lo mejor podía estar preparado.

—¿Quinn?

Dedicó una sonrisa forzada a la mujer que estaba al otro lado de la mesa. En condiciones normales habría estado encantado con la cita número cuatro. Rubia, guapa, brillante, divertida, agradable… La clase de mujer a la que le habría pedido salir si la hubiera conocido sin ayuda. Pero al cabo de un cuarto de hora había sabido que no había chispa.

Su mirada errabunda se detuvo de repente en Clare caminando por la sala con ese maldito paso suyo tan femenino. No se le veían las piernas, pero estaba sensacional envuelta en la sedosa y flotante tela de la falda.

¿Qué hacía allí? ¿Sabría dónde había quedado él para cenar? Era imposible. Y, evidentemente, Mitch quería impresionarla invitándola a cenar en Daniel, un restaurante de estilo renacimiento veneciano.

Tenía el pelo recogido de un modo increíblemente femenino y cuando inclinaba la cabeza para oír algo que le decía Mitch, un largo pendiente le acariciaba el cuello. A Mitch le brillaban los ojos y ella se reía de un modo musical.

Quinn reprimió el deseo de sacarla de allí como había hecho de

su club.

—¿Es ésa Clare?

—Sí —respondió él apartando la mirada.

—¿Ése es su novio? —preguntó Lorie con los ojos brillantes.

Una parte de él deseó decir que no en voz alta, pero se tragó la palabra.

—Trabajas en el Museo de Historia Natural, ¿no? ¿Qué haces?

Mientras Lorie hablaba, se obligó a concentrarse en lo que decía.

Cuando el camarero le extendió la servilleta en el regazo, Clare sonrió y aceptó la carta. Sabía que Mitch estaba haciendo un gran esfuerzo y lo apreciaba. Era un tipo realmente agradable. Era una lástima que cada vez que miraba sus ojos marrones deseara que fueran azules.

Bebió un sorbo de agua y miró las otras mesas por encima de la copa.

Se atragantó.

—¿Estás bien? —le preguntó Mitch mientras ella se cubría la boca con la servilleta.

—Ajá —consiguió decir con una débil sonrisa—. Se me ha ido por mal sitio.

—Claro.

Le dolía el pecho. Y podía intentar convencerse de que era por el atragantamiento, pero sería una enorme mentira. ¿Habría sabido Quinn dónde iba a cenar con Mitch? Si era así, iba a matarlo…

—Este sitio es maravilloso —consiguió decir con voz estrangulada.

—Sí, ¿verdad?

Volvió a dejar la servilleta en el regazo y se dedicó a estudiar la carta.

Después de tres intentos, la bajó un poco para mirar por encima. Bueno, al menos parecía que a Quinn le estaba yendo mejor con esa cita que con las anteriores, eso era algo. Frunció el ceño.

—¿No sabes lo que quieres? —preguntó Mitch con una sonrisa.

Ésa era la cuestión. Clare le devolvió la sonrisa. Podía hacerlo. Podía hacer como si Quinn no estuviera, solo tenía que concentrarse.

—Bueno, Mitch, ¿siempre has sido tratante de vinos?

Lorie perdió el favor de Quinn en el momento en que empezó a

comer del plato de él. Odiaba a las personas que hacían eso. Si quería lo que él estaba comiendo, que lo hubiera pedido. Además, tampoco ayudaba ver cómo Clare ofrecía con su tenedor algo a Mitch con la otra mano debajo por si se le caía. Él aceptó la oferta.

Quinn se quitó la servilleta y la dejó a un lado de su plato mientras contenía un gruñido. ¿Estaba jugando con Mitch porque sabía que él estaba allí?

Aunque no parecía que ella se hubiera dado cuenta de su presencia.

Normalmente Quinn tenía mucho más respeto por la mujer con la que salía. Además, no era culpa de Lorie que él estuviera hecho un lío. Sabía perfectamente de quién era la culpa. Y en ese preciso instante estaba utilizando un pulgar para limpiar algo de los labios de Mitch.

—¿Quieres café? —deseó que Lorie dijera que no.

—Me encantaría.

Clare rio a carcajadas por las payasadas de Mitch mientras él ponía los ojos en blanco y emitía exagerados sonidos de placer. Realmente era un tipo agradable, pero era como salir con un hermano, y de un modo instintivo Clare supo que los dos se sentían igual. Era una de esas cosas que pasaban… no había química. Se gustaban, pero no saltaban chispas.

Sin embargo, tenía la sensación de que podrían ser amigos.

—De acuerdo, tu turno —Mitch llenó el tenedor con parte de una crepe de chantillí.

Les había parecido algo divertido dado que ninguno de los dos sabía qué pedir, pero Clare empezó a sentirse un poco incómoda con la situación. Sobre todo si a Quinn se le ocurría mirarla. Finalmente, tendió la mano y agarró el tenedor.

—Mmm —dijo poniendo también los ojos en blanco.

—Impresionante, ¿verdad?

—Mmm —asintió mientras le devolvía el tenedor.

Cuando sacó la punta de la lengua para atrapar una pizca de comida que le había quedado en los labios, su mirada se encontró con la de Quinn.

Él ni siquiera parpadeó. Permaneció inmóvil sosteniéndole la mirada.

Ella estaba paralizada.

—¿Clare? —había preocupación en la voz de Mitch.

Le llevó unos segundos romper el contacto visual y, en ese momento Mitch se volvió y miró por encima del hombro. Quinn al menos tuvo la cortesía de saludarlo con una inclinación de cabeza, mucho más de lo que le había dedicado a ella.

Mitch analizó el rostro de Clare y lo que ella vio en sus ojos hizo que deseara esconderse debajo de la mesa.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Mitch con una sonrisa.

Acababa de convertirse oficialmente en la peor cita del mundo.

¿Cómo se suponía que iba a dar consejos a la gente sobre cómo salir si ella lo hacía tan mal?

—No —le devolvió la sonrisa.

—Será difícil para ti con el jefe aquí…

Clare deseó que fuera así de sencillo, pero que Quinn fuera su jefe no tenía nada que ver. Respiró hondo y puso la mano encima de la de Mitch mientras le decía:

—No pasa nada, de verdad. Lo estoy pasando fenomenal. ¿Por qué no iba a ser así? Eres un gran tipo.

—Eso es casi tan malo como que me hubieras dicho que soy agradable.

Ella se echó a reír mientras retiraba la mano.

—Eres más que agradable. Porque me vas a cambiar el postre, ¿verdad? Y eso es la confirmación de que eres un gran tipo.

¿Por qué no se podía sentir atraída por un gran tipo por una vez en su vida?

* * *

La impaciencia de Quinn creció después de la silenciosa mirada a Clare. Quería estar tan lejos de ella como fuera posible, sobre todo después de cómo lo había mirado y cómo lo había dejado con un dolor sordo en el pecho y un nudo de rabia en el estómago.

La distancia entre ellos de repente pareció una grieta del tamaño del Gran Cañón. No le gustaba. Quería ser él quien estuviera sentado mientras ella sonreía de ese modo suave a Mitch antes de apoyar la mano en la de él. Quería reírse con ella del modo a que

estaban acostumbrados. Quería la familiaridad de la que había disfrutado cuando habían empezado a conocerse.

La echaba de menos. No tenía sentido, no, dado que la veía todos los días. Pero la echaba de menos.

A la mañana siguiente se puso una desteñida camiseta de los Giants y una sudadera antes de salir a correr por su recorrido habitual por Brooklyn. Trató de pensar mientras corría. Las cosas se aclaraban.

Normalmente.

Se detuvo al final del paseo y se agarró de la barandilla inclinado hacia delante para recuperar el aliento mientras miraba la Estatua de la Libertad.

No, recuperar el aliento tampoco ayudaba. Así que se irguió y volvió corriendo a casa aún más rápido. Pero cuando llegó delante de su puerta frunció el ceño; no podía huir, no podía esconderse… Clare estaba sentada en la escalera.

Cuando alzó la cabeza y lo miró, el cuerpo de Quinn respondió.

Realmente ella no tenía ni idea de lo que le hacía. Le supuso un gran esfuerzo hablar de un modo indiferente.

—Has madrugado.

—Siempre me ha gustado hacerlo —agarró un fino periódico de un escalón y lo agitó delante de él—. Te he dejado la sección de deportes para ti. Y te he traído zumo de ése que te gusta.

Quinn entornó los ojos y dio un paso adelante agarrando la sección de deportes antes de sentarse en un escalón por debajo y aceptar el zumo.

—¿Es mi cumpleaños ya?

—Si no lo quieres, no te lo tomes —se recostó en el escalón.

Después de beberse la mitad, Quinn desplegó las hojas y las apoyó en sus rodillas. Si ella tenía algo que decir, calculó que lo haría pronto.

—¿Qué tal la cita con Lorie?

Fingió estar interesado en el periódico.

—No habrá una segunda si es eso lo que quieres saber.

—¿Por qué?

—Comió de mi plato —se encogió de hombros—. Me ataca los nervios que la gente haga eso.

—¿Por eso la vas a descartar después de una sola cita? —

preguntó con exasperación.

—Hasta ese momento todo iba bien.

—Bueno, evidentemente no te resultó tan desagradable… Tu coche no estaba aquí cuando llegué anoche.

—¿A qué hora?

Cuando ella dudó contuvo la respiración maldiciéndose a sí mismo por haberle dado una pista de la curiosidad que tenía por su cita. Ella, afortunadamente, pareció no notarlo.

—Justo antes de medianoche.

—Mitch se convirtió en calabaza, ¿verdad?

—Muy gracioso. Creo que hemos hablado sobre lo de acostarse con alguien en la primera cita.

—Dejaste que me saltara la charla de protocolo de citas, ¿recuerdas? —la miró un largo momento y la necesidad de tranquilizarla lo sorprendió —. No me he acostado con ella, O’Connor.

—Hablasteis toda la noche, ¿verdad?

—Nooo… La dejé en su casa y me pasé un rato por el club. Esto de sacar conclusiones no se te da bien —esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, tu fama no es que ayude mucho.

—Otra vez con esa opinión tan mala sobre mí. Si te hubieras preocupado de tener esa charla sobre protocolo, habrías descubierto que no carezco por completo de moral.

Mientras ella meditaba lo que había dicho, él volvió a concentrarse en el periódico.

—Vale, quizá deberíamos haber tenido esa charla. Llevas cuatro de cuatro, eso no es bueno.

—¿Crees que les estoy haciendo perder el tiempo?

—No he dicho eso.

—Mejor, porque he hecho exactamente lo contrario —arqueó una ceja mientras pasaba la página—. ¿Qué tal tu cita?

—Fue… —dudó un momento— agradable.

—Oh, pobre hombre. ¿Qué ha hecho para merecer algo así? Pensaba que Mitch te gustaba.

—Me gusta. Es…

—¿Agradable? —alzó la cabeza y vio cómo el color aparecía en las mejillas de Clare—. ¿Lo bastante agradable como para que haya una segunda cita?

Clare dudó por tercera vez y al final dijo:

—Seguramente no.

—Mejor. No le hagas perder el tiempo.

—Vale —suspiró débilmente—. Lo has dejado claro. Pero al menos no lo he descartado por algo completamente trivial. Él no hizo nada mal… fui yo.

—¿Qué hiciste mal? —la curiosidad de Quinn creció.

Ella evitó su mirada y el temblor de sus labios demostró que le costaba hablar.

—Me falta práctica, supongo. No podía relajarme.

No le había parecido así a él, pero decírselo sería reconocer que había estado mirando. Así que esa opción estaba descartada. La segunda opción podía ser decirle que volviera a intentarlo, pero no quería que lo intentara otra vez. No si había la más mínima posibilidad de que la segunda vez volviera a hacerlo delante de sus narices.

—¿Has rellenado alguna vez uno de tus cuestionarios?

—No, por supuesto que no he…

—Quizá deberías hacerlo. Te sorprendería lo que se aprende de uno mismo. Y podrías hacerte una idea de lo que buscar en el próximo, ¿no crees? —Clare abrió la boca para decir algo, pero Quinn siguió—. ¿Yankees o Mets?

—¿Qué?

—¿Eres de los Yankees o de los Mets? No puedes vivir en un hogar dividido en temas deportivos. ¿Qué pasa si te enamoras de un tipo que se toma el deporte en serio y eres del equipo equivocado? —hizo un chasquido con la lengua—. Ya te dije que deberías hacer un cuestionario diferente para hombres y mujeres.

—Siento tener que decírtelo, pero los deportes no están entre lo más importante que hace funcionar una relación —parecía bastante indignada —. El béisbol no es algo relevante cuando se trata de las cosas importantes de la vida.

—Debo informarte de que estás hablando del deporte nacional de mi país, bonita. Un poco de respeto.

—No me llames bonita —empezó a contar con los dedos—. Hijos, trabajo, objetivos de futuro, trayectorias similares, aficiones compartidas… —cuando se le acabaron los dedos, frunció el ceño y levantó la otra mano para repetir el proceso.

—Todo eso es más importante que el deporte, de acuerdo —la miró con una sonrisa perezosa—. Las cosas pequeñas importan, sin embargo.

Cuentan.

—No estoy diciendo que no, solo…

—Como, por ejemplo, saber que a alguien le pone de los nervios que se ponga una taza de algo caliente en una mesa sin posavasos.

—Deja una marca circular.

—Sí —se quedó mirando un mechón de cabello que sacudía la brisa—. Me lo has dicho. Y también sé que un montón de flores carísimas nunca te gustarán tanto como un ramo de margaritas.

—Son flores sonrientes —dijo Clare con una sonrisa que atrajo la mirada de Quinn.

—Deben de serlo. Siempre te hacen sonreír, ¿verdad? —la miró a los ojos.

Ella asintió sonriendo, así que él siguió adelante.

—Las películas de terror te provocan pesadillas. Las pelis de chicas que te hacen llorar en realidad te hacen feliz —lo que había sido una fuente de diversión para él, como ella sabía—. Así que aunque un tipo no tenga ni idea de las cosas importantes, esas pequeñas ayudan para ir una noche al cine. Conocer las cosas pequeñas importa.

—Supongo que sí.

—Y saber las cosas pequeñas que te fastidian, como que coman de tu plato o hablen mucho, o prefieras pasar el día en un spa en lugar de ir a jugar al fútbol al parque con tus amigos —algo que ellos habían hecho docenas de veces—. Deberías rellenar uno de tus cuestionarios, O’Connor.

—Quizá deberías olvidar todo esto —parecía frustrada—. Es evidente que no funciona.

—No te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Si estás pensando en que esa derrota ciega va a ser algo extraño… Confía en mí.

De pronto se le ocurrió una tercera opción. Cuando habían pasado más tiempo juntos no se había sentido tan afectado por ella, ¿verdad?

Igual lo que necesitaba era un poco más de familiaridad en lugar de la enorme grieta que se había abierto entre ellos. Merecía la pena intentarlo.

Dejó el periódico a un lado y se cruzó de brazos.

—Lo que necesitas es una cita sin presión. Y podríamos combinarla con la charla sobre protocolo de citas antes de que me organices otra.

—No voy a salir contigo, si es eso lo que estás sugiriendo.

—Una cita de prácticas conmigo.

—Ninguna cita contigo.

Clare sintió que le sudaban las palmas de las manos por la anticipación. Quinn no podía decirlo en serio.

—Sería una buena ocasión para superar toda esa… dificultad que ha surgido entre nosotros desde la noche del club, ¿no crees? Los amigos pueden salir por la noche. Además, los dos estuvimos de acuerdo al principio en que yo era un caso especial de emparejamiento. Tienes que reconocer que estoy siendo terriblemente magnánimo al darte una oportunidad de ganar.

—Sí y ¿por qué lo haces exactamente? —tenía la sospecha de que había algo que ella no sabía—. Encuentras una forma de hacer trampas en estas cosas el noventa por ciento de las veces.

—No hago trampa. Pienso de otro modo. Deberías intentarlo alguna vez. Te sorprendería lo mucho que te gustaría.

Lo que era una forma típica de irlandés-americano de tercera generación de decirle que era aburrida y predecible, ¿no?

—La última vez que me salté las normas no me fue demasiado bien —hizo una mueca.

—¿Demasiado cobarde como para volverlo a intentar?

Clare tragó con dificultad mientras él la miraba detenidamente con una de esas miradas que tanto la desasosegaban últimamente. Ya sabía por qué le resultaban tan desasosegantes, pero no podía dejar que él lo descubriera. ¿Cómo podría volver a mirarlo a los ojos?

—Quinn… —cerró los ojos torturada.

Realmente él no tenía ni idea de lo que le hacía. Cuando abrió los ojos seguía mirándola. Sintió que cada poro de su cuerpo irradiaba calor hasta que el rubor le subió a las mejillas. Podía volverla del revés cuando la miraba de ese modo.

—Te prometo que lo pasarás bien hagamos lo que hagamos —dijo él con una voz que en sí misma era la tentación—. La noche del lunes a mí me viene bien.

Clare suspiró.

—Por recurrir a esa clase de tácticas dejarás pasar a la chica adecuada en algún momento.

—Había oído un rumor de que era por recurrir a lo bueno para conseguir lo malo. Y cuando me pongo a ello, puedo ser increíblemente bueno —recogió el periódico y el zumo—. Tomaré eso como un sí.

Se puso de pie y dio un paso en dirección a ella con una sonrisa en los labios que hizo que Clare sintiera deseos de golpearlo.

Pero podría sobrevivir a una cita. Podría. Estaba completamente segura de que podría.

Capítulo 7

—Así que éste es uno de los destinos habituales de tus citas… —Clare lo miró vaciar el contenido de la gran bolsa de papel que había comprado en una tienda de camino.

—¿Así es como abrirías la conversación en una cita auténtica? —sacudió la cabeza—. Si nos acabamos de conocer no sabrías si hay medio millón de mujeres que sollozan por mí en Manhattan, ¿no?

La respuesta más sencilla a la pregunta habría sido «no». Nunca había llevado a una chica a la película de medianoche del parque Bryant.

Ninguna de las mujeres con las que había salido lo habría apreciado, sin embargo el rostro de Clare se había iluminado en el momento en que había sabido dónde iban. Conocía a Clare y sabía que se entusiasmaba con las cosas pequeñas de la vida. A Quinn le gustaba eso de ella, siempre le había gustado.

También le gustaba que no hubiese ido antes a un cine de verano en un parque de Manhattan.

Clare recogió las piernas sobre la manta y sus finas manos alisaron la falda verde del vestido de verano antes de cruzarlas sobre el regazo. Era un vestido que no le había visto antes, y a Quinn le gustó que se lo hubiera comprado para salir con él. Sencillo y elegante, flotaba alrededor de sus piernas para ocultar su forma cuando ella se movía; pero al mismo tiempo era sutil y *sexy*.

Cuando la había visto con él puesto le había hecho pensar en la primera vez que Jamie la había llevado a conocer a todo el mundo, cuando Quinn se había preguntado por qué alguien con tanta clase se había enamorado de Jamie. Jamie era un farsante, siempre lo había sido y siempre lo sería. Pero eso no había afectado a su amistad con Quinn, ni siquiera cuando habían competido por chicas

en el instituto. Hasta Clare.

—¿Qué peli es?

—*Casablanca* —dijo él sin dejar de sacar la cena de la bolsa.

—Oh —dijo mirándolo con ojos brillantes—. Realmente has desplegado todos tus recursos.

—Por desgracia no tengo mucho que desplegar con los que organizan esto. Y si lo tuviera, gastaría el crédito en una cita auténtica, ¿no?

—Muy bien. Si eres sincero desde el principio, hay menos posibilidades de tener problemas en el futuro.

Quinn sabía que su afirmación era una convicción personal. Se había visto envuelta en un montón de mentiras con Jamie y no quería volver a cometer el mismo error. El problema era que él mantenía en secreto algunas cosas que habían pasado con Jamie y eso lo colocaba en el terreno de los problemas en el futuro.

—¿Aunque ella pregunte si un vestido la hace gorda?

Una carcajada musical hizo vibrar el aire y la musicalidad del acento de ella quedó más marcada.

—Ah, eso es diferente.

—Mmm, pero no debería…

—Así que ésta es la clase de cita que prefieres, no un restaurante de moda.

Sacó de la bolsa la botella de agua con gas que ella había elegido en lugar de vino y dijo:

—Pensé que esto te gustaría.

Podía sentir aún su mirada sobre él mientras se concentraba en llenar los vasos de plástico. Estaba llegando a un punto en que era plenamente consciente de lo que ella hacía en todo momento, incluso sin mirar. Y cuando estaba mirando era casi una obsesión. Si se echaba el pelo hacía atrás, podría jurar que una pizca de su aroma llegaba hasta él. Si suspiraba o respiraba hondo, habría dicho que hasta él llegaba su aliento.

Y si se tocaba la cara o el cuello, o se pasaba los dedos por la frente, se quedaba hipnotizado, preguntándose cómo sería tocarla.

Se estaba convirtiendo rápidamente en algo adictivo.

—Y me gusta —respondió ella—. He querido hacer esto desde que vine a vivir aquí.

—¿He pasado el primer examen de citas entonces?

—Así es.

Cuando él alzó la vista ella miró en otra dirección y Quinn sintió que de nuevo estaba allí esa grieta que había entre los dos. Lo intentó con el humor.

—Y eso que ni siquiera he empezado…

No tuvo el efecto esperado porque, en lugar de una sonrisa, lo que vio en ella fue una convulsión en la garganta y los dedos crispados en el regazo.

—No deberías intentarlo con demasiada fuerza en la primera cita; simplemente sé tú mismo y lo harás bien.

¿Lo estaba avisando?

—Gracias. No lo habría sabido si no me lo hubieras dicho —el tono de Quinn fue seco a propósito.

Clare dejó pasar el comentario.

—Bueno, ¿qué haces normalmente en tu primera cita?

—Depende…

—¿De qué? —lo miró a los ojos.

Quinn le dio medio vaso de agua fría y el roce ocasional de sus dedos le mandó una descarga que le llegó hasta el vientre.

—Quiera o no, intento impresionar a la mujer que está conmigo.

—¿Y sientes la necesidad de impresionarme a mí? —abrió mucho los ojos.

—¿Después de que has destrozado mi orgullo masculino diciendo que no sé cómo tratar a una mujer?

—Yo no he dicho eso.

—Mi ego lo ha interpretado así.

—Así que para impresionarme has pensado en una merienda en un parque, una peli, una especie de cita de tarta de manzana. Si hubiera sido una de tus mujeres habituales habría sido obsequiada con caviar, champán, una cena cara y los mejores asientos en un espectáculo de Broadway, después de que una limusina me recogiera en la puerta. ¿Es eso lo que quieres decir?

—¿Es eso lo que habrías preferido? —consiguió que el gesto no delatara su enfado.

Ella hacía que pareciera que la consideraba menos que a las demás cuando le había llevado mucho más tiempo pensar dónde iba a ir con ella que cualquier otra cita.

—¿Tienes alguna clase de escala?

—No, no tengo ninguna escala, y creo que sería mejor que terminaras con este tipo de preguntas antes de que discutamos en nuestra primera cita, ¿vale?

—Es una cita de prácticas.

—Entonces, interpretemos los papeles. Hablemos de cosas sin importancia como si no nos conociéramos de nada —estiró las piernas, apoyó un codo en la manta y la cabeza en la mano—. Háblame de Clare O'Connor.

—Ya me conoces en profundidad.

No, cada día le resultaba más misteriosa. Por ejemplo, ¿cómo funcionaba su cabeza?

—Juega bien, O'Connor. Se supone que también es una práctica para ti. Trata de entrar en el juego.

En el verde de sus ojos brilló la indecisión un segundo. Después inclinó la cabeza a un lado y sonrió. Eso último hizo sospechar a Quinn porque, o estaba muy equivocado, o lo que brillaba en sus ojos era la malicia. ¿Qué estaba pensando?

—Muy bien —dejó el agua en el espacio que había entre ambos, desdobló las piernas y se puso también de lado en la misma postura que él. Sacudió el cabello y exhibió una sonrisa hipnotizadora—. Hola…

A Quinn se le olvidó respirar. Estaba jugando con él. Estaba flirteando como si fuese una auténtica cita.

—Aquí es donde tú me dices «hola» también. Incluso puedes sonreír.

Muy bien. Jugaría. Su sonriente respuesta fue deliberadamente lenta.

—Hola…

Ella reprimió una risita llena de carga sexual.

—Háblame de ti y yo te hablaré de mí.

—Yo he preguntado primero.

—¿Las damas primero?

—Siempre dejo que las damas vayan primero —ensanchó la sonrisa—. Cuéntame algo que aún no sepa.

Clare sacudió la cabeza apoyada en la mano y gimió dramáticamente.

Se puso más cómoda y confesó:

—Puedo sacar la lengua y tocarme la punta de la nariz.

—No puedes —dijo él entre risas reprimidas.
—Sí puedo.
—Adelante, entonces.
Se incorporó, arrugó la nariz y le brillaron los ojos cuando él rio por las tonterías que hacía. Entonces respiró hondo y lentamente le sacó la lengua. Levantó el brazo que tenía libre, hizo un floreado movimiento con la mano y se tocó la punta de la nariz con un dedo.
Eso hizo reír a Quinn aún más.
—Eres una graciosa.
—Tu turno —dijo ella con una enorme sonrisa.
—Preferiría reservar mis mejores movimientos para el final de la noche —lanzó un exagerado guiño.
—Y tú eres un tipo gracioso.
—Mi asistente personal me lo dice todos los días.
—Debe de ser una mujer con mucha paciencia.
—Casi una santa —asintió.
—Con aureola, no hay duda.
—Oh, yo diría que tiene su punto de maldad escondido en algún sitio, pero no se presta a jugar con frecuencia. Debería soltarse el pelo más.
—¿No crees que lo hace?
—No —negó con la cabeza sin dejar de mirarla fijamente. Bajó la voz —. Creo que tiene sus precauciones sobre dejárselo suelto.
—¿Sí?
Cuando él asintió de una forma exagerada, Clare volvió a sorprenderlo. Esa vez se inclinó hacia él hasta situar su rostro a unos centímetros del suyo, batió las pestañas y dijo:
—¿Nunca te han dicho que no se debe juzgar un libro por la cubierta?
Y cuando se mordió el labio inferior para controlar una sonrisa Quinn vio meridianamente claro por qué Jaime se había sentido tan atraído por esa mujer hasta el punto de convencerla de que lo siguiera al otro lado del océano. Seguía sin saber por qué ella se había enamorado, pero sí sabía que estaba conociendo otra faceta de Clare y que quería más.
—Ahora estoy intrigado.
Ella levantó un poco la cabeza y el cabello le cayó sobre los ojos.
Quinn instintivamente levantó una mano y se lo apartó para

poder verla.

Los ojos de Clare se abrieron de par en par en respuesta para estudiarlo con una curiosidad que nunca antes había visto. Pero en lugar de preguntarle, sonrió y dejó caer la mano.

—¿Eras una hacedora de cosas malvadas en Irlanda?

—Tenía mis momentos —se apartó el pelo de los ojos por completo—. ¿No le pasa a todo el mundo en la adolescencia?

—¿Cómo es crecer en Irlanda?

Clare buscó los ojos de él y después miró a la gente que había más allá. Pero él sabía que no los estaba viendo. El gesto de su rostro le decía que estaba al otro lado del Atlántico, en la tierra de sus propios ancestros.

—Era feliz, libre. Los niños que se crían en una granja tienen mucha libertad. Nos desmandábamos con cualquier excusa, hacíamos cabañas secretas, tratábamos de cazar conejos para tenerlos como mascotas, buscábamos hadas en el bosque…

Quinn estaba fascinado. Por la expresión que ella tenía mientras compartía con él sus recuerdos y por las imágenes que describía. ¿Por qué nunca antes se había dado cuenta de lo guapa que era? ¿La había mirado alguna vez de verdad?

—¿Encontrasteis algo?

—¿Conejos o hadas?

—Hadas.

—No —lo miró con los ojos chispeantes y bajó la voz como para compartir un secreto—. Las hadas son pequeñitas y escurridizas.

—He oído algo…

—Teníamos un círculo mágico en el bosque. Así que de pequeños estábamos convencidos de que no podían estar muy lejos. Mi madre nos animaba a buscarlas… Creo que así la dejábamos en paz unas pocas horas. Tres críos de menos de diez años pueden ser agotadores.

—Lo sé —había sido igual con cuatro en el hogar de los Cassidy cuando Quinn era pequeño—. Imagínatelo con una casa llena de chicos.

Clare bajó los párpados haciendo que Quinn sintiera que debía alzarle la barbilla con un dedo para poder seguir mirándola a los ojos.

—Me encantaría tener una casa llena de chicos. Me querrían

toda su vida. Mientras que una chica me odiaría la mitad de sus años de adolescente; lo tradicional es que pensara que le estoy arruinando la vida —alzó los párpados y Quinn sonrió.

Nunca había pensado en Clare con hijos y no tenía ni idea de por qué.

Algún día sería una gran madre.

—Así que no crees que las mascotas sean un sustituto de los hijos…

Ella soltó una carcajada al recordar la pregunta del cuestionario y Quinn se unió a la risa.

—No. Mascotas y familia, eso es lo que quiero. Todos los niños deberían tener un perro.

La sonrisa de Quinn se ensombreció. ¿Había sacado esa información de su cuestionario? Hizo un esfuerzo de memoria para recordar haber respondido así la pregunta.

Clare se incorporó súbitamente y se sentó encima de las piernas mientras comía algo de queso.

—¿Cómo eras de crío?

Una cita con Clare era como un paseo en montaña rusa. Quinn sacudió la cabeza y se puso en una posición similar a la de ella.

—¿Quieres pan con el queso?

Oh, era muy listo. Clare inspiró con fuerza y se dio cuenta de que Quinn había hecho exactamente lo mismo que con la cita número tres: llevar la conversación hacia ella, con lo que ella había terminado hablando todo el tiempo. Bueno, era una práctica de cita lo que quería, y era lo que iba a tener. En ese momento recordó algo:

—Tenías un mote, ¿no?

—Peleón —dijo Quinn casi en un murmullo.

Alzó la vista, lo miró a los ojos y sonrió para animarlo a seguir hablando.

—¿Cómo acabaste con ese mote?

Quinn arqueó una ceja y ella sonrió más.

—Siempre me metía en peleas.

—¿Cómo era eso?

—Una cuestión de manejo de la ira.

—¿Por qué estabas enfadado? —preguntó Clare mientras él se ponía queso en una tostada.

—Tenía nueve años cuando me pusieron el mote. A esa edad no sabes por qué estás enfadado, solo sabes que lo estás.

¿Se había metido regularmente en peleas cuando tenía nueve años?

¿Por qué nadie había hecho nada para evitarlo? ¿Habría sufrido acoso?

Quinn era el hombre con más autocontrol que había conocido. Podía resolver una situación complicada con una mirada. ¿Habría aprendido a ser así porque no le había quedado más remedio?

—Pero ahora sí lo sabes, ¿verdad?

—Sí —se metió una tostada entera en la boca y evitó mirarla.

Clare recordó que, cuando Jamie le había presentado a sus amigos, ella había tratado de entablar una conversación con Quinn sobre los temas clásicos: la familia, el trabajo, el tiempo… Pero él había entrado tan poco en la conversación que había pensado que ella no le gustaba mucho y había dejado de intentarlo. Pero ahora contaba con la información de la cita número tres y de pronto se hizo una imagen completamente diferente. Así que esperó.

Finalmente Quinn la miró por el rabillo del ojo y se pasó las manos por el vaquero para sacudirse las migas. Al ver que ella seguía esperando en silencio, sacudió la cabeza y murmuró otra pieza del rompecabezas.

—Conocí a Morgan, Jamie y Evan el día que me pusieron el mote. Era mi primer día de colegio después de que nos mudáramos a Brooklyn desde Queens. Algunos niños habían estado hablando de mi padre y, cuando hicieron unos comentarios, no me lo tomé muy bien… y me enfrenté a ellos —se encogió de hombros—. Los chicos nos separaron y me llevaron a casa. Yo llevaba una buena paliza.

—¿Con cuántos te enfrentaste?

—Con cinco.

¿Él solo? Pensó en un Quinn de nueve años lleno de hematomas y arañazos llevado a casa por sus nuevos protectores, decidido a no derramar una lágrima delante de ellos, y se le rompió el corazón. Sabía que su padre había muerto ¿Cómo podían esos chicos haber dicho cosas malas de su padre cuando acababa de morir?

La angustia que sintió debió de notársele en los ojos, porque la sonrisa que él le dedicó fue peligrosa. Era una faceta de Quinn que nunca había visto.

—No te preocupes, aprendí la lección ese día. Y una década de peleas me llevó a ser gorila en el primer club que trabajé.

Se quedó boquiabierta. ¿Había empezado su carrera en los clubes controlando peleas? Podría haber sido herido de gravedad… incluso podría haber muerto.

Podría no haberlo conocido jamás.

Quinn malinterpretó su reacción.

—Supongo que debería saltarme esta parte de la charla en la primera cita.

—¿Tuviste algún problema?

—No, pero gracias por el voto de confianza. La primera vez que tuve que tratar con polis fue la noche que empecé a trabajar en seguridad.

De nuevo la había malinterpretado. Clare frunció el ceño más de fastidio que de confusión. Debería conocerla mejor.

—No me refería a eso. ¿Te ofreció el trabajo un policía?

—Mis colegas y yo volvíamos a casa cuando empezó una pelea. Un hombre golpeó a una mujer… así que lo derribé y lo sujeté hasta que llegó la policía. Ahí fue cuando me ofrecieron el trabajo en el club —volvió a encogerse de hombros—. Parece que lo hice rápido y bien y montando menos lío que nadie que hubieran visto antes. Lo había hecho perfecto, dijeron. Y descubrí la clave de mi vida: que el mejor ataque es una buena defensa.

—Así que no fui yo tu primera damisela en apuros…

—Supongo que no.

Buscó la mirada de ella y Clare dejó caer la cabeza sobre el pecho.

¿Habría pensado Quinn que al hablarle de su pasado había cambiado el modo en que ella lo veía? Tras escucharlo, pensaba que él era asombroso.

Incapaz de sostenerle la mirada más tiempo, Clare bajó la cabeza y se preparó otra tostada con queso.

—¿Por eso terminaste dirigiendo tú los clubes?

—Tengo clubes porque dan dinero.

—¿Y el dinero es lo único que importa?

—Importa cuando no lo tienes.

Levantó los ojos para ver que él la seguía mirando, después Quinn respiró hondo y miró la pantalla.

—Hay maneras peores de ganar dinero —sonrió y la miró por el rabillo del ojo—. La noche que abrimos el club de Manhattan fue divertida, ¿verdad?

—Lo fue —Clare sonrió al recordarlo.

Aunque había sido una noche de locura, sabía que era algo que jamás olvidaría. Cuando Quinn le había ofrecido el trabajo, todo estaba aún en una fase inicial. Pero poco a poco y siguiendo la agenda que Clare había planeado cuidadosamente, habían conseguido la inauguración que querían y de la que se había hablado en Nueva York durante semanas.

Había sido la primera vez que ella había sentido que su decisión de quedarse allí había sido acertada. Había sentido que había logrado algo, ayudado a construir algo, y en cierto sentido pensaba que era una forma de devolver los muchos favores que le debía a Quinn. Lo mejor de todo, se habían hecho amigos… O eso había pensado.

—¿Cómo abriste el primero?

—¿Qué más da? —dijo cambiando otra vez de humor.

—Solo es por saberlo —respondió ella con un tono suave a propósito.

—Lo único que importa es que el primero dio lo bastante para el segundo y que el segundo dio el triple que el primero. Gracias a los consejos de Morgan y a los miles de dólares que los miembros VIP pagan anualmente, no me quita el sueño que lleguen facturas —inspiró con fuerza y miró por encima de la gente.

Clare quería saber más. Quinn tenía un par de lecciones que aprender sobre psicología inversa.

—Acabo de descubrir por qué no te conozco tan bien como creía —al ver que él no decía nada, siguió—: ¿No quieres saber qué he descubierto?

—Estoy seguro de que me lo vas a decir de todos modos.

—Es porque no quieres que te conozca.

—Eso no es cierto —parecía confuso.

—¿No?

—Quien fui no es quien soy ahora.

—Pero es una parte de lo que eres ahora.

—Eres como un perro con un hueso, ¿lo sabías? —sacudió la cabeza y la miró con curiosidad—. Me conoces bastante bien,

O’Connor… un poco mejor que la mayoría de la gente. Incluso antes de responder ese cuestionario. ¿Por qué importa eso ahora de repente?

Era la pregunta del millón de dólares, pero Clare se limitó a mirarlo detenidamente y, cuando él sonrió, ella le devolvió la sonrisa.

—Muy bien. Entonces, ¿cómo aprendiste el método del menor jaleo posible como forma de defensa?

Quinn rio sinceramente, haciéndole saber así que no le importaba el cambio de tema.

—Vivía en el club de boxeo. Empecé a pelear como una forma de aprender a manejar la ira.

—¿De verdad?

—De verdad. Incluso me rompieron la nariz. Dos veces.

—No te pasa nada en la nariz —la miró detenidamente para asegurarse.

—La segunda vez me la enderezaron un poco.

—Mentiroso…

Una profunda carcajada surgió del pecho de Quinn y Clare sintió que se le expandía el corazón. Ése era el Quinn que ella conocía. Lo echaba tanto de menos…

—¿Has creído por un minuto…?

—No.

—Sí.

Agarró un puñado de tostadas y se las lanzó al pecho, riendo al ver cómo las deshacía con sus grandes manos al intentar sujetarlas.

—Eres una cita horrible, Quinn Cassidy.

—No —sus ojos bailaban con la risa—, no lo soy. Además, la primera cita es una carrera de obstáculos. A la tercera cita te ganaré.

Era una teoría que podría haber puesto en práctica con algunas de las chicas que le había mandado. Antes de que pudiera señalar que no habría una segunda cita y mucho menos una tercera con ella, en la pantalla empezó la película y Clare suspiró aliviada.

«Salvada por Humphrey Bogart».

Pero que no fuera a haber más salidas con Quinn le dejó un peso en el corazón. Y eso no era buena señal.

Capítulo 8

Empezó a llover en el mismo momento en que aparecieron los créditos de la película, pero cuando Quinn levantó una mano para llamar un taxi, Clare le tiró de la manga.

—¿Podemos ir en metro? Aún no me he cansado de la novedad.

Quinn normalmente evitaba las multitudes y el calor a toda costa, sobre todo en verano. Pero el entusiasmo de ella por las cosas más sencillas era contagioso, así que accedió. No fueron los únicos que tuvieron esa idea; la gente se lanzó por las escaleras de piedra para permanecer de pie en el sofocante calor del andén de la estación de la Calle Cuarenta y dos.

La marea de cuerpos los arrastró al interior del vagón cuando llegó el tren, pero Quinn no encontró ninguna razón para estar descontento. Sobre todo porque tenía a Clare lo bastante cerca como para percibir el aroma a primavera de su pelo.

—Ha sido una gran idea —dijo en tono de broma—, un final muy romántico para la noche.

Clare se agarró a una barra de metal y le dedicó una sonrisa por encima del hombro mientras las puertas se cerraban.

—Solo piensa en lo bueno que es esto para tu huella ecológica.

—No es a mi huella ecológica a quien estaba tratando de impresionar.

—Si realmente estabas tratado de impresionarme, entonces lo has hecho muy bien con la cena en el parque y la película. Es la clase de noche que una chica no olvida rápidamente.

¿Un cine de verano y una manta en el parque eran el camino al corazón de una chica? ¿Quién sabía? Pero sí sabía que él tampoco olvidaría esa noche. Y no podría llevar a otra mujer al parque Bryant sin pensar en Clare.

El tren se detuvo bruscamente en la siguiente estación haciendo que Clare se tambaleara. Quinn de un modo automático le pasó un brazo por la cintura para sujetarla y la acercó a él. Por un momento ella se puso rígida del mismo modo que la noche en que la vía sacado sobre el hombro.

Después notó que respiraba hondo y su cuerpo se relajaba apoyado en el de él.

Como se había hecho habitual, el cuerpo de Quinn reaccionó. Así que tuvo que concentrarse en algo aleatorio para tener otra cosa en qué pensar. Demasiado para su teoría de la familiaridad… y su teoría del control… y…

Las puertas se abrieron dejando entrar más aire caliente. Una gente salió y otra entró. Las puertas volvieron a cerrarse y el tren se puso en marcha.

Clare cambió el peso de pie y su cuerpo rozó el de Quinn como si estuvieran bailando una melodía silenciosa. Quinn cerró los ojos y se concentró en la necesidad de controlar su reacción física al pensar en la imagen de los dos bailando juntos.

Abrió los ojos. Estaba a punto de lanzarse a una fantasía erótica con Clare.

Entonces cometió el error de bajar la vista y mirarla justo a tiempo para ver una diminuta gota de sudor que bajaba desde su cuello hacia el oscuro valle que formaban sus pechos. Reprimió un gemido.

Nunca se había sentido tan afectado por una mujer. Estaba atrapado en el profundo subsuelo en un oscuro túnel, aplastado en un vagón lleno de gente que apenas notaba y con Clare lo bastante cerca como para que se diera cuenta de lo que provocaba en él.

Ella se giró un poco, alzó la vista y el oscuro verde de sus ojos se enredó con la mirada de él. Se humedeció los labios con la tentadora punta de la lengua.

Quinn sintió que le dolía el pecho por la necesidad de oxígeno. El deseo de besarla era tan primario que su cabeza empezó a bajar antes de que tuviera tiempo de pensar en las consecuencias.

El tren volvió a detenerse bruscamente haciendo que recuperara el sentido. Cuando una mujer que estaba sentada al lado de ellos se levantó, prácticamente empujó a Clare al asiento. Mejor así, quizá hasta pudiera respirar.

Clare de inmediato vio a una anciana cerca y se levantó para cederle el asiento. Volvió a donde había estado antes, pero esa vez estaba de cara a él agarrada a la barra metálica y en sus ojos brillaba algo que parecía comprensión. Ella lo sabía, ¿verdad? Sabía lo que le estaba haciendo y no se sentía en absoluto molesta por ello. Bueno, si ése era el caso y quería jugar con él, entonces se acabaron las apuestas. Nuevas reglas, nuevo partido.

La sangre de Quinn empezó a circular más deprisa al pensarlo.

—Creo que seré capaz de no caerme —dijo ella con una sonrisa.

¿Le divertía que se preocupara por ella o quería decir que se había dado cuenta de que estaba a punto de besarla y le estaba lanzando el anzuelo?

Quinn se agachó un poco y miró por la ventanilla.

—Dos paradas más.

—¿Estás bien? —lo miró con las cejas arqueadas—. Estás muy colorado.

—Había olvidado el calor que hace aquí abajo.

—Sí, hace calor —contestó ella con una sonrisa.

Entonces se llevó la mano a la parte delantera del vestido y sacudió la tela contra los pechos, lo que de inmediato atrajo la mirada de él. Quinn se sintió pendiendo de un hilo.

Era evidente que Clare no estaba tan alterada por la situación como él. Cuando el tren volvió a detenerse y fue él quien se precipitó contra ella, Clare rio como una chiquilla al ver su expresión. Después tuvo el desparpajo de sonreír a otro hombre que pasó a su lado de camino a las puertas.

¿A qué estaba jugando? Estaba en una cita fingida con su mejor colega. Parte del objetivo de la genial idea había sido facilitarle a ella un fácil retorno al juego de las citas.

Era vergonzoso que le irritase tanto la simple idea de que flirtease con cualquiera. Que una parte de él estuviese tan decidido a dejar claro que iba con él. Así que cuando el hombre le devolvió la sonrisa y salió del tren, Quinn dio un paso hacia ella y lo miró fijamente. A cambio el hombre tuvo el buen sentido de seguir andando mientras Quinn le pasaba un brazo por los hombros a Clare y la giraba hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó ella mientras la agarraba de la cintura—. Puedo…

—Shh —le acercó la mejilla a la de ella y le dijo al oído—: Si esto fuera una cita de verdad lo que estoy haciendo es lo que habría hecho. Acepta las reglas, O'Connor.

¿Aceptar las reglas? Era la segunda vez que se lo decía. ¿No llevaba toda la noche jugando según las reglas? ¿No había estado en un momento de desequilibrio completamente superada por la esperanza de que la fuera a besar?

Y que el cielo la ayudara, había sido el más maravilloso momento de desequilibrio que había experimentado. La misma locura que sentirse tan bien a su lado, con su cuerpo apoyado en el de él y su brazo alrededor de la cintura.

Quinn era duro y agradable. Músculo y piel caliente y un aliento cálido en su mejilla. Y olía sensacionalmente. Clare nunca se había sentido más viva.

Cuando el pulgar de él acarició ausente el borde de sus costillas, cerró los ojos y se apoyó en su hombro. Podría haberse quedado así mucho tiempo, pero el tren empezaba a perder velocidad.

Quinn la soltó de inmediato y la dejó sorprendida cuando enlazó los dedos con los de ella mientras la miraba y decía:

—Vamos —fuera aún llovía. Quinn miró a los dos lados, la miró a ella y preguntó—. ¿Puedes correr?

—¿Puedes ir a mi ritmo?

Era un reto sin sentido para alguien que corría kilómetros por Brooklyn hiciera el tiempo que hiciera. Pero con una sonrisa y un apretón de los dedos, miró los tacones bajos que llevaba ella y después la miró a los ojos.

—Te daré una oportunidad.

Así que corrieron. La cálida lluvia de verano los había empapado antes de que llegaran sin aliento al portal y Quinn la acompañó hasta la puerta de su casa sin soltarle la mano.

Con el corazón desbocado por el ejercicio y la anticipación, Clare miró sus manos viendo cómo las gotas de agua pasaban de su piel a la de él.

—Necesito… —cuando la voz le sonó débil incluso para sus propios oídos, se tomó un momento para controlarla—. Necesito esa mano, está unida al resto de mí.

Alzó la vista y se encontró con la cabeza de él inclinada hacia abajo mirando cómo los dedos húmedos se deslizaban sobre los

suyos. Y entonces él alzó la barbilla. Sus ojos eran estanques oscuros a esa media luz y su rostro estaba lleno de sombras. Pero no necesitaba una luz mejor para verlo, era Quinn, podía verlo con los ojos cerrados.

Como si esa idea fuera una sugerencia, Clare notó que le pesaban los párpados.

—Para futuras referencias, ¿dónde está en el protocolo de citas el beso en las escaleras de la puerta?

—Esto… —Clare asintió y se quedó sin voz otra vez—. Diría que es opcional, o…

Quinn sonrió.

—¿O?

Si no la besaba tendría que matarlo.

—O… según tu criterio.

—Está bien saberlo.

Clare contuvo la respiración. Quinn deslizó los dedos y la soltó.

Cuando habló su voz fue tan baja que tuvo que hacer un esfuerzo para escucharlo por encima del ruido de las gotas que caían contra el suelo, contra las hojas de los árboles, contra los coches…

—Buenas noches, O'Connor.

¿Qué? ¿Se iba? ¿No iba a besarla?

Por supuesto que no iba a besarla. Se sintió una completa idiota. Eran amigos. Ella era la chica mona del piso de abajo. Él podía tener a la mujer de Nueva York que quisiera.

Nunca se había sentido tan tonta, ni siquiera cuando Jamie la había dejado sola frente a todos los invitados. No, sola no, la había dejado con el padrino. El padrino. Resultaba tan irónico que Clare casi se echó a reír.

Quinn no se había movido. Tampoco Clare. Su respiración acelerada no tenía nada que ver con la carrera, sino con el anhelo que tenía de que la besara.

—Buenas noches, Quinn —dijo recuperando la capacidad de hablar.

Pero él siguió sin moverse. ¿No se daba cuenta de que estaba muriendo lentamente frente a él?

Se quedó sin aire en los pulmones cuando sus grandes manos le apartaron unos mechones de cabello de las mejillas. Al sentir el roce

cerró los ojos. ¿Cómo podía un hombre de su experiencia no ver lo que le estaba haciendo? El Quinn que ella conocía jamás la hubiera torturado tan duramente.

—Deberías entrar —el áspero timbre de su voz era lo más *sexy* que había oído nunca.

—Debería.

Pero no antes de que él se fuera. Dudaba de que sus pies fueran capaces de moverse. Las palabras «por favor» se formaron precariamente en la punta de su lengua.

Si no se iba pronto, iba hacer el imbécil por completo.

—Nos vemos mañana —dijo Quinn apartándole los últimos mechones de las mejillas.

De algún modo, Clare consiguió abrir los ojos y se oyó decir:

—Hasta mañana —mientras su corazón gritaba «¡no te vayas!».

—¿No podrías dirigir tus estúpidos emparejamientos desde mi oficina? —dijo él después de lo que pareció una eternidad.

Clare parpadeó. ¿Eh? ¿Se le había pasado algo? Sacudió la cabeza para poner su cerebro a trabajar.

—Si dices eso, es porque sigues pensando que es una estupidez.

—Si eres así en una cita, ¿cómo serás si sigues escondida?

—No estoy escondida. Simplemente, no he conocido a nadie con quien quisiera salir… —le supuso un gran esfuerzo no añadir «hasta ahora» al final de la frase.

Quinn dejó caer los brazos a los lados.

—Piensa en lo de compartir la oficina. Podríamos cambiar de sitio algunas cosas.

—No puedo seguir dependiendo de tu ayuda.

—Sí, puedes.

No, no podía. Ya no. Lo que habían sido unos planes sin mucho fundamento unas semanas antes se estaban convirtiendo en algo más sólido. Sabía que él siempre estaría ahí si lo necesitaba… como amigo. Y eso le encantaba, pero sabía que su relación ya no podría ser igual. No si se estaba enamorando de él.

Quinn echó la cabeza hacia atrás dejando que la lluvia le cayera en la cara. Dejó caer la barbilla mientras decía:

—Solo piénsalo, O’Connor.

Entonces se dio la vuelta. Cuando bajó los escalones de dos en dos hasta la acera, una lúcida idea apareció en la cabeza de Clare.

—¿Quinn? —dio un paso adelante.

Él se detuvo. Gracias a las luces de la calle le resultaba más fácil verlo.

—¿Sí?

—¿Toda esta historia de que te busque pareja es para evitar que me vaya del trabajo? —un destello de esperanza brilló en su pecho.

Si quería tenerla cerca era porque le importaba tanto como él a ella.

Tal vez la echara de menos. Quizá, solo quizá, fuera un punto desde el que empezar.

Quinn frunció el ceño.

—¿Cómo de sincero quieres que sea?

—Completamente… como siempre —sonrió, un poco temblorosa—. Cualquier clase de mentira solo consigue quebrar la confianza, ¿recuerdas?

—Lo ves todo como blanco o negro, ¿no? No ves ni uno solo de los cientos de grises que hay entre medias.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de entender cómo habían llegado donde estaban cuando cinco minutos antes…

Clare lo miró meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Podrías haberme dicho que querías que me quedara.

Cuando Quinn apretó la mandíbula, Clare deseó que le dijera algo.

Nunca se había sentido tan alejada de él.

Y dolía. Si sencillamente le decía que quería que se quedase, podrían olvidar la maldita apuesta. Porque ella no quería emparejarlo con nadie.

—Entra, Clare —cuando Quinn se dio la vuelta, ella dio otro paso hacia delante.

—Inténtalo: «Clare quiero que te quedes».

Con él girado de perfil para mirarla, pudo notar con más claridad que tenía apretada la mandíbula.

—¿Eso sería todo? ¿Te contentarías con trabajar para mí y vivir aquí y no desearías nada más?

Ésa era la cuestión. Había sido feliz trabajando para él y viviendo en el bajo. ¿Pero nunca querría más? ¿De él? Eso era lo que él había querido decir. Podía haber sido solo una referencia al hecho de que pensaba que ella se escondía y evitaba tener citas

usándolo como sustituto de novio. Si era eso lo que quería decir, entonces su respuesta sería menos complicada. Pero si se refería a si quería más de él… Bueno, un poco de ánimo podría ayudar, una señal, un guiño de algo que indicase que él estaba interesado en algo más…

Clare se hundió en un mar de dudas.

Y mientras lo hacía Quinn se alejó caminando.

Capítulo 9

—¿Que has hecho qué?

—Una cita de prácticas.

Madison rio incrédula.

—¿El rey de las citas necesita prácticas? No me lo creo, lo siento.

—No fue idea mía —sujetó el auricular con el hombro.

—Pero has accedido.

—¿Has intentado alguna vez hacer cambiar de opinión a Quinn cuando se empeña en algo? —observó la ficha de una mujer que era coincidente con él en un noventa y cuatro por ciento y la descartó de inmediato—. Tenía sentido porque no había pasado de la primera cita con ninguna de sus parejas. Tenía que descubrir por qué.

—¿Y qué has descubierto? —Madison parecía divertirse mucho —. Cuéntamelo todo, con detalles.

—No hizo nada mal. Solo eso. Todo esto me está volviendo loca —suspiró—. ¿Cómo me libro de esta estúpida apuesta?

—No puedes librarte de ella. Deberías oír las discusiones que tenemos con Morgan y Evan; ya sabes que tienen mitificado a Quinn por su reputación con las mujeres. Creen que si Quinn sienta la cabeza será el final de una era. Nosotras pensamos que están asustados porque, si él sienta la cabeza, eso significa que ellos también pueden —hizo una pausa —. ¿Crees que Quinn se lo ha tomado en serio?

—¿Lo de sentar la cabeza? No lo sé. Lo único que sé es que no hemos hecho nada más que reñir desde que empezamos.

—De acuerdo —dijo ella después de una larga pausa.

—¿Qué significa eso?

—Déjame preguntarte una cosa: ¿cuánto hace que no vas a Tiffany’s a por una cajita azul?

—Mucho —y lo echaba de menos.

Pasar horas dando vueltas en la serena calma de la icónica joyería se había convertido en una de sus actividades favoritas. De pronto cayó.

—¿Crees que se está cansando de ese juego?

—¿A ti no se te ha ocurrido?

Evidentemente, no. Pero si la falta de regalos de Tiffany’s era una señal, entonces Quinn realmente estaba listo para sentar la cabeza, y entonces…

—Bueno… eso hará que yo me mude más pronto que tarde, ¿no? —dijo entre dientes, pero su amiga lo oyó.

—¿Estás pensando en serio en mudarte? —la voz de Madison estaba llena de incredulidad—. Cuando Morgan me preguntó por ello pensé que estaba loco. ¿Sabes cuánta gente daría el brazo derecho por un apartamento como el tuyo en Brooklyn Heights? Esa casa de Quinn tiene que valer millones ahora.

—¿Morgan te preguntó si me iba a mudar? —Clare frunció el ceño confusa—. ¿Cuándo fue eso?

—No mucho después de la apuesta. Incluso me hizo verificarlo con Erin, no me dejó en paz hasta que lo hice. Parece que Quinn dijo algo al respecto.

—¿Quinn? —¿había hablado con Morgan sobre su mudanza?

¿Qué estaba haciendo, buscar una sustituta antes de que ella hubiera hecho el equipaje? ¡No había dicho que pensara irse pronto! ¿Querría que se fuese? ¿Sería eso? Sí, quería pagarse su propia casa algún día, y sí, tendría que mudarse si Quinn vivía con alguien, porque esa nueva esposa no querría que una amiga de su marido viviera en el piso de abajo. Pero Clare no había planeado irse a ningún sitio en una temporada; además, amaba ese apartamento. Dejarlo sería…

—Morgan parece pensar que a Quinn no le agrada mucho que te marches, por si ayuda.

Ayudaba… algo.

Inspiró con fuerza y apoyó los codos en la mesa mientras añadía esa información al mar de confusión en el que ya se debatía. Solo había un modo de salir de ese lío: no iba a emparejarlo más.

Decidido. Aunque eso significase llevar una camiseta en la que pusiera *fracasada* por la apuesta.

Podía salir por ahí y buscarse un compromiso él solito. Y, mientras, ella seguiría trabajando para hacer viable su agencia matrimonial. Así podría dejar de trabajar pronto para él. Y podría también pagarse su propia casa.

Si Quinn había hecho la apuesta para que ella se quedara, entonces había fracasado. Porque no le había preguntado si quería más de él. Si Quinn tuviera el más remoto interés en ella en ese sentido, habría hecho algo.

Clare ya no estaba confusa. Sabía exactamente dónde estaba. Señor, pero necesitaba un helado.

—Tengo que irme… Tengo millones de cosas que hacer esta tarde antes de ir al Giovanni's.

—¿Va a ir Quinn?

—Claro, ¿por qué no?

—Porque es el escenario del crimen y todo eso —bromeó Madison.

—Limítate a ser una buena chica y ayúdame luego a pasarlo bien, ¿vale?

—¿Es tan malo?

—Es tan malo.

—Entonces, trato hecho.

* * *

—¿Cuál es el trato entre Clare y tú?

Quinn le lanzó una mirada a Morgan.

—¿Qué?

Morgan miró a las dos chicas, que estaban al final de la mesa, y se aseguró de que estuvieran distraídas y no oyeran su conversación. Les dio la espalda y dijo:

—Ella actúa de un modo extraño.

—¿Extraño cómo?

Quinn hizo todo lo posible para no mirarla. No había sido capaz de quitarle los ojos de encima en toda la noche, pero eso era lo que

había conseguido estando fuera de la oficina las últimas cuarenta y ocho horas.

Aparentemente, era tan adicto a ella que sentía dolor físico cuando no la tenía cerca. No se sentía ni un poco feliz por saberlo.

Morgan se encogió de hombros.

—Está demasiado brillante, se ríe demasiado fuerte, como si se estuviera obligando a pasarlo bien, pero no fuera así. ¿Os habéis peleado?

—No —cuando centró la atención en la uña del pulgar que estaba utilizando para quitar la etiqueta de la botella, pudo ver cómo Morgan fruncía el ceño.

—Algo está pasando, seguro.

—Déjalo, Morgan.

Quinn se recostó en la silla y cedió a su necesidad de mirar a Clare, pero su humor rápidamente se estropeó cuando la vio charlando con un tipo que no había visto jamás. El tipo se reía con ella… y se acercaba mucho para escuchar lo que Clare le decía.

Cuando puso una mano en la espalda de ella, Quinn estaba de pie antes de que Morgan hubiese terminado de preguntar:

—¿Hay algún problema?

Vio que Clare abría los ojos desmesuradamente mientras se dirigía hacia allí. Pero él se limitó a sonreír, se acercó y le rodeó la cintura con un brazo después de dedicarle una mirada al tipo que lo hizo desistir.

—¿Quieres postre?

—¿Perdón? —dijo Clare con un jadeo.

—Estábamos pensando en pedir el postre. ¿Quieres algo? —dedicó una breve mirada a su nuevo amigo—. ¿Te está molestando este tipo?

Dirigiendo una sonrisa embarazosa al hombre, Clare se soltó del brazo de Quinn, lo tomó de la mano y empezó a alejarse.

—Me alegro de que te fuera bien, Sam. Me alegro de verte.

—Yo también, Clare. Gracias otra vez.

Ella asintió, apretó los dedos en la mano de Quinn y tiró más fuerte.

—Adiós, Sam —dos pasos más allá sonrió a Quinn con los dientes apretados—. Ahora vamos a salir fuera, donde me vas a explicar qué estás haciendo.

Una rápida mirada a su alrededor fue suficiente para constatar que cuatro pares de ojos estaban pendientes de ellos, así que Quinn sonrió mientras abría la puerta.

—Te gusta comer postre.

—Me gusta el helado, a ti te gusta comer postre. ¿Qué pretendes comportándote como un neandertal delante de mis clientes?

¿Otro cliente? ¿Cuántos clientes tenía? Estaban por todas partes. Pero no era tanto el que se hubiera comportado como un imbécil como el que hubiera soltado su mano como si quemara en cuanto se cerró la puerta lo que hizo fruncir el ceño a Quinn.

—¿Has oído alguna vez hablar del horario de oficina?

—La última vez que un cliente me visitó en la oficina, a ti no te gustó —echó a andar por la calle y se detuvo en el bordillo, donde se dio la vuelta y dejó caer los brazos—. Te lo juro, me estás volviendo loca. No puedo seguir sonriendo y hacer como que todo va bien cuando no es verdad. Esta noche ha sido la peor que he pasado con el grupo. No han hecho otra cosa que mirarnos todo el rato.

—Es solo curiosidad por cómo va lo de la apuesta —al menos, eso esperaba—. Aquí fue donde la hicimos, es natural que piensen en ella cuando estamos en la escena del crimen.

—¿Cómo lo has llamado? —entornó los ojos.

—Escena del crimen, ¿por qué? —dijo con total calma.

—Así es como lo ha llamado hoy Madison por teléfono.

—Es una frase hecha.

—¿Has estado hablando con ellos sobre esto? —puso los brazos en jarras—. Porque si es una gran broma y os habéis estado divirtiendo a mi costa…

—Sí, es verdad —frunció el ceño—, soy famoso por hablar de mi vida privada. Te estás pasando un poquitín, ¿no te parece?

Clare se tomó un minuto para pensar antes de suspirar; después miró al infinito, parpadeó y se mordió el labio inferior. Cuando habló, su voz era débil.

—No quiero seguir con esto más tiempo. Tú ganas la apuesta.

—¿Por qué?

Quinn contuvo la respiración mientras la miraba pensar la respuesta y cruzarse de brazos.

—Porque no quiero hacer de celestina para ti.

—¿Por qué? —dio un paso hacia ella.

Cuando la miró a los ojos pudo ver en sus lágrimas reflejadas las luces del restaurante y las de los coches que pasaban. Estaba realmente afligida. Aunque se moría por hacer algo para aliviar su dolor, permaneció quieto apretando los puños para no abrazarla. Necesitaba que ella dijera las palabras y entonces sabría que cruzar la línea no sería un gran error.

Deseó que ella lo dijera. Pero Clare se encogió de hombros y dijo:

—Solo quiero que volvamos a estar como antes de que esto empezara.

Mucho tiempo antes habría dicho que él deseaba lo mismo, pero en ese momento…

—Clare…

—Así que creo que deberíamos dejar esto y darnos un poco de espacio, ¿no te parece?

Sintió que el pánico crecía dentro de él y mantener la calma cada vez le costaba más.

—No necesito espacio —dio otro paso hacia ella.

—Bueno, las cosas no han sido lo mismo desde que empezamos con lo de la apuesta. Algo de distancia nos vendrá bien a los dos. Tengo muchas vacaciones pendientes, puede que me tome unos días. Estoy segura de que todo está al día, si no… puedes contratar a una sustituta.

¿La estaba atosigando? Se obligó a no acercarse más mientras pareciera tan frágil. ¿Cómo iba a atosigarla? Lo único que había hecho era dejarle más espacio desde la noche que habían salido juntos.

Él no quería espacio, maldición. La quería a ella. La idea de perderla le había abierto los ojos.

—Di algo —le pidió Clare.

Quinn frunció el ceño. ¿Qué se suponía que tenía que decir? Existía el peligro de que, si la presionaba, ella saliera huyendo. Quizá si le daba algo de espacio tuviera la oportunidad de echarlo de menos, la ausencia en el corazón y todo eso. ¿Pero y si ya era demasiado tarde?

Era la relación más complicada a la que se había enfrentado. Pero también era la primera por la que quería luchar, por eso

seguramente se estaba comportando de un modo tan absurdo.

Clare buscó sus ojos y, cuando habló, su voz estaba llena de emoción.

—Por favor, di algo.

El corazón le latía errático, le resultaba difícil respirar. Sentía como si le hubieran sacado el corazón del pecho. No podía imaginarse cómo sería no verla todos los días. Estaba enraizada en su vida de tantos modos…

Quería escuchar la suave música de su acento, quería ver esa sonrisa que siempre le hacía sonreír a él, quería percibir el suave aroma de primavera cuando ella caminaba. Quería margaritas en tiestos y bolígrafos en esos vasos con tontos dibujos de animales de peluche. Quería que lo regañara por no llegar puntual a las reuniones y que le tomara el pelo cuando se rebelaba.

Buscó frenético una forma de decirle todo eso sin arrinconarla. Pero ella estaba sacudiendo la cabeza, descruzando los brazos… y se alejaba de él.

Quinn dio un paso adelante, sus dedos se abrieron paso entre el cabello rojo, el rostro de Clare quedó aprisionado entre sus manos… y la besó del modo que había querido besarla en la puerta de su casa. Toda la frustración que sentía se desvaneció en el momento en que su boca alcanzó la de ella y el beso se tornó urgente, frenético, casi desesperado.

Como si tratara de atravesar todos los obstáculos que habían aparecido en su camino.

Clare giró sobre los talones por la arremetida, pero fue el modo en que se colgó de sus hombros, los gemidos que sonaron en su garganta y que se encontrara con él con la misma ferocidad lo que finalmente disipó la niebla.

Quinn fue bajando una mano hasta sujetarla por la cintura, entonces la atrajo hacia él haciendo que sus cuerpos encajaran perfectamente. El beso cambió, se fue afianzando despacio hasta que fue una muestra de la pasión que sentía por ella.

En los labios de Quinn se formó una sonrisa cuando los gemidos de ella vibraron en su boca. Tenía tanto fuego en el vientre como él, pero seguía siendo la dulce Clare. Y quería verla, ver el aspecto que tenía después de besarla.

Así que separó la boca y la miró a los ojos. El verde era oscuro,

las pupilas estaba dilatadas y, cuando la miró, se pasó la punta de la lengua por los hinchados labios. Nunca la había visto más hermosa.

Ella nunca sabría el esfuerzo que le supuso hacer lo que estaba a punto de hacer. Dio un paso atrás y dijo:

—Te doy una semana.

—¿Qué? —preguntó Clare con los ojos muy abiertos.

—Querías espacio. Te doy una semana.

—Quinn… —dio un inseguro paso adelante.

Escuchar su nombre pronunciado como una plegaria no ayudaba mucho a mantenerse en su decisión.

—Una semana, Clare. Piensa en qué es lo que quieres —respiró hondo y, en voz baja, añadió—: Si esto sucede, no hay vuelta atrás.

Clare tenía que entenderlo. Él había tratado de evitarlo, pero no tenía sentido. Especialmente después de ese beso. Si iba a lanzarse al desconocido universo de las relaciones serias, entonces tenía que estar muy seguro de lo que ella quería. No habría vuelta atrás.

Quinn haría cualquier para hacerla tan adicta a él como lo era a ella.

Si Clare era la culminación de la experiencia de las citas que la habían precedido, entonces iba a cosechar los beneficios de esa experiencia.

Quinn había aprendido quién era él. Recordaba a todas las mujeres que había dejado detrás mientras esperaba a la mítica media naranja, cuya existencia había cuestionado. Había abierto los ojos al ver cómo le había hecho sentir Clare. Nunca había habido nadie como ella en su vida y nunca habría nadie igual. Así que estaba decidido a luchar por conservarla.

No había estado más asustado en toda su vida.

Capítulo 10

Clare no se había sentido más triste en toda su vida.

Era por su estúpida culpa, no debería haber dejado que se fuera.

Había dicho que no necesitaba distanciarse de ella, pero le había dado espacio de sobra. Quinn había recorrido todo el maldito país antes de que ella hubiera tenido tiempo de recobrar el aliento.

—Voy a mirar unos cuantos sitios para clubes en la Costa Oeste —le había dicho tranquilamente por teléfono a la mañana siguiente.

Clare sabía que había considerado la idea de abrir un local más cerca de donde vivían los miembros de su lista A y que había planeado un viaje para final de mes. Pero sabía que lo había adelantado. Y sabía por qué. Así que trató de decirle por teléfono que no necesitaba una semana, pero él la cortó a media frase. Parecía que él era quien fijaba le plazo, le gustase o no.

¿Cómo podía ser tan estúpido? ¿Cómo podía besarla así y después irse? Había colgado el teléfono odiándolo. Distanciándose de ella no ayudaba a incrementar su confianza. Sobre todo cuando la había dejado teniendo que decidir entre estar con él y poder perderlo y no estar con él y perderlo igualmente. Porque él tenía razón: no había vuelta atrás, ya nunca sería igual.

Veinticuatro horas después estaba hundida en la tristeza. Lo echaba tanto de menos que no podía respirar bien. Lo sentía tan lejos… y no solo en términos de kilómetros. Nunca había necesitado tanto a nadie en su vida. Su solidez cerca, ese aroma a jabón, su cálido aliento en el pelo y la grave voz resonando en sus oídos… Y si levantaba la vista veía el azul de sus ojos y la pecaminosa línea de su boca tratando de mantener una sonrisa.

Otras veinticuatro horas y caería en espiral en el reino de las lágrimas. Así que había llamado a la caballería para una tarde de

terapia.

Al principio le había parecido una buena idea.

—Muy bien, suéltalo.

—¿Soltar qué? —preguntó mirando a Erin parpadeando.

—¿Qué está pasando entre Quinn y tú?

Clare miró los rostros de la multitud del restaurante mexicano al que habían ido a comer. No quería hablar de ello, como si una parte de la personalidad de Quinn se le hubiera pegado. No quería que aquello se convirtiera en un tema de debate. Solo quería que él volviera.

—¿Podemos saltárnoslo?

Erin apartó a un lado los restos del burrito para poder apoyar el codo en la mesa.

—No cuando tienes el aspecto de una muerta.

—Realmente no quiero hablar de ello.

Sus amigas intercambiaron una mirada.

—La historia del emparejamiento te ha abierto los ojos, ¿no?

—Posiblemente —sonrió débilmente a Madison—. Pero de verdad que no quiero hablar de ello.

—¿Cómo se siente él?

Parecía que no querer hablar del tema no llevaba a ningún sitio. Se recostó en el respaldo, respiró hondo y pensó en cómo vería Quinn que hablase con sus amigas sobre él. Lo odiaría, se respondió a sí misma. Pero la situación era desesperada.

—Conocéis a Quinn desde mucho antes que yo, ¿no?

—No tanto como Morgan y Evan. ¿Por qué? —se acodaron las tres en la mesa circular.

—¿Sabéis cómo empezó en su negocio?

Evidentemente, no era la pregunta que ellas esperaban. Se miraron confusas.

—Ya tenía dos clubes cuando yo empecé a salir con ellos.

—Yo tampoco lo sé —dijo Madison encogiéndose de hombros.

—Os juro que eso es como un secreto de estado —dijo Clare con el ceño fruncido.

—¿Importa?

Ésa era también la teoría de Quinn, ¿no? Pero Clare asintió porque sí importaba; era un primer ejemplo de la clase de cosas que no sabía del hombre a quien le iba a confiar su corazón.

Madison continuó.

—Tampoco tiene sentido preguntar a los chicos. Custodian la privacidad de Quinn como rottweilers. No creo que él deje que mucha gente esté cerca. Por eso le sorprendió a todo el mundo que se hiciera tan buen amigo tuyo.

Oh, estupendo. Si seguía así se iba a poner a llorar. Podía notar la presión en el pecho y en los ojos. Las palabras le estaban penetrando hasta los huesos. Quinn no se sentía incómodo con la gente ni carecía de confianza. Entonces ¿por qué mantenía a todo el mundo a distancia? Y, sobre todo, ¿por qué lo seguía haciendo con ella?

Hasta que otra mano acarició la suya no se dio cuenta de que había estado mirando al infinito. Bajó la vista y después la fue subiendo hasta que se encontró con los ojos de Erin.

—Todo el mundo se ha preguntado siempre qué pasaba entre vosotros dos. ¿No te has dado cuenta de la cantidad de gente que ya os trataba como a una pareja?

En realidad no, no se había dado cuenta. Y la idea la sorprendió.

—¿Desde cuándo? No éramos pareja.

Madison dejó pasar el pretérito.

—No en el sentido tradicional de la palabra, pero hay siempre una línea muy fina entre la amistad y algo más. ¿No notaste la forma en que reaccionamos todos la noche de la apuesta? Cuando hiciste ese comentario de ser el ochenta por ciento de una esposa nos quedamos todos sin respiración. Era la primera vez que os enfrentabais. Nos hemos estado preguntando si eso haría que cambiara la visión que tenéis el uno del otro. Si lo piensas bien, Quinn ha mantenido contigo una relación más larga que con cualquier otra mujer.

Clare nunca lo había pensado así. Eso le dio esperanzas, pero dijo:

—Eso no significa que haya hecho que pase de las seis semanas.

—Eh… —dijo Erin—, ¿dónde está el famoso espíritu de lucha irlandés que tanto nos gusta de ti?

Enterrado bajo un cuarto de helado cada noche, ahí era donde estaba. Iba a pesar ciento cincuenta kilos cuando Quinn volviera. Forzó una sonrisa, respiró hondo, cuadró los hombros y asintió con firmeza.

—Tenéis razón. Vamos a mirar el escaparate de Tiffany’s. Voy a elegir un regalo tan caro que lo voy a arruinar.

Sacudieron las cabezas al unísono, sonrieron y Madison dijo:

—Si te rompe el corazón tendrá que enfrentarse con nosotras.

Una semana tenía siete días de más para Quinn. Se había dado cuenta de que no había forma de seguir, no echando de menos a Clare como lo hacía.

Así que el tercer día, después de haber estudiado concienzudamente todas las propiedades, decidió que era suficiente.

El tiempo de ella se había terminado. Así que cuando otro día de verano amaneció en el eternamente soleado Los Ángeles, reservó un billete para casa. Daba igual lo que hubiera decidido ella, volvía a casa y pasaría a la ofensiva. No era arrinconarla, pero tampoco le iba a conceder ese espacio que ella le había pedido. Dándole ese espacio le había dado la oportunidad de componer una lista de razones para no empezar una relación con él.

La idea hizo su necesidad de volver a casa aún más urgente. Así que cuando se bajó del taxi delante de su casa, a pesar de que debería estar agotado después de tres noches sin dormir y un vuelo de ocho horas, estaba nervioso y frustrado por no poder llegar y llamar a la puerta de Clare. Era demasiado tarde. No podía despertarla y empezar a seducirla, ¿no? Se decía que lentamente se gana la carrera. Sin embargo, podría ser…

Una de las peores cosas a las que Clare había tenido que enfrentarse desde que Quinn se había ido había sido el insomnio. Estaba llegando al punto en que se sentía como una muerta viviente. Así que por tercera vez rugió de frustración y se quitó la sábana de encima para sentarse en el borde de la cama.

Miró los números azules del despertador: pasaban treinta minutos de la medianoche, así que llevaba dos horas dando vueltas en la cama. Y había tratado de ver una película, de leer un libro… Demonios, incluso lo había intentado con algunas de las técnicas de relajación que había aprendido en unas clases de yoga a las que había ido con Madison y Erin en enero. Pero nada había funcionado.

Fue a la cocina y se bebió un vaso de agua, después abrió las ventanas. Había hecho un calor húmedo horrible todo el día, algo que la chica irlandesa que quedaba en ella aún encontraba difícil de

soportar. Así que cuando salió descalza al césped, la fina llovizna casi fue una bendición.

Cerrando los ojos se echó hacia atrás, abrió los brazos y dejó que el aerosol le mojase el rostro. Después se dio la vuelta despacio notando la hierba bajo los pies e inspirando con fuerza el aire húmedo.

Ya solo faltaba que el anhelo la abandonase, que no le doliese tanto.

Volvió a inspirar con fuerza y se estremeció entera. Si él volviera a casa…

Entonces podría verlo, esa distancia era lo último que deseaba.

Quinn dejó las bolsas en el vestíbulo y caminó en la oscuridad hasta la cocina. Lo que tenía que hacer era quitarse de la cabeza los métodos de seducción que se había imaginado y repetirse las palabras «despacio y con calma» hasta que su cuerpo entendiera el mensaje.

La tenue luz de los sensores de movimiento de la casa de al lado dibujaba largas sombras en el suelo, junto a la ventana. Desde ella podía ver que una fina lluvia refrescaba el césped. Podría irse a correr, igual así era capaz de dominar el poderoso impulso que sentía de bajar al piso de abajo.

Dudó en medio de la cocina; ni siquiera sabía qué hacía allí.

No iba a bajar, pero se preguntó qué haría ella. Era más de medianoche, así que lo más probable era que estuviera durmiendo.

¿Llevaría puesta la misma ropa que la noche que la vio desde fuera de la ventana?

Muy bien, ya sí que era imprescindible que se fuera a correr… además de darse una ducha fría.

Se quitó la chaqueta y se acercó a la ventana francesa. Al principio tuvo que parpadear un par de veces para asegurarse de que estaba viendo lo que estaba viendo. Una vez convencido de que no la estaba viendo solo porque deseaba tanto verla, sonrió por lo que ella hacía. ¿Qué hacía? ¿Estaba loca? Su corazón no pensaba que estuviera loca… Feliz con las cosas pequeñas, ¿no?

Solo Clare… solo su Clare.

* * *

Clare se concentró en su respiración mientras seguía apagando, enterrando la necesidad de llorar en su interior. Se trataba de control después de todo. Y, desde luego, tenía que recuperar el control antes de ver de nuevo a Quinn.

Levantó los brazos como un niño que jugaba a los aviones, inclinó la cabeza primero sobre un hombro y después sobre otro y sonrió triste por la repentina necesidad de la comodidad de los juegos infantiles. Dobló un poco las rodillas, cruzó una pierna sobre la otra y giró más rápido reprimiendo el deseo de hacer también el ruido del avión. El zumbido que se producía apretando los labios para simular el sonido del motor siempre le había hecho sonreír.

Cuando trató de dar otra vuelta trastabilló, bajó los brazos y abrió los ojos mientras se reía de su propia ridiculez. Estaba perdiendo la cabeza. Y entonces fue cuando levantó los ojos y lo vio de pie en el patio.

El mundo se movió bajo sus pies. Quinn sonrió del modo más asombroso y hermoso, despacio, y el corazón le saltó en el pecho en respuesta. Estaba en casa.

Cuando él bajo la barbilla y en su expresión atisbó una pizca de duda, la felicidad empezó a burbujear dentro de ella.

—Estás en casa —dijo casi en un jadeo.

—Estoy en casa —respondió él en tono grave—. ¿Me has echado de menos?

Clare sintió que se le abrían los ojos y se le hacía un nudo en la garganta, así que solo pudo asentir frenética.

Lo vio espirar como si hubiese contenido la respiración mientras esperaba su respuesta y después, con voz aún más grave, preguntó:

—¿Cuánto?

Cuando se le detuvo el corazón sintió que le crecían alas. Corrió por el césped y se lanzó a sus brazos abiertos. Después, abrazándolo por el cuello, con la mejilla contra la de él, rio de felicidad mientras Quinn la levantaba en brazos diciéndole al oído:

—Bien… porque yo te he echado mucho de menos.

—¿Cuánto? —dijo ella mirándolo a los ojos.

Quinn la miró detenidamente antes de informarle:

—De acuerdo, te vas a enterar de lo que quieres saber. Ésta es tu advertencia de diez segundos.

—¿Mi qué? —dijo con una sonrisa incontrolable.

—Advertencia de diez segundos. En diez segundos voy a besarte, así que ya sabes el tiempo que tienes para detenerme…

Clare se lo quedó mirando sorprendida, convencida de que en cualquier momento se despertaría y se levantaría tan triste como siempre, porque estaba sucediendo lo que había soñado tantas veces.

—Diez… nueve… ocho…

Se saltó la cuenta atrás y unió su boca a la de él.

Sus labios eran cálidos y firmes, y durante un largo momento se quedó paralizado, permitiéndole a ella que explorara su forma. Pero cuando Clare separó los labios e incrementó la presión, él la acompañó en un beso suave y tierno que le tocó el alma. Podría besarlo y ser besada por él durante días sin fin.

Movió las manos y dejó que las yemas de sus dedos recorrieran las suaves puntas de su corto cabello mientras absorbía su aroma. Y entonces atrapó el labio inferior de él entre sus dientes en un suave mordisco y sonrió sin soltarlo cuando él gimió. Sintió más poder por ese sonido que por ninguna otra cosa que hubiera experimentado antes.

Balanceó los pies haciendo que su cuerpo se rozara contra el de él en cada movimiento, y sonrió más cuando el gemido se convirtió en un rugido y las palabras de Quinn vibraron contra sus labios.

—¿Se supone que las agradables chicas irlandesas besan así?

—Quizá no sea tan agradable como pensabas que era.

—Umm. No me estaba quejando.

Quinn movió un brazo manteniéndola en vilo como si no pesase nada y enterró los dedos de la mano libre en el rojo cabello. Después, con la palma de la mano en su nuca, profundizó el beso… dejándola sin aire en los pulmones y haciendo que se sintiera vagamente aturdida. Finalmente interrumpió el beso, Clare abrió pesadamente los ojos y sonrió.

—Hola.

—Hola —dijo Clare con el corazón derretido.

Miró por encima del hombro cuando él empezó a cruzar el patio con ella y a bajar los escalones. Luego volvió a mirarlo mientras se acercaban a la puerta de su casa. Con evidente decepción en la voz, preguntó:

—¿Vamos a dejar de besarnos ahora?

—Imposible.

La firmeza de su respuesta le hizo mover los dedos de los pies mientras estudiaba su rostro abiertamente.

—Te has olvidado de cómo era mi cara, ¿verdad?

—Te has ido mucho tiempo. Simplemente estoy comprobando que no ha cambiado nada.

Delante de su gran sofá, la empezó a bajar despacio hasta que sus pies tocaron el suelo. Después se sentó y la sentó a ella en su regazo.

Quinn vio cómo su mano le apartaba el cabello de la cara antes de explorar sus facciones. Su mirada se enredó con la de ella mientras trazaba el contorno de sus labios.

—Algo ha cambiado.

Sabía que no se refería a sus rostros.

—Sí… hace bastante tiempo.

Él asintió sin dejar de acariciarle los labios con el pulgar.

—Un escalón cada vez, ¿vale?

—Vale —alzó una mano y enmarcó el contorno de su rostro—. Aun así, necesito que hables conmigo, Quinn.

—Puede que tengas que trabajar eso conmigo. Es algo nuevo.

—Lo sé —sonriendo suavemente llevó la mano hasta su nuca y tiró de él—. ¿Dónde estábamos?

—Aquí —dijo él llevando el pulgar hasta el extremo de los labios.

Besó el lugar donde había estado el pulgar, después levantó la cabeza un centímetro y movió el pulgar al otro extremo de los labios.

—Y aquí.

A Clare no le importaba lo tarde que fuese, ni que los dos tuvieran trabajo en el que pensar en cuanto saliera el sol… no importaba; el nuevo día podía esperar. Cuando finalmente estuvo echada a lado de él, con la cabeza debajo de su barbilla, alzó la cabeza lo justo para decirle en un susurro:

—Quédate.

—¿Aquí?

—Aquí —se acurrucó y le apoyó una mano encima del corazón —. No he dormido muy bien estos días.

—Yo tampoco.

—Pues quédate.

—Solo si me sigues respetando por la mañana —alcanzó una manta que había encima del respaldo del sofá.

—Bueno, eso no sé…

Sintió que el letargo la invadía mientras él le acariciaba la espalda.

—¿Confías en mí, Clare?

—Sabes que sí.

—Sabes que nunca haría nada que te perjudicara, que te hiciera daño.

—Lo sé.

—Pero sabes que no soy fácil.

—Eso —sonrió adormilada—, dicho por el hombre que se duerme después del segundo beso…

—Quiero que sepas dónde te estás metiendo. Yo no soy…

—Sé dónde me estoy metiendo. Dijiste hace tiempo que sabía bastante. Y así es.

Mientras él le acariciaba la espalda sintió que se hundía en un lánguido sueño del que no había disfrutado desde que él se había ido.

Siguió sonriendo mientras tanto…

Capítulo 11

—¿Disco infantil?

Quinn sonrió sentado en el borde de la mesa mientras ella cerraba el cajón del archivador con la cadera y se volvía a mirarlo con entusiasmo.

—Sí. Los padres podrían llevar a sus hijos y bailar juntos. No sería complicado ponerlo en marcha. Y no interfiere con lo que ya hacemos.

No le parecía mala idea, pero le gustaba hacer que Clare lo convenciera.

Cuando ella pasó cerca la agarró pasándole un brazo por la cintura y rodeándola con las piernas. Ella no se resistió… nunca lo hacía. En lugar de eso, deslizó las manos por sus hombros hasta enlazarlas detrás de la nuca.

—¿Quieres convertir mis clubes en patios de juego?

—Nooo —sonrió cuando él la agarró de la cintura—. Quiero que pienses en todo el dinero que gastan los padres, sobre todo en una ciudad llena de padres ricos…

—Ajá. ¿No tiene nada que ver con la imagen de un montón de críos bailando?

—Te gusta esta idea —giró ligeramente la cabeza—. Sabes que lo harás.

No cesaba de sorprenderle lo mucho que había aumentado su confianza desde que habían empezado a salir de verdad. Ella había florecido delante de sus ojos.

Antes ya era una mujer estupenda, pero en ese momento… Bueno, en ese momento, era absolutamente increíble.

Y Quinn tenía auténticos problemas para mantener las manos lejos de ella. Para alguien que nunca había sido muy efusivo en

público, había pasado por una gran transformación. La llevaba de la mano mientras paseaban por Manhattan, la besaba en un puesto de perritos calientes en Times Square y sonreía como un idiota incluso cuando ella no estaba.

Estaba echando a perder su reputación, arrojando a las llamas su famoso autocontrol. Y le gustaba.

—Tiene posibilidades.

—¿Ves? —se acercó más y lo empujó sobre la mesa—. Sabía que te gustaría. Estoy mejorando mucho en descubrir las cosas que te gustan.

Sonriendo por la insinuación, quitó una mano de la cadera para apoyarla en la mesa.

—Crees que ya me tienes resuelto, ¿no?

—Oh, aún me quedan algunos secretos por descubrir. Eso hace que sigas siendo interesante.

La idea de que ella lo descubriera todo antes de que él se lo dijera hizo que la sonrisa desapareciera y Clare de inmediato vio en sus ojos lo que parecía un destello de duda. Suavizó la voz en respuesta.

—Y te he dicho un millón de veces que nada cambiará cómo te veo.

Cada semana que pasaba Quinn deseaba más creer que fuera cierto, pero quería que estuviese más unida a él antes de aprovechar la oportunidad. Quería que estuviese completamente loca por él primero.

Con eso en mente, se incorporó hasta tener la nariz a dos centímetros de la de ella y enterró los dedos en su pelo.

—Dame ideas que unan a las mascotas y a mis clubes y entonces tendremos una conversación en serio.

Cuando en los labios de ella se formó una sonrisa, la besó larga y lentamente y Clare lo abrazó con fuerza, haciendo que sus pechos se apretaran contra su cuerpo. Era la tentación personificada. Resistirse a ella se había convertido en algo imposible.

Quinn movió la mano de la cadera a la espalda y la deslizó debajo de la blusa para poder acariciar su suave piel. Solo con pensar en tocarla su reacción era tan fuerte que dejaba a su cuerpo en un constante estado de dolor.

Ella lo sabía, claro. La irlandesita, la niña de sus ojos. Lo había

estado presionando, llevándolo hasta el extremo durante semanas.

Cuando llevó la mano más arriba ella hizo un sonido de queja y se retorció.

—No te atrevas.

—¿Atreverme a qué? —dijo él alzando la cabeza y fingiendo no entender nada.

—Sabes de lo que hablo —trató de soltarse pero él la rodeó por la cintura. Clare se echó a reír—. Te juro que, si lo haces antes de que lleguen mis clientes, vas a tener un problema.

Con un rápido movimiento de los dedos Quinn desabrochó el sujetador. De inmediato Clare se llevó las manos a los pechos.

—Odio que puedas hacer eso.

—Las fiestas del viejo instituto —sonrió Quinn.

—Demasiada información, Casanova —hizo un mohín mientras le brillaban los ojos—. Abróchalo.

—Pídelo por favor.

—Abróchalo o le diré a Evan y a Morgan que me traes margaritas dos veces a la semana.

—Sí, porque mi capacidad para conquistarte debería ser algo de lo que me sintiera avergonzado… evidentemente.

—Abróchalo —se acercó más para susurrarle en el oído—: O les diré que viste *Desayuno con diamantes* y que te gustó.

De acuerdo, eso sí que daría que hablar, así que la besó detrás de la oreja y metió las dos manos debajo de la blusa para abrocharle el sujetador.

—Voy a tener que dejar de ser agradable contigo.

Seguramente a él no le había gustado la película tanto como a ella, que había disfrutado cada minuto. Pero había algo más que lo acechaba: su estado de felicidad estaba directamente vinculado a ella. Que cuando ella sonriera él sonriera siempre había estado ahí, incluso cuando eran amigos, pero se había vuelto algo mucho más fuerte.

Quinn sonrió por el esfuerzo que le supuso no echarse a reír cuando ella se recolocó para asegurarse de que todo estaba en su lugar. Su voz estaba llena de diversión:

—¿Quieres que te ayude con eso?

—No, puedes marcharte. Tienes una reunión en un cuarto de hora.

—Entonces aún me quedan otros diez minutos, ¿no?

—Ni hablar —le sonrió y le dio otro beso—. Lárgate.

—Quizá sea lo mejor —suspiró—. Hay alguien lo bastante confusa por el rótulo de la puerta como para ser una de tus clientes —hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta y Clare se volvió a mirar.

—¿Cómo lo haces?

—Tengo una vista impresionante —se encogió de hombros.

La mujer abrió la puerta justo en el momento en que se soltaron y al girarse le dio la oportunidad de acariciarle las nalgas sin que la cliente lo viera. Clare saltó un poco y Quinn sonrió y estrechó la mano de la mujer.

—Hola, adelante. Me voy para que podáis hablar de romances, Clare lo arreglará todo —hizo un guiño—. Tiene un excelente gusto con los hombres.

—Si tiene alguno más como tú en la lista estaré más que feliz.

—Vaya, gracias —hizo una inclinación con la cabeza y miró a Clare en el momento justo para verla poner los ojos en blanco—, pero me temo que estoy temporalmente retirado de la circulación.

La mujer rio mientras Quinn se alejaba y, desde la puerta, por encima de la cabeza de la cliente dijo:

—No te retrases esta noche.

—No soy yo la que normalmente llega tarde —dijo en tono de burla señalando el reloj—. ¿Puedes irte de una vez? No voy a tener tiempo para encontrarle a Marilyn el hombre de sus sueños.

—Es tu novio, supongo —dijo Marilyn cuando Quinn se hubo ido.

Era la primera vez que alguien le planteaba así la cuestión y Clare dudó qué respuesta dar. Si le decía que era su jefe resultaría extraño después de lo que había visto. Novio, sin embargo, sugería que había alguna clase de compromiso y, aunque hasta el último hueso de Clare ansiaba ese tipo de estabilidad, aún era consciente de que estaba en su especie de luna de miel. Si conseguía superar el plazo de seis semanas, seguramente se sentiría mucho mejor.

Faltaba una semana…

Pensó que al decirlo en voz alta igual resultaba más real.

—Sí —de momento…

—Es muy guapo.

Tenía que reconocer que nunca había sido tan feliz. Por eso había decidido seducirlo. Algunas veces una chica tenía que hacer lo que había que hacer. Hasta entonces no se había planteado seducir a un hombre, ni siquiera tenía la más mínima idea de cómo hacerlo, ni de cómo le saldría con Quinn. Pero empezaban a llevar juntos lo suficiente como para saber lo que funcionaba y lo que no.

Tomó a Marilyn del brazo y se dirigieron a los asientos.

—A ver si te puedo encontrar uno tan guapo como él.

Alguien a quien Marilyn amara tanto como ella amaba a Quinn.

Porque así era; seguramente se había enamorado de él mucho antes de lo que pensaba. Lo que tenían hacía parecer su relación con Jamie superficial y débil en comparación. Pero suponía que no había forma de saber si lo que se sentía era real hasta que llegaban las cosas reales. «Lo sabrás», se solía decir. Y era cierto. Ella lo sabía. Estaba perdidamente enamorada de Quinn.

Y él podría hacerle daño como nadie se lo podía haber hecho antes.

—¿Adónde vamos?

—Ya estamos, cierra los ojos.

—Si cierro los ojos ¿cómo voy a saber dónde estamos? —arqueó una ceja.

—En el futuro, cuando te quejes por la falta de sorpresas, espero que recordemos lo mal que las llevabas.

La sola mención de la palabra futuro le hizo acreedor de un beso.

—Pero si ya estamos, todo lo que tienes que hacer es gritar «¡sorpresa!».

Quinn sonrió indulgente mientras el conductor abría la puerta del lado de ella.

—Tienes que prometerme que cerrarás los ojos en el ascensor cuando te lo diga.

Intrigada, Clare se deslizó por el cuero blanco y sacó las rodillas del coche. Una vez en la acera alzó la cabeza y miró a su alrededor parpadeando. Sonrió cuando Quinn le dio la mano.

—¿El Rockefeller Center? ¿No está cerrado a estas horas de la noche?

Quinn acercó su rostro al de ella y, con la mirada fija hacia delante, le susurró al oído:

—No cuando tienes los medios de que lo mantengan abierto.

Caminaron junto a la hilera de banderas de las Naciones Unidas y Clare buscó de un modo automático la de Irlanda. Después miró la dorada estatua de Prometeo y los edificios modernistas que los rodeaban antes de volverse hacia Quinn.

—¿Qué me vas a hacer esta vez?

La noche había empezado con una limusina en la puerta, seguida de un espectáculo en Broadway y una cena en el restaurante más chic de Manhattan, haciendo que Clare se sintiera como una reina.

—Espera y verás —dijo él con una sonrisa que le iluminó los ojos.

Clare decidió que le gustaban las citas de caviar y champán si él disfrutaba tanto con ellas. No las necesitaba todos los días; era igual de feliz con un perrito caliente en Times Square, o sentada en las escaleras de la casa que compartían comiendo rosquillas por la mañana temprano después de que él fuera a correr, o tumbada en el sofá viendo una película por la noche…

Pero Quinn se había superado a sí mismo. Apenas le quedaron palabras cuando finalmente salieron del ascensor en la azotea y le destapó los ojos. La vista de Nueva York por la noche se extendía sin fin debajo de ella.

Tomados de las manos se acercaron al borde y lo contempló todo, desde el edificio Chrysler hasta el Empire State con su etéreo brillo de luz blanca. Era impresionante.

—Por aquí.

Cuando se dio la vuelta se dio cuenta de lo que se le había pasado: una pequeña mesa para dos, con velas dentro de globos de cristal y sonrientes margaritas en jarrones. Era perfecto.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Es una de las ventajas de salir con un tipo rico —dijo con una sonrisa perezosa y voz grave.

—No hace falta que me impresiones en las citas, lo sabes. Soy algo seguro.

Quinn se detuvo al lado de la mesa, le puso la mano que tenía libre en la nuca y apoyó los labios en los de ella.

—¿Algo seguro?

Ella movió la cabeza y fue recompensada con otro beso antes de

que él diera un paso atrás para soltar una mano y levantar la tapa de plata que cubría un plato.

—Caviar —dijo Quinn—. Y champán, naturalmente.

—En realidad, nunca antes habías tenido una cita de champán y caviar, ¿verdad?

—Jamás, digamos que antes nunca me habían retado.

—Esto te ha costado una fortuna, ¿verdad?

—No todo —se encogió de hombros.

Eso le hizo mirar a la mesa de nuevo.

—¿Qué hay debajo de la otra tapa?

—Buena pregunta —se acercó—. No sabía si te gustarían las huevas de pescado, así que…

Cuando levantó la cúpula, ella se echó a reír.

—Tarta de manzana.

—Tarta de manzana —asintió—. Lo mejor de ambos mundos.

—Odias las huevas de pescado, ¿verdad? —dijo Clare.

—No puedo soportarlas.

Le quitó la tapa de la mano y le rodeó la cintura con los brazos por debajo de la chaqueta.

—Entonces, ¿para quién es exactamente la tarta de manzana?

—Creo que podemos compartirla.

—¿Has traído helado?

—Claro —se inclinó hacia delante y le dio una serie de besos desde el cuello hasta la oreja.

—Has pensado en todo.

Quinn volvió a besarla en el cuello antes de soltarla súbitamente.

—Bueno, como suele suceder…

Cuando los acordes de *Moon River* comenzaron a sonar, Clare sintió una ola de emoción que se le notó en la voz.

—La música de *Desayuno con diamantes*…

Él asintió sin dejar de mirarla a los ojos mientras rodeaba la mesa.

—Ya no puedes decir que no presto atención a los pequeños detalles, ¿eh?

Clare pensó que nunca había deseado a un hombre como deseaba a Quinn. Toda la paciencia que estaba mostrando para no empujarla a acostarse con él la estaba volviendo loca. ¿Cómo podía

él no darse cuenta?

Quinn dio un paso atrás y la arrastró a un espacio libre antes de rodearle la cintura. Ella le puso una mano en el hombro y acercó las caderas cuando Quinn empezó a mecerse despacio. Solo la suavidad de sus ojos azules era suficiente para hacer que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Consigo el título de la escuela de protocolo de citas ya?

—Con honores —dijo casi sin poder hablar.

—Bien —lo celebró haciéndola girar antes de besarla otra vez.

—¿Dónde aprendiste a bailar?

—Mi madre insistía en que los Cassidy teníamos que saber lo básico.

Lo del beso lo añadí yo.

—Recuérdame que se lo agradezca cuando la vea.

—¿Y hacer que crea que su insistencia era buena? Mejor no.

—¿Hay algo más que no sepa y quieras decirme? —preguntó con una suave sonrisa.

—Sí —la expresión de su rostro cambió por completo—. Muchas cosas. Ella alzó las cejas en un gesto de interrogación—. Me preguntaste cómo empecé con lo de los clubes.

—En la puerta, ¿no? —dijo en voz baja para no romper el encanto.

—Sí —frunció el ceño—, pero así no fue como me compré el primero.

No podría habérmelo permitido con las propinas que me daban.

—De acuerdo.

—Mi padre tenía un seguro de vida —miró un mechón de cabello que le sacudía la brisa— por mucho más de lo que ninguno habríamos pensado. No podía permitirse muchas cosas, pero de algún modo lo fue pagando toda su vida.

—¿Te lo dejó a ti?

—No, pero yo había empezado a mantener a la familia desde que tenía dieciséis años, trabajaba en la construcción durante el día, así que mi madre confió en mí para que gestionara el dinero. Cuando le dije que pensaba pedir una hipoteca y comprar un club que estaba a la venta, apostó por mí. Se lo devolví con intereses.

¿Por qué demonios había pensado que no podía contarle eso?

—Tu padre habría estado muy orgulloso de ti —se dio cuenta de

que no tenía que haberlo dicho en cuanto vio el gesto de él.

—No le habría importado un comino. Había pasado doce años sin ocuparse de su familia. Morirse y dejar el dinero fue lo mejor que hizo por todos nosotros.

La amargura en sus palabras hizo que Clare sintiera un estremecimiento.

—Pensaba que había muerto cuando tú eras pequeño.

—¿Quién te ha dicho eso? —frunció el ceño.

—Nadie. Yo solo… Bueno, cuando me hablaste de las peleas, de tu mote…

—¿Creíste que me metía en peleas por defenderlo? —abrió mucho los ojos.

—Bueno, sí. Algo así, supongo.

—Cada palabra que dijeron de él ese día era cierta. Lo que me puso rojo de ira fue que dijeran que yo era como él. De tal palo tal astilla y cosas así… La verdad hace más daño que ninguna otra cosa —respiró hondo y apretó los labios antes de continuar—. No quería que nadie dijera que yo era como él. El problema es que soy la viva imagen de mi padre, su versión en joven. Lo veo en el espejo todos los días.

—¿Qué hizo? —lo miró buscando alguna señal de sufrimiento.

—Era un borracho. Perdido —sus brazos se tensaron antes de añadir lo que sabía que más sentiría Clare—. Y engañaba a mi madre desde antes de que yo naciera.

Clare gimió sintiendo el dolor por su madre. Había visto a la madre de Quinn incontables veces y la adoraba. Era una de las mujeres más fuertes y cálidas que había conocido. Desde el momento en que ella había llegado a Nueva York con Jamie, Maggie Cassidy se había asegurado de que se sintiese bienvenida en el barrio. Cuando Jamie la había dejado, había sido la primera en ir a verla.

—Pero ella tuvo más hijos con él. Pensarían…

—¿Que esos hijos salvarían su matrimonio? Seguramente, pero no fue así. Lo aguantó durante años porque recordaba cómo habían sido las cosas cuando se había enamorado él. Además, él siempre le decía que cambiaría, pero no cambió —hizo una pausa—. Fue a peor.

—Dios mío —dijo con un jadeo—. ¿Por eso estabas tan

preocupado de que pudiera pensar que tú eras como Jamie? Lo pensaste porque tu padre engañaba a tu madre.

¿Por eso nunca había mantenido una relación más de seis semanas?

¿Pensaba que si alguna vez miraba a otra mujer habría una oportunidad de que pudiera perderse? Era una lógica un poco retorcida, pero tenía sentido.

—Puedo parecerme a mi padre, pero…

Clare le agarró el rostro con las manos y le acarició las comisuras de los labios con los pulgares.

—Estás hablando de la genética, Quinn, no de quien eres… Yo te conozco.

—Durante mucho tiempo he sido más como mi padre de lo que quería ser —le quitó las manos—. Nos enseñaron eso al crecer, a la gente como tú y como yo… ¿no? El rollo irlandés. Nos enseñan cómo es parte de nosotros, cómo las generaciones anteriores corren por nuestras venas.

—Sí, pero no del modo en que tú…

Justo cuando empezaba a temer que se rompiera algo entre ellos, Quinn le agarró los dedos y los acarició.

—Lo he oído mil veces cuando era pequeño. Pensaba en la sangre que corría por mis venas y creía que yo acabaría haciendo lo mismo. Me he pasado una buena parte de mi vida intentando demostrar lo contrario —sonrió—. Pero tenía su temperamento. Y ese día en el patio del colegio me di cuenta de que podía ser igual de rápido con los puños.

Clare sintió que se le hacía un nudo en el pecho que apenas le dejaba respirar.

—Él no…

De su garganta salieron las palabras que ella no quería escuchar:

—Como he dicho… borracho perdido.

—Oh, Quinn.

Su Quinn, no. Se le llenaron los ojos de lágrimas. De pronto todo tenía sentido. No había sido capaz de defenderse de un adulto, pero toda la ira y el dolor que había sentido lo había dirigido contra cinco chavales de su misma edad cuando le habían dicho que era como el hombre que le hacía daño. No era justo.

—Solo sucedió una vez. Mi madre hizo las maletas y nos

trasladamos a Brooklyn antes de que volviera a suceder.

Parpadeando para contener las lágrimas, Clare consiguió reunir la fuerza necesaria para alzar la cabeza.

—Yo habría hecho lo mismo.

—Me gustaría creer que tú te habrías ido antes —sonrió con los ojos antes que con los labios—. Eres más fuerte de lo que crees, O'Connor. Lo vi el día que tuviste que enfrentarte a toda esa gente y decirles que no había boda. Creo que no he respetado a nadie más de lo que te respeté a ti ese día.

Soltó la mano de él y le apoyó las suyas en los hombros zarandeándolo mientras le decía:

—Escucha, Quinn Cassidy. Tú no eres él. Lo sé. Tú lo sabes. Y podrías haberme contado todo esto hace tiempo y no habría cambiado mi forma de verte. Nada que digas o hagas puede cambiar lo que siento por ti. Yo…

Casi llegó a pronunciar las palabras cuando él la interrumpió.

—Espero que sea así.

—¡Quinn! —¿cómo podía pensar…?

—No, tienes que saberlo —respiró hondo y después pronunció unas palabras que literalmente le pararon el corazón—: Yo fui quien le dijo Jamie que se marchara ese día.

Capítulo 12

Lo que acababa de decir no tenía ningún sentido para ella. Pero al mirarlo a los ojos dio un paso atrás de modo automático.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Alguien tenía que hacer algo —apretó la mandíbula—. Supongo que siempre he tenido que ser yo.

—¿Alguien? ¿Todo el mundo lo sabía?

—¿Que tenía un montón de líos? Sí. Nunca lo llevó en secreto. Era uno de los mejores amigos que jamás he tenido, pero en esa única cuestión nunca estuvimos de acuerdo; ha sido un mentiroso desde que lo conozco.

¿Todo el mundo lo sabía? Que el hombre a quien había seguido ciegamente desde el otro lado del océano la hubiese engañado ya era bastante malo por sí solo, pero que todo el mundo lo hubiera sabido, y que sin duda hubieran hablado de ello mientras ella estaba en una burbuja de fantasía, era demasiado. Había salido allí, delante de toda esa gente y ellos sabían… Sintió náuseas.

—¿Todos lo sabíais y nadie pensaba decírmelo?

La sensación de traición era abrumadora.

—El tema provocó más discusiones de las que habíamos tenido nunca. Pero por aquel entonces ninguno te conocía muy bien y nadie quería ser el causante de tanto dolor. Así que yo me enfrenté a Jamie. A él sí lo conocía.

—¿Te tocó la china?

—No —la rabia encendió sus ojos.

—Bueno, ¿qué pasó entonces? —la humillación se estaba convirtiendo en ira—. ¿Cómo eras el jefe del grupo era tu función arreglar las cosas con la pobre irlandesita?

Dio un paso hacia ella y Clare le apoyó las manos en el pecho

para empujarlo, pero él se las agarró y las sujetó.

—Adelante, O'Connor, suéltalo todo. Grita. Llámame lo que quieras.

Pero lo volvería a hacer.

—Cínico, hipócrita… —dejó escapar una carcajada histérica mientras intentaba liberarse—. Suéltame.

—Sé que estás dolida —no la soltó.

—¿Dolida? Oh, dolida no es ni un atisbo de cómo me siento en este momento. Pensaba que había hecho auténticos amigos aquí, personas en las que podía confiar —volvió a forcejear.

Él siguió sujetándola y Clare sintió ganas de decirle cosas que lo hirieran tanto como lo había herido él. Cualquier cosa que le hiciera comprender cuánto lo odiaba por haber reventado la burbuja de felicidad en que se había permitido instalarse… de nuevo. No lo veía de un modo diferente ni lo amaba menos, pero estaba tan dolida…

¿Por qué se lo decía en ese momento? ¿Por qué, cuando ya todo quedaba atrás, había sentido esa necesidad de decírselo?

¿Era una forma de hacer que lo odiara antes de enviarle la cajita azul?

Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué organizar una noche tan increíble y abrirse a ella del modo que lo había hecho si estaba planeando dejarla?

Era incapaz de razonar y de concentrarse en algo que no fuera reunir todas las piezas del rompecabezas.

—¿Qué hiciste exactamente? Cuéntamelo todo.

Cuando él hizo una mueca, volvió a tirar para soltarse y trastabilló cuando Quinn la soltó.

—Estabas decidido a que lo supiera, así que habla. ¿Qué hiciste? ¿Qué dijiste para defenderme? ¿Tratar de que conseguir que se quedara conmigo cuando era obvio que no quería?

—¡Nunca debería haberte traído! —los ojos le echaban fuego.

Clare asintió, se mordió con fuerza el labio inferior y empezó a deambular.

—Muy bien, no soy de aquí. Está bien saberlo.

Quinn juró salvajemente.

—No es eso lo que quiero decir. Quería decir que él jamás debería haberte traído aquí cuando no tenía intención de serte fiel.

Te merecías algo mejor. Eso fue lo que le dije.

—¿Y cuánto tiempo hacía que estaba aquí cuando le dijiste eso? —al ver que él no respondía dejó de pasear, lo miró y su gesto le dijo que estaba librando una batalla interior—. ¿Cuánto tiempo?

—Un mes —dijo mirándola fijamente a los ojos.

La verdad dolía. Saber que no había conseguido mantener el interés de su prometido ni siquiera un mes era una auténtica patada en el estómago.

Echó la cabeza hacia atrás, parpadeó mirando al cielo tratando de recuperar el control y por un momento su mente buscó respuestas.

La voz de Quinn, mucho más suave, sonó más cerca.

—No fue por nada que tú hicieras o dejaras de hacer. Fue por él. Era un imbécil, Clare… también le dije eso.

—Así que básicamente le advertiste. ¿Qué hiciste? ¿Lo amenazaste con decirme lo que estaba pasando? —se echó a reír mientras lo miraba—. Una amenaza vacía, ¿no?

—Sí —asintió bruscamente—. Lo hice. Alguien tenía que hacerlo.

Hasta ese momento era su mejor amigo, así que le dije llanamente que lo que estaba haciendo estaba mal. Le di una oportunidad de hacerlo bien. Él te lo debía.

Clare aún no lo entendía. Entonces ella no era nadie para Quinn. ¿Por qué tomar partido contra quien había sido su mejor amigo durante años?

Abrió los ojos horrorizada.

—Dime que no lo espantaste porque me deseabas.

La rabia subió como una ola tan grande que cruzó el aire y la notó hasta ella.

—¿Qué?

—Eso fue lo que él hizo. Yo estaba viendo a alguien, algo informal, pero llevábamos saliendo un par de semanas cuando apareció Jamie y desencadenó su encantadora ofensiva. Solía decir en broma que lo suyo había sido una estrategia a largo plazo. ¿Tenías tú una estrategia a largo plazo, Quinn? Recuerdo que Morgan solía decir de Jamie y de ti que siempre competíais por las chicas en el instituto. Decía que siempre erais rivales cuando se trataba de mujeres.

Quinn apretó los puños.

—Vuelvo a ser lo peor otra vez ¿no? ¡Di un paso al frente porque lo que te estaba haciendo estaba mal! Estaba a punto de comprometerse contigo, un compromiso de por vida. No solo te había prometido cosas, te había arrastrado hasta aquí, alejado de tu familia y amigos, y después de que tú hubieras renunciado a tantas cosas para estar con él…

Giró la cabeza mientras intentaba contener la rabia. Clare interpretaba cada señal y sabía que había dicho la verdad. Era esa vena suya honorable… era su creencia en lo bueno y lo malo y su habilidad para ocuparse del bienestar de los demás.

Eran aspectos del hombre de quien se había enamorado perdidamente. Había sido su campeón, ¿no? Había sido ese anticuado caballero de armadura brillante con quien soñaban las mujeres.

—Deberías habérmelo dicho.

Quinn la miró con expresión de agonía y sintió que los cimientos de su relación se movían bajo sus pies.

Cuando las lágrimas le inundaron los ojos, Clare se rodeó con los brazos para mantener dentro el sufrimiento y dijo en un susurro:

—Me ofreciste un trabajo y una casa por culpabilidad, ¿verdad?

Esas palabras le dejaron un regusto amargo en la boca. Su relación estaba basada en una mentira. ¿Cómo podrían superarlo alguna vez?

—Clare, por favor…

—¿Fue así? —se le quebró la voz.

—Al principio, sí… en parte. Te humilló públicamente y te dejó endeudada, pero a ti te gustaba esto. Necesitabas un trabajo y yo tenía uno. Además, necesitabas una casa… y yo tenía una. Tenía sentido.

Quinn entró en su línea de visión y la mirada de ella se fijó en un botón cualquiera de la camisa antes de subir, botón a botón.

—Pero sí, me sentía culpable por lo que había pasado. Le dije a Jamie que luchara por lo que tenía contigo o que abandonara. No tenía ni idea de que esperaría hasta el día de la boda para tomar la decisión. Si lo hubiera sabido, no habría dejado que eso sucediera. Cuando lo hizo, le dije que no volviera jamás.

La mirada de Clare se detuvo en su boca antes de pasar a un

pequeño abultamiento que tenía en la nariz. De pronto dijo sin entonación:

—Seguro que no se lo dijiste con tanta calma.

—No, no lo hice.

Ella asintió y de algún modo encontró la fuerza para mirar las luces que se reflejaban en sus ojos.

—¿Le pegaste?

Sin saber por qué recordó las motas que ensuciaban su chaqueta cuando había ido a decirle que Jamie se había marchado. Y cuando él suspiró profundamente, tuvo la respuesta.

—Me ahorraste a mí hacerlo, supongo.

—Dijimos muchas más cosas: el asunto se volvió personal… y caliente. Nos enfrentamos por muchas más cosas, además de por ti.

Debimos haberlo hecho mucho tiempo atrás.

Porque Jamie había sido un farsante y a un hombre de honor como Quinn eso le parecía un problema. Clare lo entendió todo. Si ella hubiera conocido tan bien a Jamie como lo conocía Quinn nunca lo habría seguido a Estados Unidos. Pero entonces nunca habría conocido a Quinn…

Miró al infinito.

—Quizá tengas razón. No debería haber venido nunca aquí.

—Ahora eres de aquí.

Ella negó con la cabeza, el interminable panorama de luces se le hizo borroso y le tembló el labio inferior.

—Eso pensaba yo.

—Es así. Éste es tu hogar —le acarició una mejilla con la yema de los dedos—. Eres de…

Clare reprimió un sollozo y apartó el rostro de sus dedos.

—No, por favor. Ahora no.

A través de las lágrimas lo vio dejar caer la mano.

—No me pidas espacio, Clare. No quería dártelo la última vez.

Clare giró bruscamente la cabeza y frunció el ceño con fuerza.

—Entonces ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Fingir que estoy bien con todo esto y dejarlo pasar?

—Tampoco te estoy pidiendo que hagas eso.

—¿Entonces qué esperas que haga?

—¡Enfrentarte a ello conmigo! —le agarró la cara con las dos manos tan deprisa que ella no tuvo tiempo de zafarse. Dio un paso

adelante y bajó la cabeza para poder mirarla a los ojos—. Querías sinceridad, Clare, y eso es lo que te estoy dando. Es lo que quiero para nosotros. No quiero secretos. No quiero nada que haga que no podamos recorrer juntos nuestro camino. Porque si no podemos hacer eso…

Con una calma que ocultaba el dolor que sentía, Clare le apartó las manos de su rostro y dijo:

—Esto es demasiado, Quinn. No puedo…

—Sí que puedes —pronunció las palabras con un susurro ronco —. Solo tienes que querer.

Ella quería. Lo quería con el cuerpo y el alma. Desde el primer momento que habían empezado a recorrer el camino que habían tomado había sabido que no quería perderlo. Aún no quería. Pero necesitaba tiempo para pensar, para reunir todas las piezas.

Para encontrar un modo de superar sus ilusiones hechas añicos sobre la relación que tenían ellos… y las relaciones que tenía con toda la gente a la que había llegado a querer como amigos. Quinn acababa de hacer pedazos su pequeño mundo.

—¿Confías en mí? —preguntó Clare alzando la barbilla.

—Sabes que sí —dijo él con aire de sospecha.

—¿Confías en mí como para saber que tomaré la decisión adecuada para mí?

—¿Por qué?

—Porque si es así, tienes que confiar en mí lo bastante como para darme algo de tiempo. Es demasiado. Sabes que lo es. No puedes soltar esa bomba y no darme tiempo para pensar.

—Vale, lo entiendo —arqueó una ceja—. ¿Cuál es el límite de tiempo esta vez?

—Ni te atrevas —dijo en un jadeo—. Me has mentido.

—Sigue sin haber zona gris contigo, ¿verdad? Podría haber pasado toda la vida contigo sin habértelo dicho.

—¿Que no lo supiera no me habría hecho daño?

—¡Sí! —le lanzó la palabra frustrado—. ¡Porque ya te habían hecho suficiente daño! ¿Crees que alguna vez he querido causarte la clase de dolor que él te provocó? ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

—No fue dolor —sacudió la cabeza—. Fue humillación. Lo entendí todo mal, ¿no lo ves? No lo conocía lo bastante bien como

para seguirlo hasta aquí, ¡mucho menos para casarme con él!

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—¡Eso me gustaría saber! —gimió frustrada y empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas—. Maldita sea, Quinn, por eso es por lo que tengo que pensar esta vez. ¿No lo entiendes? Ya no soy una estúpida soñadora. Si lo fuera, esto me habría derrotado. No solo me has mentido tú… lo habéis hecho todos. Nunca me había sentido tan excluida hasta ahora. Tengo que enfrentarme a ello. Así que, por favor, déjame hacerlo.

—Se supone que yo tengo que esperar a que tomes tú la decisión por los dos, ¿no? Si dices que se acabó, ¿entonces se acabó?

—¿Cómo has hecho tú en todas las relaciones que te has metido? —dijo en el calor del momento.

Era completamente inapropiado y lo sabía, pero era demasiado tarde.

Quinn se cerró sobre sí mismo antes de que ella pudiera siquiera mirarlo.

Exhibió ese control que siempre le había gustado tanto, pero esa vez lo aborreció.

—Mientras tomas esa decisión quizá debas pensar en por qué he organizado todo esto para ti esta noche. Y por qué estoy tratando con todas mis fuerzas de hacer que esta relación funcione cuando no lo he hecho con ninguna de las anteriores —Clare se cruzó de brazos y él siguió adelante—. Nunca habría una noche adecuada para decirte esto y, créeme, he buscado el momento adecuado. Pero no puedo cambiar el pasado, Clare. Tampoco puedo decirte que no volvería a hacerlo otra vez, porque lo haría. Soy lo que soy. Querías conocerme mejor; bueno, ahora ya me conoces del todo: lo bueno y lo malo. Si no soy lo que quieres, no puedo cambiarlo —Clare lo miró con los ojos muy abiertos mientras él esbozaba una triste sonrisa—. Si hubiese sido la clase de gusano que pensabas que era, no habría hecho todo lo posible para unirte a mí emocional y físicamente estas semanas. Pero no hemos hecho el amor, no importaba cuánto lo deseara, porque no quería que hubiera nada entre nosotros cuando sucediera. Más tonto soy yo, ¿no? —se dio la vuelta hacia el ascensor y respiró hondo antes de añadir—: Te llevaré a casa. O a donde quieras ir.

Después de un momento de desafiante silencio, Clare descruzó

los brazos y se acercó a él con la barbilla levantada. Estaba delante de él cuando Quinn añadió:

—Y pensar que he hecho todo esto esta noche para demostrarte que el punto de corte de las seis semanas no existe para nosotros. Lo había entendido mal, ¿verdad? Solo que esta vez no soy yo quien termina las cosas. Supongo que gano la apuesta.

Clare lo miró directamente a los ojos. La vista de Quinn estaba fija en un punto por encima de la cabeza de ella. Lo vio parpadear perezosamente unas cuantas veces y buscó el vívido azul de sus ojos, pero no encontró nada. Odiaba que fuera capaz de dominarse como lo hacía. Pero entonces bajó la vista y vio el latido del pulso en el cuello y un temblor en su aliento. Se dio cuenta de que estaba tan herido como ella.

Era la peor discusión que jamás habían tenido.

Cuando alzó la vista se lo encontró mirándola; después volvió a mirar al punto por encima de su cabeza y le dijo con voz grave:

—No te odiaré. No importa lo difícil que decidas ponérmelo —lo oyó espirar, después dejó caer la cabeza sobre el pecho, respiró varias veces y alzó la vista—. El conductor te llevará a donde quieras ir.

—Voy a irme a casa de Madison esta noche, para darnos tiempo a los dos de calmarnos.

—Muy bien.

—Porque ésta es la peor pelea que hemos tenido.

—Sí.

—Y en este momento lo único que hacemos es empeorar las cosas.

—Ajá.

—Te estás comportando así porque estás tan herido como lo estoy yo.

Quinn exhaló una gran cantidad de aire antes de levantar la cabeza y mirarla a los ojos.

—¿Hemos terminado aquí?

Era una pregunta para la que no tenía respuesta.

Capítulo 13

—Esta vez sí que has organizado un lío, ¿no?

Abriéndose paso con el hombro dentro del apartamento de Madison, Quinn ignoró a los demás ocupantes de la sala.

—¿Dónde está?

—¿Para qué la quieres? —preguntó Morgan interponiéndose en su camino.

Quinn frunció el ceño y lo miró con gesto duro.

—No te metas en lo que no te importa, Morgan. ¿Dónde está?

—Esta vez no —Morgan cuadró los hombros delante de él, cruzó los brazos y separó las piernas—. ¿Cómo piensas hacer esto bien? ¿Tienes idea de lo hundida que está?

—Si ella está aquí sabes que voy a quitarte de en medio para llegar hasta donde está.

—Puedes intentarlo —apretó la mandíbula.

Cuando Quinn dio un paso adelante, aparecieron Evan y Erin y ambos adoptaron la misma postura que Morgan. Quinn alzó los brazos, los dejó caer y gritó:

—¿Cómo se supone que voy a poder arreglar esto si no puedo hablar con ella?

—Te ha llevado toda la noche pensar en algo, ¿no?

—¡Ella necesitaba tiempo para pensar! —miró fijamente a Evan.

Erin lo miró parpadeando.

—¿Y su tiempo se acaba ahora? ¿Has venido a presionarla para que te perdone?

Quinn se pasó una mano por la cara y empezó a pasear por la habitación murmurando entre dientes.

—No me hace falta todo esto.

La voz de Madison llegó desde la puerta:

—Llevo hablando con ella desde la madrugada y me lo ha contado todo, ¿sabes?

—¿Todo? —levantó la cabeza bruscamente.

—Oh, no podía hablar de lo que siente por ti. Parece que le has contagiado ese virus tuyo de la privacidad —se encogió de hombros—. Le ha llevado su tiempo entender por qué ninguno de los demás le hablamos de ti y de Jamie. Las peores ocho horas de mi vida. Siente que la vemos como una extraña, cuando la verdad es que no podría quererla más si lo intentara.

Hubo un coro de asentimientos en toda la sala y después Morgan añadió:

—Lo hemos hecho mal todo. Pero ella lo entiende.

—¿Lo entiende?

—Jamie la humilló totalmente. Nunca deberíamos haber dejado que las cosas llegaran a ese punto. Tú fuiste el único que hizo algo —Evan hizo una pausa—. Le hemos contado todas las discusiones que tuvimos, cómo ninguno de nosotros podía mirarla a los ojos. Y le hemos dicho que tú querías hablar con ella desde el principio.

Quinn abrió los ojos de par en par. Erin confirmó las palabras de Evan.

—Así ha sido. Aunque tú se lo podrías haber dicho, eso habría ayudado. Pero eso es cosa tuya. Nosotros fuimos quienes te dijimos que la dejases en paz… y eso es nuestro problema. Eso nos hace a nosotros más culpables de una mentira por omisión que a ti. Al menos, tú hiciste algo.

—Tenía que hacerlo —la confesión le salió de tan dentro que sonó como un graznido.

—Eso ya se lo hemos dicho —la voz de Madison se suavizó—. Clare ha dicho que entendía el porqué. Supongo que no querrás contárnoslo a nosotros, ¿no?

Quinn sacudió la cabeza. La mano de Morgan aterrizó en su hombro.

—Creo que sé por qué.

Erin inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Hay algún problema si Morgan nos cuenta el porqué?

Quinn se encogió de hombros a pesar de que le estaban hablando como si tuviese nueve años.

—Si es importante para vosotros…

—Lo es. Te queremos, lo sabes. No importa lo idiota que puedas ser.

Parecía como si todo el mundo en el planeta se hubiera empeñado en deshacerle el corazón con las manos desnudas. Pero Quinn asintió. El dolor que sentía en el pecho le dificultaba respirar, y mucho más encontrar palabras.

Se llevó un puño al pecho y se lo frotó con los nudillos. Alzó la vista y vio a Madison mirándolo.

—¿Duele un poco el corazón, grandullón?

—¿Dónde está ella? —sonrió arrepentido.

—Se fue a buscarte, es gracioso.

La sonrisa de Quinn se amplió. Erin se echó a reír por su expresión y le dijo:

—¿Aún sigues aquí? ¡Vete a buscarla!

Madison esperó a que Quinn se marchara antes de extender una mano moviendo los dedos y decir:

—A pagar, chicos.

* * *

Clare estaba sentada en la puerta de casa de Quinn cuando él apareció corriendo por la calle. Cuando lo vio tragó con dificultad y lo siguió con la vista hasta que se quedó de pie delante de ella. Él la miró con expresión de dolor. Clare parecía no poder encontrar las palabras adecuadas, no importaba cuántas veces había pensado lo que le diría cuando lo viera.

—Hola —dijo él finalmente.

—Hola —contestó Clare con la visión borrosa.

—Me has asustado.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Ajá —asintió.

—Tú sí que me has asustado al no estar en tu casa. Pensaba que te habías vuelto a marchar —arqueó las cejas con gesto interrogativo—. ¿Dónde estabas?

—Buscándote. Tenía que decirte algo, pero antes teníamos que hablar de todo esto.

—Así es.

Quinn dio un paso al frente y se acuclilló delante de ella. Clare no pudo evitar sonreír afectuosa. En su voz había emoción cuando dijo:

—Incluye el uso de palabras.

—Sí, bueno, aún no soy muy bueno en esto de las cosas importantes, así que puede que tengas que darme un minuto. Realmente lo lié todo anoche. No quiero volver a provocar algo así entre nosotros.

—¿Ayudaría que empezase yo?

—Podría —sonrió.

—Vale —respiró hondo—. Ibas a haber hablado conmigo de Jamie, pero los demás te convencieron de que no lo hicieras. Haberme dicho eso habría ayudado bastante.

—Me lo han contado cuando he ido a buscarte.

—¿Has ido a casa de Madison?

—Sí.

—¿Te han dicho que hemos hablado durante horas?

—Sí —sus ojos se ensombrecieron y ella sonrió—. Me han dicho que ha ayudado.

—Sí. Solo tenía que hablar de todo esto con una parte neutral, lo siento.

—Está bien.

No iba a ser capaz de decirle todo lo que quería si seguía mirándola de ese modo. Desde que se conocían, jamás le había visto una mirada tan intensa. Le hacía desear arrastrarse hasta él, abrazarlo y quedarse así hasta que desapareciera el dolor.

—Había demasiadas zonas grises para que todo estuviera bien o mal.

Fue injusto que se te pusiera en esa situación. Sé por qué hiciste lo que hiciste, Quinn —tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta—.

Lo hiciste porque no podías permanecer impasible mientras alguien trataba a una mujer del modo que habían tratado a tu madre. Al ser alguien tan cercano a Jamie, pensaste que podrías hacerle reflexionar.

Pensaste que podías arreglar las cosas, ¿verdad?

Quinn parpadeó y buscó los ojos de ella. Después asintió, como

si le diese miedo decir «sí».

—Cuando no pudiste arreglar nada, perdiste a uno de tus mejores amigos y trataste de arreglar sus errores ocupándote de mí.

—Debería haber empezado así, sí.

Las primeras lágrimas aparecieron en los ojos de Clare.

—Es lo que haces. Está claro que yo no fui tu primera damisela en apuros.

—Tú eres la única que me importa.

—Una vez que has tenido tiempo para conocerme.

—No era ninguna estrategia, lo juro —torció la boca—. No soy tan listo ni de lejos.

—Yo no te gustaba mucho al principio, ¿verdad? —las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas.

—Se suponía que de eso no te tenías que dar cuenta. Cuando una mujer se promete con alguien, automáticamente está descartada.

Simplemente, yo no entendía que hacías tú con él, eso es todo.

Tampoco habría supuesto alguna diferencia que se hubiera fijado en ella. Jamás habría quebrantado el código de honor que tenía tan firmemente interiorizado. Clare lo amaba por eso; él jamás engañaría a una mujer. Cuando hiciera un compromiso, sería de por vida.

—No lo amaba, Quinn. Era… supongo que era solo la aventura; una nueva vida, un nuevo país. Era muy soñadora. Pero cuando llegué aquí me enamoré más de la ciudad de lo que estaba de él. Creo que supe que no sentía amor por él cuando fui capaz de plantarme delante de toda aquella gente ese día. No me rompió el corazón. Sentí… sentí una completa humillación —hizo una pausa para respirar—. Pero no creo que realmente nadie sepa lo que es estar enamorada hasta que sucede. Entonces es lo único que realmente importa. Ahora lo sé. Y no siento haber venido aquí —cuando él frunció el ceño, trató de encontrar las palabras para que entendiera—. Si no hubiera venido no te habría conocido. Gracias a ti ahora conozco la diferencia —se humedeció los labios mientras él la miraba con una intensidad que la consumía—. Te amo —estalló en llanto y, entre sollozos, añadió—: No tienes ni idea de cuánto te amo.

—Dilo otra vez —le pidió Quinn con voz ronca tras un segundo

de parálisis.

—Te amo —consiguió sonreír—. No puedo respirar bien cuando no estás cerca.

Unas grandes manos enmarcaron su rostro y la besó como quien bebía agua después de cruzar el desierto. Ella hizo lo que deseaba, se agarró a él, le rodeó el cuello con los brazos y lentamente se pusieron de pie. Pero aun así eso no era estar lo suficientemente cerca para Clare… ni siquiera cuando él la agarró de la cintura con la suficiente fuerza para partirla en dos.

—Dilo otra vez —repitió mirándola a los ojos.

—Te amo —dijo con una sonrisa más amplia y sintiendo que le estallaba el corazón.

La sonrisa de él le hizo reír. La agarró de la mano y dijo:

—Vamos.

Menos de un minuto después la arrastraba por la tarima de su despacho, donde la sentó en el sillón de cuero de su mesa.

—Tengo algo para ti.

Clare fue vagamente consciente de que él abría el cajón de arriba y buscaba algo. Pero estaba demasiado hipnotizada por él como para dejar de mirarlo.

—Toma —le colocó algo en las manos.

Bajó la vista y volvió a levantarla bruscamente al ver lo que era.

—¿Me vas a dar ahora el regalo de despedida?

—Ábrela —le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

Clare tiró del lazo blanco sin dejar de mirarlo. Bajó la vista y vio una caja de terciopelo oscuro.

Quinn sonrió.

—Adelante.

Sonó un suave crujido cuando abrió la segunda caja. Al ver su contenido, en sus ojos apareció el asombro. Alzó la vista, miró a Quinn y lo que vio le paró el corazón.

—Mi última cajita de Tiffany's —dijo Quinn y, tras un silencio, añadió con infinita ternura—: Yo también te amo.

—Tú nunca empleabas esa palabra.

—No creo que se deba usar a menos que se sienta.

—Ahora sé que piensas así —le acarició una mejilla.

—Te has acercado sigilosamente a mí y me gusta pensar que me he resistido, pero te amo. Sé que se dice que vivir y trabajar juntos

es lo que mata una relación, pero yo quiero pasar cada minuto del día contigo. Y como no soy bueno con las palabras, quiero pasar cada noche contigo manteniéndote despierta para poderte demostrar todo lo que siento por ti.

Y cuando te canse lo bastante como para que te quedes dormida, quiero despertarme a tu lado por la mañana. Quiero que me regañes por no usar posavasos, quiero margaritas por todas partes y…

—Me has dicho que también me amas. Ahora, pídemelo.

—Cásate conmigo —dijo en tono de demanda más que de petición.

Lo amaba. Lo amaría hasta la muerte. Él la amaba. Solo había una respuesta.

—Sí —seguía con la caja en la mano—. Y no solo porque te amo, sino porque te necesito tanto como tú me necesitas a mí. Es tu turno de que te rescaten. Yo te voy a rescatar.

—Estoy de acuerdo con eso —la besó ligeramente en los labios y sacó el anillo de la caja—. Y tienes razón: te necesito. Estás tan enredada en mi vida que yo tampoco puedo respirar cuando no estás cerca.

Le levantó la barbilla con la mano derecha y, mientras buscaba su izquierda, Clare le informó:

—Es un Lucida, por cierto. El juego de Tiffany's que tenía ese enorme diamante.

—Dijiste que los diamantes eran los mejores amigos de las chicas.

Supongo que eso es además de mí…

—Evidentemente.

—Tienes memorizados todos los juegos de Tiffany's, ¿verdad?

—Sí, todo el mundo tiene una afición.

—Me he enamorado de una loca.

—Y está loca de amor por ti —realmente eran almas gemelas. La idea le hizo sonreír—. ¿Sabes lo que significa esto?

—¿Qué? —sonrió y enredó los dedos en su cabello para atraerla hacia él.

—Yo gano —susurró Clare contra los labios de él.

Epílogo

—Hola.

Clare sonrió al reflejo de Quinn en el espejo cuando él se acercó por detrás y la abrazó por la cintura.

—Hola. ¿Lista?

—Mmm —alzó las manos y apoyó la cabeza en el hombro de él —. ¿Y tú?

—Te amo —dijo debajo de la oreja.

—Te resulta cada vez más fácil decirlo —sonrió.

—La práctica hace la perfección.

—Yo también te amo —se puso de puntillas y lo besó.

—Claro que me amas —la levantó del suelo y se giró con ella en dirección a la puerta—. Soy irresistible.

—No quiero ponértelo difícil, así que diré que estoy de acuerdo con eso —le rodeó el cuello con los brazos y lo miró a los ojos—. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

—Yo. Tú puedes recibir todos los besos y abrazos.

—Aún eres un trabajo inacabado, ¿lo sabes?

—Puedes trabajar en mí más tarde —la dejó en el suelo al lado de la puerta—. ¿Necesitas un minuto?

—No —volvió a besarlo.

—Muy bien, allá vamos.

Con las manos enlazadas, salieron de la habitación y se presentaron ante todos. Quinn finalmente desistió del método de agitar los brazos y recurrió al silbido para atraer la atención de todo el mundo. Cuando miró a Clare ella se reía por lo que había hecho, así que le guiñó un ojo antes de aclararse la voz.

—Gracias por venir… especialmente a aquéllos que habéis viajado desde tan lejos —amplió su sonrisa—. Pero me temo que no

estáis aquí por una fiesta de compromiso. Estáis aquí para celebrar una boda…

Fin